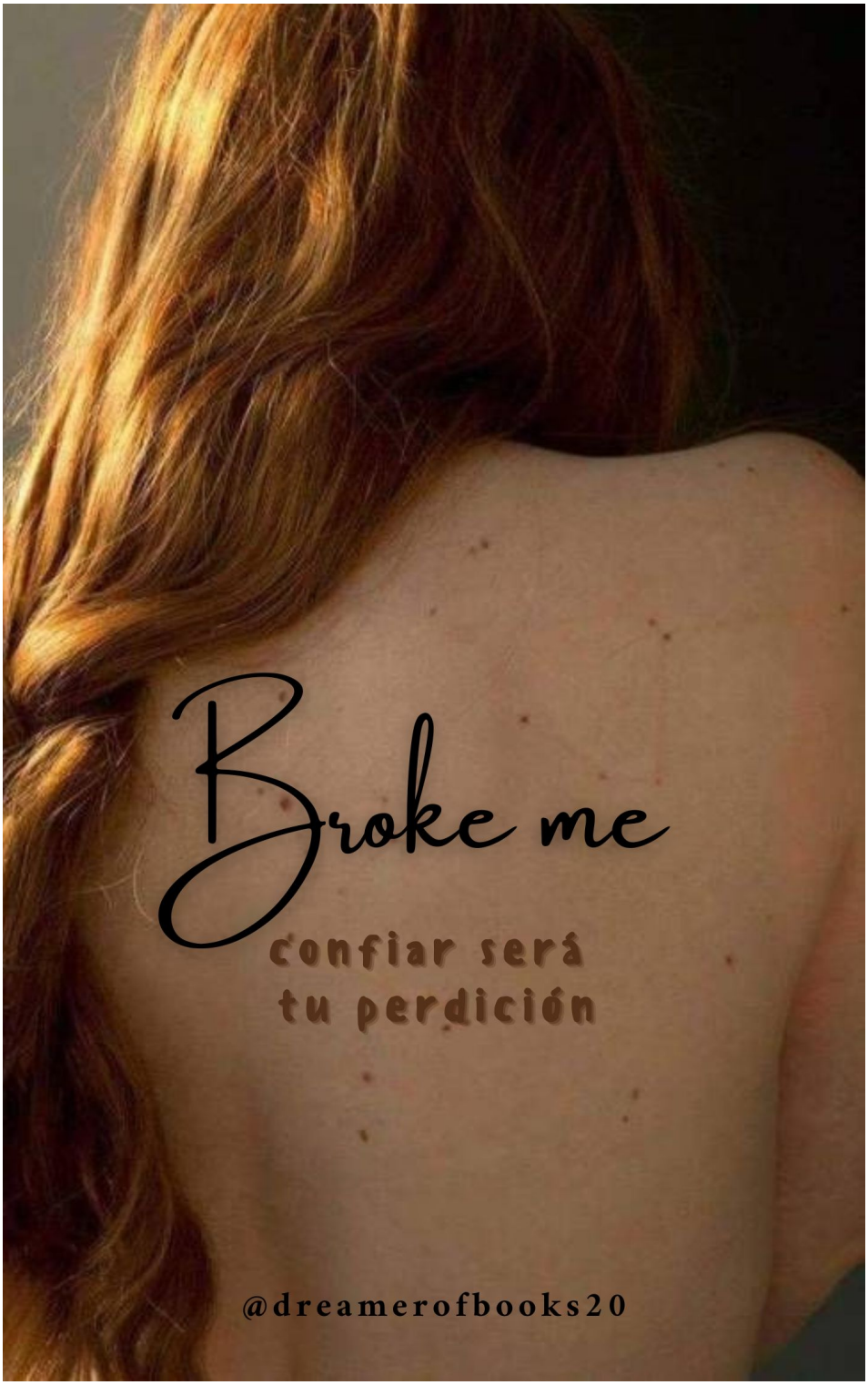
# Broke me

Dreamer ofBooks



# Capítulo 1

## CAPÍTULO 1

Aquella mañana me desperté cagándome en todo. Aquel cabrón de la fiesta que me había acompañado a casa estaba tumbado a mi lado. En mi cama. Mira que se lo había dicho: me acompañas y te piras.

A cada segundo que pasaba aumentaba mi nivel de cabreo. Así que, como buena anfitriona, fui a prepararle su desayuno. Me levanté lo más rápido que pude, para ver si el gilipollas se despertaba por el ruido. Nada. Bien, pues él lo había querido. Fui decidida a la cocina llené un vaso con el agua de la nevera y regresé a mi habitación.

Con el vaso de agua aún en la mano le observé dos segundos. Uno para ver la cara de dormido que tenía y el otro para ver su baba colgando directa hacia mi almohada. Qué asco. Entonces me decidí.

– ¿Pero qué cojones te pasa? –se levantó y se quedó mirando mi mano con el vaso, ahora vacío, y luego pasó a mirarme a los ojos.

– Te dije que te marcharas cuando me dejaras en la puerta ¿Se puede saber en qué estabas pensando? – al momento de decir eso supe por qué estaba en mi cama. – Dios qué asco, mira, mejor ni respondas, coge tus cosas y pírate, ¡cerdo! – me miró con las cejas fruncidas y se puso a recoger sus cosas. No soportaba que nadie, repito nadie, se quedara a dormir en mi casa.

– Yo creo que lo de cerdo sobra, de hecho, anoche me demostraste quién es más cerdo de los dos, en la cama –levantó una ceja esperando mi respuesta.

– Pero ¿quién cojones te crees que eres? Mira, pírate antes de que me hagas cabrear, imbécil. – Esto pareció llamarle la atención y paró de atarse los cordones de las zapatillas para mirarme con interés.

– Y… ¿se puede saber qué podrías hacer si te cabreas? – Al ver que tardaba unos segundos en responder hizo el amago de contraatacar, pero le corté.

– Lo cierto es que creo que a tus amigos les gustará saber que la tienes más pequeña que un pequinés.

Para ser sinceros no me acordaba de absolutamente nada, ni siquiera sabía cómo se llamaba. Llevaba un pedo del quince y un colocón del

veinte, así que tanteé el terreno para ver si se daba prisa y se iba de una puñetera vez de mi casa. No sabía si iba a funcionar, pero algo tenía que intentar…

Pareció ser que aquello le sorprendió, porque cogió todo lo que quedaba suyo en un moñigo de ropa y se fue lo más rápido que pudo de mí habitación. Vaya, sí que era una picha corta al final.

Regresé a la cocina y dejé el vaso que había volcado y me puse a prepararme un café. Me quedaban veinte minutos para desayunar y vestirme o llegaría tarde, otra vez. Me tomé una pastilla para frenar un poco la resaca y me fui con lo primero que vi en el armario, que era la ropa que utilicé la noche anterior.

Al salir de casa me di cuenta de que hacía un calor espantoso. Anoche me había puesto ropa abrigada porque me quedé hasta tarde con los demás, pero no había caído en que todavía quedaba un poco de calor por delante.

Volví a entrar a casa y me cambié la ropa por algo un poco más de noviembre, porque la verdad es que parecía que me iba a la nieve con aquel abrigo, y volví a salir de casa. Entre todo aquello perdí bastante tiempo.

O corría o me tendría que volver a saltar la clase del señor Roberto, mi profesor de anatomía. No era la primera vez que llegaba tarde, de hecho, todo el mundo sabía que llegaba tarde porque me iba de fiesta la noche anterior.

Cuando llegué a la puerta de la clase, diez minutos tarde, me planteé si entrar o no. Pero ya que me había preparado y había tenido que correr no me iba a dar la vuelta a casa.

Llamé tres veces a la puerta y abrí, justo cuando Roberto dijo:

–Ya me imaginaba, adelante Brooke, te estábamos esperando.

¿Que me estaban esperando? ¿A mí?

Cerré la puerta detrás de mí y me fui a sentar en mi sitio. Empecé a sacar mis cosas de la mochila y colocarlas en la mesa de forma ordenada, esperando a que el profesor continuara con la clase que yo había interrumpido.

–La estamos esperando señorita. Cuando usted quiera puede levantarse y exponernos a todos el tema 2 junto a Gabriel.

No podía ser verdad. La puta exposición, se me había olvidado por completo. Entre todo lo que pasó aquella mañana se me había olvidado coger la cartulina con el esquema que había preparado hacía una semana para exponerla hoy en clase.

–La verdad es que…– comencé a decir.

–Déjeme adivinar, ¿se le ha olvidado?

–Lo cierto es que sí, profesor– todos pasaban sus miradas del profesor a mí, esperando que se armara alguna para perder clase.

–Entiendo, entonces no le importará explicarlo sin su esquema, si lo ha hecho debería acordarse, ¿no?

Dios, hoy no podría ser peor. Me daba pánico salir ante la clase, para cualquier cosa, si ni siquiera me atrevía a preguntar en los exámenes porque me daba vergüenza que los demás me miraran.

–La verdad es que no.

– ¿No le importa salir? – dijo bastante sorprendido

–No, que no voy a salir. El lunes traeré el esquema y lo expondrá Gabriel, como habíamos preparado.

–El lunes lo quiero a primera hora de la mañana en mi despacho, sino tendrá que presentarse a la recuperación, porque este esquema será la mitad de su nota en esta evaluación, señorita – odiaba cuando hacía aquello de recalcar la palabra señorita para parecer más autoritario.

–Sin problema– contesté para que dejaran de mirarme todos y pasaran a prestar atención a las explicaciones del profesor.

La clase continuó sin ningún otro incidente. Aquel gran esquema había pasado a segundo plano cuando Roberto pasó a dictarnos apuntes, incluso él había olvidado aquel esquema cuando me miraba y veía como seguía la clase con atención.

Cuando acabaron todas las clases me encontré con Jess a la salida del instituto. Estaba fumando con Tom y Jackson. Tom era un chico guapo, pero reservado, siempre estaba distante y no le gustaba hablar de su vida, así como no le gustaba escuchar la agena. Por el contrario, Jack era mi mejor amigo, era alegre, divertido

–Hey chavales, ¿qué tal? – dije a modo de saludo general. Cuando llegué al lado de mi mejor amiga me tendió un cigarro, y me lo llevé a la boca casi arrancándoselo de su mano. Lo encendí y aspiré lentamente el humo,

disfrutando de cada calada. –Dios, cómo lo necesitaba, llevo un día de mierda. – Todos se empezaron a reír y vi que mi amiga me miraba esperando una explicación.

–Ya nos ha contado Tom que se te ha olvidado un trabajo muy importante de anatomía. –dijo señalando a mi compañero de pupitre de clase. –Pero no sabía que eso te importara tanto como para pasar a categoría de "día de mierda"

–No ha sido solo eso, ayer iba muy pedo, al parecer.

–No te creo– dijo Jackson mirándome como si acabara de ver un extraterrestre. Al ver que yo no contestaba dijo: – Dios, así que es verdad, te lo tiraste.

– ¿A quién? ¿Qué dices Jack? – Mi amiga me miró muy interesada por el tema, de repente.

– ¡Qué zorra! ¡No me has contado nada! –dijo entre divertida y molesta.

– ¿Pero de qué narices estáis hablando?

– ¿No te acuerdas de nada de lo que pasó ayer?

– Pues… hasta que llegué a la puerta de mi casa sí, ¿por qué?

– Porque te fuiste con Alan– le miré sin saber de quién me estaba hablando. – ¡No lo sabe! ¡Qué fuerte! ¡La has cagado pero bien! –eso pareció divertirles a todos menos a mí. ¿Quién narices era Alan?

– Tía no me jodas que te has liado con Alan, pensé que lo decías de coña.

Ma acabé el cigarro y lo tiré al suelo con fuerza.

– ¿Queréis decirme de una jodida vez qué narices hice anoche y con quién?

Los tres se miraron pensando en qué responderme, y al darse cuenta de que no me acordaba de nada y estaba hablando en serio, fue Tom el que decidió soltar la bomba.

–Alan es el novio de Astrid.

MIERDA

# Capítulo 2

**CAPÍTULO 2**

Me quedé unos segundos de más mirando a Tom.

– ¿Me estás diciendo que anoche me tiré al novio de mi peor enemiga?

–Creo que sí, eso es lo que he dicho.

–Tía te dije que te estabas pasando con la bebida, pero no sabía que tanto. Me dijiste dos veces que quien era el chaval con el que estaba Astrid. Te repetí como tres veces que era su nuevo novio, y las tres veces me dijiste que ibas a darle celos, pero joder, no sabía que iba tan en serio. No te tomé en cuenta porque ibas como una cuba muchacha.

En ese momento mi cabeza tenía dos pensamientos muy contradictorios. El primero era "Brooke 1, Astrid 0, jódete". Pero el segundo era el que reinaba en mi cabeza: "la has liado, pero bien".

–Bueno tía no te preocupes, perro ladrador…

–¿Que no me preocupe? Si ya me ha hecho la vida imposible por tonterías no me quiero imaginar lo que me hará por esto.

–Piensa en que su novio te ha preferido a ti, antes que a ella. Eso suma doble, cariño– dijo mi amiga para animarme. –Bueno, vamos a intentar no lamentarnos más y vamos a pillarnos una buena cogorza esta noche, ¿te apuntas? –no esperó mi respuesta y añadió– a las 9 paso a recogerte, estate preparada.

La verdad era que aquel día no me apetecía irme de fiesta. Aún tenía resaca y me dolía todo. Estaba duchándome con la música puesta en el móvil cuando cambió la música y pasó a sonar el tono de llamada.

Saqué un brazo de la ducha para alcanzar el móvil, pero tenía la mano tan empapada que se me escurrió y cayó al suelo.

–Mierda –salí entera de la ducha, cogí una toalla para taparme del frío y cuando fui a descolgar el móvil dejó de sonar. Cuando iba a regresar a la ducha volvió a sonar. –¿Sí?

–¿Brooke? ¿Te pillo en buen momento? –No.

–Sí, dime Rixon

Trabajaba de camarera en uno de los bares más importantes del lugar, mi jefe era Rixon, un hombre corpulento de unos 40 años que era bastante simpático.

–Bueno, era para decirte que nos ha salido un catering.

–Oh, ¡genial! –Eso significaba dinero extra para mí, que no me venía nada mal. –Dime fecha, hora y lugar y allí estaré.

–Pues el viernes 24 de Mayo en la casa del jefe.

–¿En casa de quién? No, la verdad es que no puedo, cuánto lo siento. –Por un momento se me olvidó la fecha que me dijo, y me centré en que el catering sería en casa de Astrid. No, no iba a permitir que, además de putearme en el bar porque trabajaba para su padre me tratara como una mierda en un catering en su propia casa. Me negaba.

–Brooke no me puedes fallar, he hablado con Astrid y me ha dicho que nos pagarán el doble por avisarnos con tan poco tiempo de antelación.

Si Astrid se pensaba que porque me hiciera falta el dinero podía mangonearme a su gusto iba lista. Nos iba a pagar más solamente para que yo fuera. Zorra.

–Pero ¿cuánto tiempo nos queda?

–Pues unas dos horas

–¿Perdón?

–¿Pero tú me estás escuchando? Te he dicho que es el viernes 24, hoy es viernes 24 de mayo, Brooke necesito tu respuesta, ¿puedo contar contigo? –me insistió.

Solo iba a ir si me pagaban el doble, o el triple, pero no iba a cancelar mis planes por una miseria. Por mucho que prefiriera quedarme en casa no iba a cancelar mis planes por su cara bonita. Al ver que no contestaba intentó convencerme.

–Mira Brooke, no te lo podía decir, y de hecho, si se enteran de que te lo he dicho me podrían despedir, pero estas a un paso de que te echen. Astrid no es que te aprecie demasiado…

–No me digas…– me ignoró y continuó.

–Quiere que su padre te eche y como no tiene por donde pillarte porque eres muy buena ha dicho que lo de hoy lo vas a rechazar seguro.

–¿Y eso por qué?

–Ha dicho que tenías una fiesta, a la que ella también va a ir. Ha despedido al catering que tenían en cuanto se ha enterado de la fiesta y ha dicho que no te perderías una, ni siquiera por trabajo. No se lo pongas tan fácil a su padre Brooke porque no quiero que te despidan.

Con que no quería que fuera a la fiesta porque iba a ir ella… eso ya lo veríamos.

–Iré, claro que iré. No puedo perder este trabajo.

–Eso esperaba, bueno guapa te veo en dos horitas en el bar para recoger las cosas. Y de verdad que siento lo de esa fiesta…

–No te preocupes Rixon, y gracias por todo. –Colgué nada más despedirme de él y me metí en la ducha, ahora seca, para acabar de ducharme.

Al rato de haberme vestido llamaron al timbre. Bajé a abrir y me encontré con Jess en la puerta.

–¿No te había dicho que preparada a las 9? ¿Vas a ir a la fiesta con el uniforme del trabajo?

–Vamos, ahora te cuento todo.

Cuando llegamos a la puerta del bar acabé de contarle lo que Rixon me había dicho.

–La voy a matar. Con que la mechas va a ir a la fiesta, bien, tendrá su fiesta.

–No por favor, no la lies. Con este catering me estoy jugando el puesto de trabajo de Rixon y el mío, Jess sabes que no puedo perder este trabajo.

Mi amiga me miró con furia en los ojos, y al momento se le cambió la cara.

–¿Qué te pasa?

–¿Y si se ha enterado de que ayer estuviste con su chico? ¿Y si por eso te

ha hecho trabajar hoy?

–No… no puede ser, no se puede haber enterado tan rápido. Es cotilla, pero no tan rápida.

–No sé Brooke, pero me huele a cuerno quemado, nunca mejor dicho.
–Nos reímos durante unos segundos y le respondí.

–Ve a la fiesta, diviértete por las dos y entérate de lo que puedas. Gracias por traerme.

–Vale, tendré que apañármelas sin ti, mañana nos vemos.

Cerré la puerta del coche y pasé al bar donde había cuatro personas como locas llevando platos de aquí para allá. Cuando llegué a la barra vi que Rixon estaba echando cuentas en un papel.

–Hola Rixon, ya estoy aquí, ¿qué hay que hacer? –levantó la cabeza de su cuaderno y me miró con una gran sonrisa.

–Sabía que no me fallarías guapa. Gracias por venir, a pesar de todo, porque estamos desbordados. Nos han pedido una cantidad de comida enorme y vamos a estar muy liados, si puedes empieza por llevar todas las bandejas a la furgoneta.

Me di la vuelta y en aquel instante me quise morir. Había cinco mesas con unas 20 bandejas, unas encima de otras porque no cabían.

Cogí dos a la vez y me di la vuelta para decirle a Rixon:

–Cada vez me dan más asco los ricos. –Aquella frase la decíamos uno de los dos cuando teníamos mucho ajetreo en el bar. Sonrió y volvió a su cuaderno.

Una vez que estaba todo preparado nos fuimos en la furgoneta los cuatro camareros, Rixon y yo.

–Chicos tengo una muy buena noticia –con esto consiguió que dejáramos de tararear la canción de la radio y alguien le bajó el volumen para poder oír la buena noticia de nuestro jefe. –Vamos a ganar cien cada uno. Me han dicho que como ha sido de última hora y pueden haber causado muchas molestias, van a pagarnos 600, 100 para cada uno. Y solo tendremos que estar unas tres horas, hasta que se hayan hartado de comer, y cada uno a su casa.

–100 por 3 horas, vaya chollo, solo merece la pena trabajar aquí por estas

cosas– dijo alguien.

Cuando llegamos vimos que habían más de 30 coches aparcados en la mansión del señor Miller. Era una casa con tres pisos de altura, tenía una parcela con césped y una piscina inmensa. Cuando bajamos del coche nos pusimos a bajar las bandejas y dejarlas donde Rixon nos indicaba. Una vez que hicimos esto nos pusimos a preparar las mesas con los cubiertos y servilletas, para que no se hiciera tarde. Al rato apareció el señor Miller y nos dijo que cuando todos los invitados se sentaran tendríamos que servirles lo que fueran pidiendo, y eso hicimos.

Al parecer allí había tanta gente porque era la comunión de una niña, muy fea, todo hay que decirlo. Cuando pensaba que no podía más, nos dijeron que sacáramos la tarta para partirla, y entonces agradecí que ya hubieran pasado casi las tres horas. Dejamos la tarta en la mesa más grande y esperamos tras ella hasta que la niña de la comunión partiera el primer trozo, como era la costumbre. La niña se acercó con su vestido (más caro que mi apartamento, estaba segura) acompañada de una chica muy arreglada. Cuando se acercaron y pude ver quién era la que acompañaba a la niña se me escapó un murmuro.

–No puede ser. –Me eché hacia atrás, intentando que no se me viera entre los demás camareros, pero ella me vio igual.

–Anda Brooke, cómo tú por aquí, ¿te han dejado pasar con esas pintas? –estuve a punto de decirle que aquel uniforme lo había diseñado ella para el bar de su padre, pero me tuve que callar.

–Hola Astrid, estás muy guapa hoy. –Mentira, ese vestido era más feo que ella.

–Eso espero, este vestido cuesta casi lo mismo que el apartamento en el que vives –dijo a modo de ataque. Contrólate y no la contestes, solo tienes que aguantarla un poco más.

Pareció que aquello le bastó y se acercó con la niña a cortar la tarta, una vez que hubieron hecho miles de fotos se dio la vuelta y nos dijo:

–Ya podéis partir los demás cachos y servirlos. Brooke, quiero ser la primera que pruebe la tarta, ¿podrías partirme el primer trozo?

Esto ya pasaba de castaño a oscuro. Había otros cuatro camareros a parte de mí, y tiene que pedírmelo a mí. Callándome mis mil insultos cogí un plato y partí un cacho para mi amiga.

–Es demasiado grande– que diera gracias de que no hubiera escupido en

su plato. –Quiero otro más pequeño.

–Pues solo tienes que dejar lo que no quieres a un lado –dije lo más calmada y amable que pude ser.

–Bien– cogió el plato y me estampó la tarta en la cara. Se oyeron aspavientos de los que habían visto el plato aterrizar en mi cara, que eran casi todos porque esperaban ansiosos probar aquella tarta.

Me quedé paralizada, aquello sí que no me lo esperaba. Dejó caer el plato al suelo y dijo:

–Ya he acabado de cenar, me voy a la fiesta, que os divirtáis limpiando.

Zorra, más que zorra.

Rixon se acercó a mí y me tendió una servilleta, con la que me limpié los ojos para ver mejor.

–Voy al lavabo, si me disculpáis –dije más para que me dejaran de mirar que para limpiarme.

Cuando llegué me limpié la cara con agua y me quedé mirando al espejo. Por todo lo que has tenido que pasar y después de todo sigues dejando que te pisen de esta forma. Vas a salir y te vas a ir a casa, vas a renunciar al trabajo y vas a buscar uno en el que te traten como te mereces.

Llamaron a la puerta y me sacaron de mis pensamientos. Abrí y salí para que no me vieran, pero alguien me cogió del brazo. Cuando me di la vuelta me quedé sin palabras.

–Vale que no te caiga bien, pero al menos deja que te ayude –era Alan, el novio de Astrid, el mismo al que había arrojado un vaso de agua helada esta mañana.

–¿Tú qué haces aquí?

–He visto como aterrizaba un plato de tarta en tu cara, y no he podido evitar pensar que ha sido el karma. Tú me arrojas agua y el universo hace que te llueva tarta. Ley de vida– se encogió de hombros.

–Hoy no estoy para bromas, sinceramente llevo un día agotador y no veo la hora de llegar a casa. Me alegro de que te haya divertido, pero el payaso de la fiesta se va –hice el amago de irme, rodeándole, pero me detuvo.

–¿Ya te vas?

–Parece que te importo, ¿qué quieres de mí si puede saberse? ¿El mensaje de esta mañana no te quedó claro? –dije intentando rodearle por segunda vez para irme y que no se convirtiera en algo más embarazoso.

–El de que me fuera de tu casa me quedó clarísimo, pero no es eso por lo que he venido. Astrid nos ha dicho que tenías una fiesta.

–Tenía… hasta que ha hecho que tenga que venir a trabajar para tener que elegir entre ira la fiesta o despedirme.

No entendía nada. Nada de nada. El novio de mi enemiga venía a hablar conmigo después de que esta mañana le hubiera echado a patadas de mi casa. No entendía por qué venía a hablar conmigo después de que su novia me hubiese estampado un plato de tarta en la cara, pero me intrigaba, más que otra cosa.

La única buena noticia era que si estaba en casa de Astrid con ella significaba que aún no se había enterado de lo de anoche, por lo que el tartazo había sido por otro motivo diferente. Si me había hecho aquello por cualquier otra cosa no quería ni imaginar qué me haría cuando se enterase de que me había liado con su novio.

–Solo venía para saber si aún querías ir a esa fiesta.

–¿Disculpa? –me comencé a reír nada más escuchar aquello. –¿Me estás diciendo que si voy a la fiesta contigo?

–No. Te estoy diciendo que si aún te apetece ir. Y por muy mal que te caiga, en este partido llevo las de ganar.

Siendo el novio de la hija de mi jefe, sí, la verdad que era él el que ganaba esta ronda. Creo que íbamos empate por lo de la tarta Brooke 1, Astrid 1.

–Tranquilo, tengo quien me lleve a casa, no hace falta que te compadezcas de mí.

–Si no es por compadecerme, es porque ahí fuera te están poniendo verde, y como llegue a oídos del señor Miller que no caes bien a su familia me da que te quedas de patitas en la calle. Además, es por ahorrarte una humillación cuando salgas ahí, conocer a la familia y su casa hace que tenga planes b para escapar sin ser vistos –dijo bajando la voz y acercándose para que nadie le oyera. Pero estábamos solos, no le iba a oír nadie.

–Dios, no tenía que haber venido, me van a echar.

–Si me pides perdón por lo de esta mañana, a lo mejor y solo a lo mejor, calmo los humos ahí fuera.

–Estás de coña.

–Va muy en serio, y mi oferta expira dentro de dos minutos.

–¿Y se puede saber qué me vas a pedir a cambio?

–Ya te lo he dicho, me pides perdón, yo calmo los humos, hago que te dejen irte a casa, y te llevo a la fiesta a la que voy a ir.

Una muy buena oferta, la verdad. Pero ni muerta pensaba pedirle perdón por el vaso de agua.

–No pienso pedirte perdón porque te lo buscaste.

–Perdona, pero creo que te equivocas. Me dijiste que estabas mareada, que no tenías coche y que te habían dejado tirada, casi me suplicaste que te acompañara a casa y me lo pagas tirándome un vaso de agua por la cabeza. Muy buena anfitriona, desde luego.

–No me acuerdo de nada de eso, así que estás mintiendo –le dije la verdad, no me acordaba ni de nada de eso, ni de nada de nada, así que no le mentí, al fin y al cabo.

–Créeme que no te miento, y si no, cuando lleguemos a la fiesta, que por cierto empezó hace ya un buen rato, le preguntas a mi hermano, que le dejé sin coche con el que volver por llevarte a ti.

No me creía nada de lo que me estaba diciendo. No podía ser cierto que aquel chico esta mañana me estuviera llamando cerda y ahora me quisiera hacer un favor a cambio de nada. Solo por la incertidumbre de saber si lo que decía era verdad dije:

–Está bien, lo siento, siento haberte tirado un vaso de agua por la cabeza, pero te vi babear en mi almohada y me dio mucho asco. Y ahora, cuanto antes nos vayamos a fiesta mejor, porque quiero hablar con tu hermano para ver si lo que me has dicho es verdad –dije atropelladamente cuando vi que la gente comenzaba a pasar al vestíbulo contiguo a donde estábamos.

–Bien, disculpas medio aceptadas. Vámonos.

Salimos de la casa y fuimos dirección al aparcamiento, sin siquiera pasar a

despedirnos de nadie.

–¿No ibas a calmar los humos para que no me echen de mi trabajo?

Cuando nos sentamos en su coche, muy cómodo, y muy caro, salió de aquella mansión dirección a la fiesta y me respondió:

–Ah eso. La verdad es que era mentira. Es más, el señor Miller ha dicho que te van a pagar más por las molestias que ha causado Astrid, felicidades, comes tarta gratis y encima te pagan más, guau chica estás echa toda un hacha.

–¿O sea que me has mentido para que te pidiera perdón y llevarme a la fiesta? –pregunté ignorando su comentario estúpido.

–Un poco.

–Capullo.

# Capítulo 3

**CAPÍTULO 3**

De camino a la fiesta me pregunté muchas cosas. La fiesta quedaba a una media hora desde donde estábamos, así que me dio tiempo a preguntarle alguna.

–Y entonces, ¿cómo has acabado aquí, en la otra punta de la ciudad?

–Negocios. Mis padres tienen varias sucursales de su empresa y una de ellas está cerca de aquí.

–Oye, dime la verdad, ¿han hablado mal de mí en casa del señor Miller? –cambié de tema.

Me miró intentando deducir qué pensaba. Luego desvió la mirada otra vez a la carretera, por aquello de no matarnos por ir distraído y eso.

–Pues sí, te han puesto de vuelta y media, han dicho que si no les caes bien a Astrid es por algo, y que ella no actuaría así ante cualquiera. No sé si te acabarán echando, pero intenta al menos caerle mejor a la hija de tu jefe –dijo divirtiéndose, yo en cambio me sentí angustiada.

Desvié la mirada de él a mi ventanilla, observando cómo pasaban los árboles a toda velocidad.

–Chica, cómo te tomas las bromas.

Me giré rápidamente para ver cómo se reía de mí. Le di un manotazo.

–Oye mira, esto no es un juego para mí, ¿sabes? Yo no puedo permitirme perder ese trabajo. Que a ti te den todo hecho y mascado me parece perfecto, pero no bromees con temas que no tienes ni idea– le miré echa una furia y cambió su cara casi de inmediato.

–No sabía que te molestaría tanto una broma, perdona. Pero vamos, que una chica como tú puede encontrar trabajos a patadas –¿me estaba tirando los trastos?

–No tienes ni idea. Este trabajo es lo único que tengo, y créeme cuando te digo que me encantaría no tener que trabajar donde lo hago. Me tratan como si fuera un animal obediente. Astrid– dije recalcando la palabra, si era su novio que se enterara de con quién salía– viene cada dos por tres y pide que yo la atienda personalmente, solamente para hacerme la vida

imposible. Me tira platos al suelo para que los recoja. Viene con todos sus amigos y me deja una miseria de propina y me dice "eso es más de lo que te mereces, porque ni para camarera vales". Se cree que por ser rica es mil veces mejor que yo, me dan asco los ricos, se creen que pueden comprar a las personas, y mira, a lo mejor alguna si se deje, pero yo no. Estoy a punto de dimitir, si no fuera por necesidad ya le habría estampado yo un plato en la cabeza a la muy zorra, sin ofender claro.

–No me ofendes, ella es una zorra manipuladora– se encogió de hombros y se quedó tan pancho.

–Sales con ella y la llamas "zorra manipuladora", guau chaval, tú sí que tienes agallas, no sabes con quien estás.

–Para el carro muñeca. ¿Quién ha dicho nada de que yo salga con esa chica? –me replicó asqueado.

–Pues de echo mis amigos me dijeron que nos fuimos juntos, y que yo quería dar celos a Astrid.

–Sigo sin entender qué tengo que ver yo con todo esto.

–Pues que tú eres Alan, el novio de Astrid, y que por eso ayer me lie contigo, para darle celos a ella –le expliqué como a un niño de 6 años. Estaba muy claro, ¿es que era tonto?

Justo en ese momento paramos en el descampado donde estaban todos los coches aparcados, listos para una gran noche de juerga.

–Dios en serio, me cabrea tantísimo que me confundan con mi hermano– dijo bajándose del coche.

–¿Cómo tu hermano?

–Alan es mi hermano. En otras palabras, ayer me confundiste con mi hermano creyendo que así darías celos a Astrid, pero cariño– dijo acercándose a mi oído ahora que estábamos los dos caminando hacia la fiesta– yo soy mejor que él en todos los sentidos.

–O sea que lo único que conseguí ayer fue liarme con el cuñado de mi archienemiga.

–Pues sí, pero vamos, que si quieres puedes preguntárselo también a mi hermano, porque están ahí delante.

Cuando dijo aquello me puse a girar la cabeza como una loca hasta que les vi a los dos juntos. Él comenzó a andar en su dirección, pero yo le cogí

del brazo para hacerle frenar, con lo que casi consigo caerme del tirón.

–Pero ¿qué haces? ¿Pretendes que vaya ahí después del tartazo que me ha metido? ¿Quieres que tu hermano se quede sin novia? –dije desquiciada.

–Cariño con esto solo estás consiguiendo convencerme más.

–No me llames cariño. Me voy, no voy a ir hacia ella como un cachorro abandonado en busca del perdón. No gracias. Prefiero subirme mil veces a esa noria que acercarme a ella y acabar detenida en comisaría.

–No me lo digas dos veces.

Me cogió del brazo y cambiamos el rumbo hacia la noria.

–Dios, no. ¿Qué haces? No me pienso montar en esa cosa. Ni muerta– compró las entradas y me cogió como un saco de patatas– ¡No pienso subir en eso! –comencé a gritar como una posesa. – ¡Por favor no me hagas subirme! ¡Tengo pánico a las alturas! ¡Suéltame ahora mismo!

Milagrosamente debió de oír mis gritos y me soltó en el suelo, con lo que pude soltar todo el aire que había contenido.

–Muchas gracias por soltarme, te juro que no podría subirme a un chisme de esos, tengo pánico a las al…– y al fin abrí los ojos. Me quedé paralizada cuando vi que ya estábamos subidos en la cabina, y él se sentó en frente de mí con aire despreocupado. –Tengo que bajar de aquí. ¡Tú no lo entiendes! ¡Joder haz que abran esta mierda ya! ¡Socorro! ¡Que alguien abra la puerta! Me ahogo, no puedo respirar, por favor que alguien abra esto –dije, intentando respirar despacio para que no se acabara el aire del cubículo. Me estaba empezando a marear y mucho.

Entonces Alan o como quiera que se llamase me hizo caso y pulsó un botón que había para que nos sacaran de aquel sitio. En cuanto vi que un segurata se acercaba a abrirnos la puerta salí casi corriendo, para irme lo antes posible de allí. Me senté en un banco y comencé a respirar agitadamente.

–Estás loca.

–¿¡Que yo estoy loca!? ¡Pero quién te crees que eres para meterme ahí! ¡Me habría dado un infarto, ¿te enteras?!

–Vale vale, lo siento chica, no sabía que te asustaba tanto subir cinco metros de altura, pensé que exagerabas un poco.

–Deja de hacer como si me conocieras de toda la vida, no tienes ni idea de nada– con las mismas me fui hacia donde estaba toda la gente, para ver si conseguía encontrar a Jess.

Había estado a punto de subirme a una noria, el muy imbécil. No podía con las alturas, me daba pánico mirar hacia abajo desde cualquier sitio. ¡Pero si no me gustaban las ventanas de mi apartamento porque estaban muy altas, por amor de dios!

Ni siquiera me giré para ver si el chico me seguía, me daba igual, estaba cabreada. Pero justo cuando alguien me tocó el brazo vi que había una buena armada. Un conjunto de unos veinte chavales se había apelotonado para ver algo que yo no conseguía ver porque todos eran altos en comparación conmigo. El chico me seguía y cuando vio que me hacía paso entre la gente para conseguir ver algo me siguió.

Resulta que había dos tías gritándose por algo. Simples peleas de una fiesta cualquiera. Cuando estaba girando sobre mis talones escuché gritar a una de ellas.

–Resulta que esta chaqueta vale más que tú, choni de barrio – era Astrid.

–Resulta que te vas a tener que comprar una nueva si no quieres seguir oliendo a mi batido de fresa – ¿Jess? ¡Joder!

Me acerqué corriendo para ponerme al lado de mi amiga.

–Jess vámonos – le susurré tirando de ella.

–No, esta va a pagar lo que te ha hecho.

¿Y cómo se había enterado tan rápido?

–Jess vámonos por favor– le repetí. Todo el mundo tenía la vista puesta en nosotras. –No merece la pena Jess –le miré con ojos lastimeros.

–Vale ya nos vamos, dame un momento–dijo para mí y luego dijo en voz alta y clara:– Astrid, que sepas que tu novio te puso anoche una cornamenta que flipas, y con Brooke, nada más y nada menos. Ahora si nos disculpas, nos vamos– dicho esto se dio la vuelta y nos fuimos abriendo paso entre la gente. Aunque había un murmullo constante, el sonido de una bofetada retumbó en mis oídos.

Nos escondimos entre unos árboles y me quedé mirándola. Por una parte, estaba muy cabreada de que hubiera pregonado una cosa así delante de tanta gente, pero por otra estaba contenta porque después de todo lo que

había pasado, Astrid se había comido su karma.

–Estás loca. No sé si darte un abrazo o pegarte.

–Lo que quieras –dijo, pero le di un gran abrazo.

–Gracias por haberme defendido. Y, por cierto, ¿se puede saber cómo haces para enterarte tan rápido de las cosas?

–Un chivatazo, Rixon me dijo que sí podrías venir a la fiesta porque te habían tirado un tartazo y te habían dejado ir antes.

–Rixon es de lo que no hay. Necesito desahogarme, al final sí que ha terminado siendo un día de mierda.

–Alégrate muchacha, has visto a esa pija con batido de fresa, con escupitajo incluido, en la blusa, por hoy he cumplido mi cupo de buenas acciones.

Nos empezamos a reír descontroladamente hasta que caí en la cuenta.

–Alan se ha llevado una bofetada por nada, ¿lo sabes?

–Se lo merecía, le ha puesto los cuernos a su novia, que pague las consecuencias.

–La verdad es que no. El chico con el que me fui ayer no era él, de hecho, era su hermano.

–¿Su hermano?

–Sí– dije avergonzada. –Debía ir tan pedo que les confundí.

–Una pena por él, pero al menos ella se ha llevado un gran chasco.

–Bueno, vamos a olvidarnos de todo. Vamos a beber como nunca y nos vamos a liar con los tíos más buenorros de aquí, así que ¿a qué esperamos?

–Amén.

# Capítulo 4

**CAPÍTULO 4**

Al rato estábamos las dos bailando en medio de un grupo de gente, que ahora eran nuestros mejores amigos. Lo estábamos pasando como nunca, nos habíamos bebido tres copas y estábamos muy pedo, por lo que mi queridísima amiga me lanzó contra un chico cualquiera.

–Lo siento, es que mi amiga es un poquito torpe– dije riéndome con él y haciéndole una peineta por detrás a mi amiga.

–No te preocupes. ¿Quieres otra copa? –dijo viendo que me quedaban solo hielos.

–No sé, llevo tres y no debería beber más, además ya se nos ha acabado el alcohol.

–Yo invito, no me la rechaces anda– no iba a beber más, pero si él invitaba no podía hacer ese feo.

Fuimos los dos hacia el chiringuito que había con mil botellas de distintos sabores y colores

–Ponme dos vozka morados con fanta de limón, te va a encantar.

Cuando la chica nos los tendió y lo probé asentí con la cabeza.

–Está buenísimo, sabe a piruleta, ¡me encanta! No hay comparación entre esto y el garrafón que teníamos mis amigos y yo.

Un rato después apareció aquel chico con Alan. Ahora entendía mi confusión de la noche anterior; eran muy parecidos. Alan tenía un aire más juvenil que su hermano, por lo que se sacarían unos dos o tres años, y también era un poco más bajo y con menos musculatura. Los dos tenían el pelo castaño oscuro revuelto y colocado de la misma forma, lo que me hizo gracia. No entendía por qué a aquel chico le molestaba que les confundieran si eran clavados.

Cuando nos vieron a Jess y a mí se acercaron, Alan por delante de su hermano y con gesto serio.

–¿Por qué te has inventado que yo me he acostado con ella? ¡Ni siquiera me gusta! ¡Es una borracha que se lía con el primero que pasa! –gritó

dirigiéndose a Jess.

Entonces fui yo quien le dio la bofetada. Vale que me importara una mierda lo que pensaran de mí, pero todo tenía un límite, y que me llamara fresca en mi cara era límite suficiente. Alan comenzó a pasarse la mano de arriba abajo para calmar el picor de mi torta.

Entonces se acercó Connor y se interpuso entre los dos.

–¿Hay algún problema?

–Sí, sí que lo hay. Resulta que tu novia va diciendo por ahí que anoche me acosté con ella, cuando eso no se lo creería nadie.

–Excepto la imbécil de tu novia, al parecer. Mira olvídate de mí. Todo ha sido un malentendido, y doy gracias a dios de no haber estado anoche contigo. Así que vamos a evitar más discusiones por hoy.

Con una cara de cabreo dirigida hacia Connor y hacia mí se dio la vuelta y se fue por donde había venido, al contrario que su hermano, que le miró con sorna.

–¿Tienes chófer? ¿O necesitas que te acerque a casa? –me dijo el chico sin nombre.

–Pues la verdad es que… –pero Connor me interrumpió

–Yo la llevaré, no te preocupes por ella –puse los ojos en blanco.

–Oye no te creas que estamos saliendo ni nada por el estilo, no te pienses que por estar un rato ya eres quién para hablar por mí –me miró sin entender nada. –Oye Connor, gracias por la bebida y todo eso, pero no vas a conseguir nada conmigo, nada de nada. No salgo con nadie ni pienso hacerlo, soy un alma libre, así que no intentes nada conmigo, busca a otra para eso –me miró un segundo más y regresó donde estaba el mogollón de gente bailando.

–Entonces, ¿necesitas que te lleve o te lleva ese Cono?

–Es Connor –le dije riéndome.

–Ya lo sé, pero tiene la cabeza de un cono de tráfico –me reí de su broma.

–No, me llevará mi amiga Jess, pero gracias por ofrecérmelo.

–Menos mal que me has dicho que no, porque me tocaría mediar entre mi

hermano y tú en el coche, porque le has dejado sin novia y sin chofer. Ya nos veremos pelirroja –y se fue.

# Capítulo 5

**CAPÍTULO 5**

Al día siguiente me desperté en mi cama, sola, gracias a dios, y sin ningún otro incidente la noche anterior. Cuando me levanté miré la hora y vi que era casi medio día. Me levanté para vestirme y prepararme para ir a trabajar. Fui a la cocina, me preparé un café y me dirigí al salón a poner la tele. Mi casa no era muy grande, en cuestión de un minuto podías recorrer todas las habitaciones. Era un 4º piso sin ascensor, y por ello más barato que ningún otro de la ciudad, por lo que decidí quedarme con él en cuanto lo vi. Apenas había muebles, ni electrodomésticos, ni siquiera decoración, pero me gustaba, era mi sitio, mío, y solo mío.

Aquí solo entraba quien yo quisiera, no quería volver a pasar por las amistades que entraban y salían cada cinco minutos de mi casa cuando vivía con mis padres. No tenía intimidad, y a ellos no parecía importare estar las 24 horas del día metidos en una casa, y de hecho, a mis padres tampoco parecía importarles. Era insoportable bajar al salón y encontrarme con tres personas sentadas en mi sillón, comiéndose mi comida, y ocupando mi espacio personal. Incluso se habían quedado hasta las tantas en mi casa entre semana, sin importar que mi hermana y yo tuviéramos colegio al día siguiente. Hablaban más alto de lo normal y no nos dejaban dormir, y entonces yo tenía que salir al pasillo y gritar que se callaran que era la una de la madrugada y tenía instituto al día siguiente. Se reían, les daba igual yo y les daban igual mis padres.

Sonó mi alarma para indicarme que me tenía que dar prisa para llegar al trabajo bien de hora. Cogí mis cosas y me fui, directa a aquel infierno.

Cuando llegué el bar estaba abarrotado. Me metí en el almacén, me puse el uniforme y regresé a la barra donde estaba mi compañera de trabajo atendiendo a unos señores. ¿Por qué habría hoy tanta gente? Me puse a buscar personas a las que atender y encontré un grupo de cuatro jóvenes que estaban riéndose. Cuando llegué yo se callaron.

–¿Estáis atendidos?

–No, pero nos puedes atender tú.

–Bien, ¿qué os traigo?

–Cuatro batidos de fresa, por favor –dijo otro de los chicos.

–Bien, es el mejor batido de la ciudad.

–Mientras que no nos lo traiga tu amiga nos vale –dijo otra

–¿Perdón?

–Ya nos hemos enterado de que tu amiga va tirando batidos de fresa a diestro y siniestro.

–Ahora os los traigo.

Me di la vuelta y fui a por los batidos. Aquí los rumores sí que corrían rápido. Puse los cuatro batidos en una bandeja y volví a la mesa.

–Aquí los tenéis, que aproveche.

–Antes de que te vayas, ¿nos traerías también un trozo de tarta? Nos han dicho que es tu especialidad –con eso los cuatro se empezaron a reír descontroladamente. Supuse que solo había dicho lo de la tarta para hacer la broma, por lo que no les llevé nada más, incluso evité cobrarles yo.

Cuando estaba a punto de terminar mi turno aparecieron dos chicos y se sentaron en la barra. Iba a ir yo, pero apareció mi compañera para atenderles, así que me fui a lavar los últimos vasos que quedaban sucios, dispuesta a marcharme a casa.

–¡Eh tú! –levanté la cabeza y vi que eran los hermanos Alan, así que me acerqué a saludar.

–Hola chicos –dije más para el otro que para Alan, pero los dos me saludaron.

–Ya le he contado todo el malentendido de ayer y dice que te quiere pedir perdón por lo de ayer –Alan le miró con una ceja levantada, pero al final me dirigió la mirada a mí.

–Eh, eso, sí –dijo algo confundido –lo siento, ayer fue un día… raro.

–Ya, yo también lo siento por lo de, ya sabes, eso de que te crucé la cara –a Alan no le hizo gracia, pero a su hermano se le escapaba la risa.

–Si eso fue lo mejor de la noche –Alan le lanzó una mirada asesina y el chico carraspeó y dejó de reírse.

–¿Ya lo habéis arreglado Astrid y tú? –dije para calmar el ambiente.

–La verdad es que no. Ni siquiera me habla. No me coge el teléfono y no me deja pasar a su casa para hablar las cosas –dijo con calma.

–¡Y eso te lo debe a ti! Brooke, eres la mejor –dijo su hermano. – Oh vamos, me vas a decir que es una persona digna de admiración. Es rubia, guapísima, tiene un cuerpazo y tiene dinero, pero lo de dentro está tan hueco como su cabeza. Parece que no tiene sentimientos, es un corazón de hielo. Brooke ayúdame a convencerle.

–Yo no soy muy imparcial en este tema, por lo que no puedo ayudar, lo siento –dije para evitar más marrones.

–Mejor me lo pones, eres la más indicada para hablar con él y hacerle entrar en razón.

–Dios déjalo ya ¿vale? No será la mejor chica del mundo, pero era mi chica, joder. Yo la quiero, y la he perdido porque cierta chica se lio contigo y se pensó que eras yo, y lo pregonó su amiga.

–Oye ya te he dicho que lo siento, que no fue culpa mía, simplemente fue un gran error.

–¿Yo fui un error? –preguntó su hermano.

–Solo estoy diciendo que todo fue un malentendido, que lo interpreté mal, porque os parecéis un huevo y eso es innegable, y que si tu novia no te quiere creer es porque no te escucha, no porque no sea la verdad.

A Alan se le iluminaron los ojos y me miró fijamente.

–Entonces díselo tú, a ti te hará caso, al fin y al cabo, fue tu amiga la que lo dijo, y solo te va a creer a ti –ni de coña.

–No gracias, ayer me llevé un tartazo y no me gustaría llevarme un sillazo la próxima vez que la vea. Así que voy a intentar esquivarla el resto del mes, pero gracias por el ofrecimiento.

–Por favor, Brooke, eres mi última oportunidad, haz esto por mí, no por ella.

–Apenas te conozco, ¿qué te hace pensar que lo voy a hacer?

–Oye, oye, un momento –dijo su hermano. – Pero ¿qué tiene de malo que te haya dejado? Vamos a ver, ahora estás soltero y puedes encontrar a mil tías más, y mejores. Ahora me tienes a mí para ir de juerga. Somos jóvenes y estamos solteros, vamos a vivir la vida y déjate de tonterías.

–Amén –dije, dándole toda la razón del mundo.

–No lo entiendes, la quiero, de verdad que la quiero, y ella a mí, solamente está cegada por la rabia de la chica que peor la cae se haya liado con su novio.

–De verdad que me encantaría solucionar todo este lío, empezando porque lo he provocado yo, pero no puedo.

–Alan, la chica no te debe n –antes de dejarle acabar la frase se fue.
–Discúlpale, está jodido. Aunque no lo entiendo, lo está.

–Yo tampoco lo entiendo, pero él sabrá donde se mete. Oye de verdad que me gustaría ayudar. Pero no puedo, no con ella, entiéndeme.

–Lo sé, esa chavala es insoportable, desde que está con mi hermano apenas le veo el pelo, y antes éramos uña y carne, ahora pasa de mi culo. Bueno, cambiando de tema, ¿qué haces esta noche? –el corazón me dio un vuelco, ¿me estaba invitando a salir? No, qué va. No podía ser porque me había oído decir a Connor que no quería nada con nadie, yo era un alma libre, yo no salía con nadie. Y nadie era nadie, ni siquiera por aquel chico, tan amable y tan guapo y tan – ¿Brooke? ¿Me has oído?

–Eh, sí, ¿qué decías?

–Bien, te recojo a las diez en tu casa.

–Eh, no, no. No te he dicho que sí.

–Sí que lo has dicho –y cerró la puerta del bar.

Vi la hora que era, las ocho y veinte, hacía veinte minutos que debía de haberme marchado. Cuando volví a mirar el reloj de camino a casa me puse nerviosa y no sabía por qué. Me quedaba un rato para prepararme y que me recogiera aquel chico, pero no era una cita de nada parecido. O eso creía.

# Capítulo 6

**CAPÍTULO 6**

Cuando eran las diez menos diez estaba sentada en el sillón viendo una serie y mordiéndome las uñas. Me levanté cuatro veces a mirar si había llegado ya. No sabía por qué, pero estaba más nerviosa de lo habitual. Sí, había quedado mil veces con chicos, pero no así. Él era imprevisible, no era como los demás de aquí te pillo y aquí te mato. Solo llevaba dos días conociéndole y me caía muy bien, como amigos claro, y yo creía que él tenía la misma idea en la cabeza. Éramos amigos, raros, pero amigos, al fin y al cabo.

Cuando sonó el timbre noté como mis latidos aumentaban. No entendía por qué estaba tan nerviosa, si le había visto hacía dos horas y había estado normal. Abrí la puerta.

–¿Estás lista? –dijo a modo de saludo.

–Sí, pero no sé a dónde vamos.

–A la bolera –cuando dijo eso miré mi ropa. Vaqueros con un top negro y una chaqueta.

–Entonces tengo que cambiarme, porque no creo que así juegue la ge –me cortó.

–Estás bien, no te compliques y vámonos, que tengo la pista reservada.

No me extrañaba. Era un chico con padres ricos, así que no le gustaba esperar colas, ni que le quitaran su sitio. Me subí a su coche y me dije a mi misma que tenía que hacerme con uno como ese. Era comodísimo, mucho mejor que el de Jess. Yo tenía que ir andando a todos los sitios, y mi cuerpo agradecía que me moviera tanto, pero era bastante agotador tener que pedir favores a todo el mundo.

–Me gustaría tener un coche, y más como este –se encogió de hombros.

–Pues cómpratelo.

–No me lo puedo permitir, tengo que hacer milagros para llegar a fin de mes.

–Pues tus padres.

–Pides mucho.

–¿Por qué?

–No me gusta hablar de ellos –dije mirando por la ventana.

–¿Por qué? –preguntó atento a lo que decía.

–Porque son malos recuerdos, y bastante me acuerdo de ellos yo sola, como para que me los nombren.

–Entiendo. Pues si alguna vez quieres desahogarte y cagarte en todo, aquí me tienes –dijo, y me reí.

–Gracias.

–Para eso estamos los amigos –me alegró que dijera eso, y sobre todo la palabra "amigos" me tranquilizó un poco, y pude relajarme porque sabía que él también nos consideraba solo amigos. Y me relajé sobre todo porque ahora sabía que aquello no era una cita, sino una quedada de dos amigos.

–Ya hemos llegado –dijo aparcando el coche.

Era un lugar enorme, con un montón de coches caros aparcados en la puerta.

–Oye, tengo dinero, pero no sé si me podré permitir entrar siquiera –dije observando todos los descapotables que había.

–No te preocupes, pago yo.

–No –dije tajante. –No me gusta que me paguen nada. Y menos alguien a quien no le debo nada.

–¿Que no me debes nada? Has conseguido que mi hermano y Astrid corten, y yo lo llevo intentando semanas. Tómate esto como agradecimiento por ello. Te debo una grande –le miré, pero vi que lo decía en serio. –Además, es lo que hacen los amigos, déjame pagarte la entrada, total no me voy a quedar pobre, créeme –sin total convicción miré a la gran bolera.

–Está bien, pero solo por esta vez –me dedicó una mirada de triunfador y entramos al gran local.

Dentro parecía más grande de lo que me pareció en un primer momento. Había una barra a mano derecha y multitud de pistas a mano izquierda. Había un gran ambiente, pero nada que ver con las fiestas a las que iba, aquí todo era de más calidad y con gente más arreglada.

–No sé qué pinto yo aquí, en fin, solo tienes que compararme con cualquiera que haya aquí para ver que no soy como ellos –dije sintiéndome bastante incómoda por cómo me miraba la gente.

–No te preocupes por nada, mientras que pagues, quiero decir mientras que pague nadie te va a recriminar nada.

Nos acercamos a la barra para pagar y que nos dijeran la pista que nos tocaba y la chica que nos atendió me miró de arriba abajo, después miró a mi acompañante y se le suavizó la cara cuando vio que tenía buena cantidad de dinero que ofrecer.

Una vez que nos dijeran que fuéramos a la pista 2 nos acomodamos en los bancos y dejamos nuestras cosas encima de la mesa que había. Estaba muy nerviosa porque nunca había estado en un sitio como aquel.

–La verdad es que nunca he jugado a los bolos.

–Es fácil, ven que te enseño a coger la bola –me acerqué a él y cogió una bola rosa en la que ponía 8. –Bien, esta pesa poco, ponte en frente de la pista –se puso detrás de mi y me dijo dónde debía colocar los dedos. –Tira lo más fuerte que puedas para conseguir que se desestabilicen más bolos.

Hice todo lo que me decía, paso por paso, lo juro, pero algo me salió mal y el bolo acabó en la pista de nuestra derecha. Cuando llegó donde los bolos se colaron por la rejilla y no tiró ninguno.

–Vale, creo que debería de haberte explicado que tienes que tirar los de esta pista, no los de toda la bolera.

Los de la pista donde acababa de caer mi bolo nos miraron con cara de pocos amigos, y algunos asustados.

–Lo siento, es la primera vez que juego –me disculpé con la boca pequeña. Eso les bastó como disculpa y siguieron con su partida.

–Guau chica, la próxima vez intenta hacerme caso, mira y aprende.

Cogió una bola más pesada que la mía y cogiendo carrerilla soltó el bolo. El sonido de los bolos al caer me provocó una sensación extraña, como de

derrota. Yo no perdía. Nunca.

–Pleno, a ver si tú consigues derribar, aunque sean dos a la vez, si no es mucho pedir, claro –me miró con ojos gatunos, esperando a que le contestara. Me dirigí hacia donde estaban todas las bolas y cogí la misma que él había usado. Pesaba mucho, pero lo disimulé para que no se metiera conmigo.

Repetí en mi cabeza coges carrerilla, fijas objetivo y sueltas con todas tus fuerzas. Cuando el bolo calló otra vez en la rejilla y maldije entre dientes.

–Eres torpe eh pelirroja –le miré entrecerrando los ojos y volví a por otra bola. Repetí los pasos y volví a lanzar la bola en dirección a los bolos. Cuando vi que algunos caían me giré hacia él.

–Tan torpe no soy. Es la primera vez que juego, déjame aprender y después hablamos.

Cuando íbamos a mitad de partida él se acercó a coger un bolo y dijo:

–Nunca me vas a igualar.

Se dio la vuelta y justo un niño pasó corriendo, lo que hizo que él tropezara y cayera al suelo. Me empecé a reír y él se levantó rápido para evitar que le miraran más.

–¿Estás bien? –dije con la risa escapando de mis labios, intentando inútilmente contenerla. – Te has dado un buen culetazo.

–Sí, no sufras por mí, mejor piensa en lo mal que juegas –dijo para picarme.

Me lo pasé genial. Por un rato olvidé dónde estaba, con quien estaba y por qué estaba allí. Conseguí olvidarme de todo lo malo, por un rato.

–Bueno, tengo que irme, es tarde y supongo que tendré que irme a la cama.

–Eh sí, yo igual, mi hermano me estará esperando como un perro lloroso.

–Lo siento por él, no hice todo esto por fastidiar a tu hermano sino…

–A Astrid, tranquila lo sé, y él también lo sabe, solo necesita echarle la culpa a alguien.

Nos subimos al coche y condujo de camino a mi casa, cuando llegamos

apagó las luces del coche.

–Bueno, pues ya hemos llegado, te estarán esperando para cenar, supongo.

–Lo cierto es que vivo sola, no sé si recuerdas mi apartamento, pero solo tiene una habitación.  –Se quedó pensando un momento.

–Es cierto, aunque no me dio mucho tiempo a visualizar nada cuando tuve que salir corriendo porque una loca me tiró agua helada –me reí.

–Te la merecías –le recriminé. Le miré a los ojos y vi que se reía en el fondo. –Además, te divertiste tanto como yo…

–Tanto no creo, pero te perdoné por ello así que dejemos el tema.

–Bien. Bueno, me voy, ha sido muy divertido, gracias por recogerme, invitarme a la bolera y traerme a casa. Vaya, ahora que lo pienso soy yo la que te debe un fa –me interrumpió.

No le vi venir, pero se acercó a mí y me besó con violencia. Dejé que siguiera, la verdad era que besaba bien, muy bien. Al rato le aparté.

–Oye, yo no he considerado esto como una cita –dije temiendo que se hubiera confundido después de todo.

–Ni yo.

–Pensé que…

–No pienses, solo déjate llevar –y le hice caso.

Subimos a mi casa y abrí la puerta rápidamente. Él cerró de un portazo y le dirigí hacia mi habitación. Encendí la luz, para que él la apagara un momento después. Se tumbó encima de mí y comenzó a desvestirme.

Un rato después comenzó a recoger sus cosas.

–Oye, no quiero una relación.

–Chica tú no sabes dejarte llevar y ya, ¿no? –vio que no quedaba muy convencida y recalcó –Yo tampoco quiero nada contigo, estate tranquila. Además, no eres mi tipo, no tienes de qué preocuparte. Ya nos veremos pelirroja –aquello me dejó agridulce, ¿qué quería decir con que no era su

tipo? Estúpido.

Y se fue.

# Capítulo 7

**CAPÍTULO 7**

Aquella noche tuve otra de mis pesadillas. Estaba sentada en el sofá de casa de mis padres, con mi hermana al lado. Estábamos viendo una película de Disney que a ella le encantaba. Monstruos S.A. no estaba nada mal la verdad, pero verla dos veces al día, siete días a la semana, cansaba un poco. Como siempre mi hermana estaba repitiendo los diálogos de la película y me sorprendió ver que yo también lo hacía, cuando de repente la televisión comenzó a pasar a ser la vida real.

La película comenzó a cobrar vida y mis padres estaban en frente de nosotras, como los monstruos de la película, los monstruos habían cobrado vida en la piel de mis padres.

Empezaron a gritarse y mi madre comenzó a tirar cosas, haciendo estallar algunas de ellas. Mi hermana tenía miedo, y yo también lo tenía. Nos levantamos del sofá y corrimos escaleras arriba, hasta el desván. Cuando llegamos, cerramos la puerta y nos sentamos en las almohadas que teníamos preparadas para ocasiones como estas. Había libros allí, cogí uno de ellos y comencé a leérselo a mi hermana, intentando que se calmara, pero los sonidos de cristales romperse en el salón eran demasiado fuertes. Mi hermana comenzó a llorar y yo la acuné para que se sintiera segura conmigo, para que viera que no iba a pasarle nada si yo estaba con ella.

Cuando toda la casa se quedó en silencio nos quedamos quietas, temiendo lo que pudiera pasar. Las dos nos preguntábamos el por qué habían parado todos los gritos, pero salimos de dudas en cuanto vimos que la puerta del desván se abría y entraba mi madre.

Me levanté agitada, encendí la luz de la mesa de noche y me pasé las manos por la cara, y entonces me di cuenta de que estaba llorando. Algunas lágrimas habían escapado del sueño para colarse también en mi cama. No me podía permitir aquello, no podía llorar, no ahora que todo estaba solucionado.

Siempre me repetía lo mismo. No debes llorar por algo que ya no puede hacerte daño. Tu madre está en la cárcel y ya no puede atormentarte, si la dejas que entre en tus sueños, habrá ganado ella.

Me levanté de la cama y fui al baño. Cuando vi mi reflejo quise llorar, quise llorar por todo lo que nos había pasado a mi hermana y a mí, pero sobre todo quise llorar por todo el parecido que teníamos mi madre y yo.

Tenía sus ojos verdes, tenía su pelirrojo y tenía todas sus facciones en mí. Mi peor pesadilla era mi reflejo, porque era lo que más me recordaba a ella de todo. Yo era ella.

Le pegué un puñetazo con todas mis fuerzas a la pared. Necesitaba olvidarme de todo aquello. Necesitaba pasar página, pero ¿cómo iba a pasar página si cada vez que me miraba en el espejo veía mi mayor temor?

Yo no era como ella. Yo nunca habría hecho todo lo que ella hizo, ni por asomo, pero nuestro parecido me jugaba muy malas pasadas. Cada vez que alguien me confundía con ella hacía que otra astilla más se clavara en mi corazón.

Cuando bajé la vista a mi mano vi que estaba roja e hinchada y la puse debajo del grifo. Me dolía, dolía mucho, pero me daba igual, en aquel momento me dolía más el recuerdo, el recuerdo de toda mi antigua vida.

# Capítulo 8

**CAPÍTULO 8**

Al día siguiente me levanté echa una mierda. No había pegado ojo desde aquella pesadilla. Me desperté más pronto de lo habitual, por lo que me di una ducha para despejarme. Me quité la ropa y me metí en el agua tibia, deseando que pasara aquella sensación. Cuando me estaba enjabonando el pelo noté que aún me dolía la mano y cuando la vi maldije entre dientes. Tenía toda la mano hinchada y morada en algunas partes, por lo que tendría que ponerme una venda después.

Cuando acabé salí de la ducha y me miré al espejo. Daba asco; tenía unas ojeras enormes y se notaba que no había descansado bien. Me vestí y me maquillé para disimular un poco aquel desastre y bajé a desayunar.

En la cocina me preparé mi café matutino, me senté en el sillón y encendí la tele para desconectar. Puse el canal de las noticias, aunque no me entusiasmara, para intentar que mi vida pareciera insignificante en comparación con todo lo que pasaba en el mundo. Era cruel que solo pusiera las noticias para ver como otras personas también sufrían, pero necesitaba ver que lo mío no era comparable con la desdicha ajena.

Subí el volumen para prestarle atención a la reportera.

–La editorial Hole ha conseguido ascender a pasos agigantados en su sector, abriendo dos nuevas sucursales situadas en Maine y California. El pasado lunes 13 de noviembre Robert Hole inauguró la sucursal de Maine y fue entonces cuando conseguimos la siguiente declaración.

Entonces apareció un señor de unos 50 años, vestido elegante para aquella ocasión y con una gran sonrisa en la cara.

–Por fin hemos conseguido abrir esta sucursal, lo que nos hace muy felices a todos los implicados, no ha sido un camino de rosas y estamos orgullosos de nuestro relanzamiento. Con esta nueva oficina hemos conseguido que más de cien personas consigan un trabajo estable. Tenemos previsto inaugurar la sucursal de California el próximo miércoles 22 de noviembre. Esta será dos veces más grande que la de Maine, con lo que conseguiremos que muchas más personas trabajen para nosotros. Además, hemos llevado a cabo un plan en el que estaremos encantados de recibir estudiantes a los que les apasione el mundo de la lectura. Muchas gracias.

Entonces reapareció la reportera.

–Ya lo habéis oído, si sois estudiantes y os apasiona la lectura, tenéis un puesto en esta gran empresa. Devuelvo la conexión.

Aquello debía ser un mensaje del universo, enviado exclusivamente para mí. Estaban buscando estudiantes para esa gran empresa y no podía pasarme desapercibido el hecho de que fuera aquí, en California. Tenía que enviar el currículum antes de que otros ocuparan los puestos vacantes. Ese trabajo debía ser mío, lo único que me daba miedo era que la inauguración sería en dos días. Solo tenía dos días para enviar el currículum y hacer la entrevista.

Busqué por internet dónde se abriría aquella nueva oficina y me sorprendió que fuera en Los Ángeles, a treinta minutos en coche desde mi casa. aquel trabajo tenía que ser mío.

Cuando ya estuve lista para salir de casa cogí las llaves y fui hacia el instituto, con esperanzas de poder dejar el trabajo de camarera para pasar a una oficina. Llegué cinco minutos antes de que sonara el timbre y fui donde estaban mis amigos.

–¡Hola, chicos! ¿Qué tal habéis pasado el fin de semana? –pregunté, sin poder ocultar estar la mar de contenta.

Jess me tendió un cigarrillo y me miró con el ceño fruncido.

–Nosotros bien, pero parece que tú sí que te has divertido de lo lindo. Desembucha nena, ¿a quién se debe esa alegría? –dijo Jess bastante interesada.

–No es nada, solamente estoy contenta porque hay una posibilidad de que deje el trabajo de camarera.

–¿Eso es motivo de alegría? ¿Dejar un trabajo? –Preguntó Tom.

–El motivo de alegría viene porque podrían contratarme en una editorial.

Sonó el timbre de clase.

–¡Pero esa es tu pasión! Leer, leer y leer, sería tu trabajo perfecto –dijo Jack tan ilusionado como yo.

–¡Por eso estoy así de contenta!

Cuando entramos nos dividimos, Jack y Jess iban a su clase y Tom y yo a la nuestra. Anatomía a primera, qué ilusión (nótese el sarcasmo).

Cuando llegué a mi pupitre Gabriel se acercó.

–Vamos Brooke, tenemos que exponer.

No me jodas.

–No me jodas –dije sorprendida. Era verdad, tenía que exponer porque se me había olvidado la semana anterior traer a clase el esquema.

–Se te ha vuelto a olvidar, ¿a que sí? –me recriminó con fastidio. Le miré y eso bastó como respuesta. –Mira Brooke, me debes una, una enorme. Sabía que cabía esta posibilidad así que hice mi propio esquema. No pienses que te voy a dejar que lo presentes como tuyo, así que vas a salir y vas a hacer mi parte. Es lo justo. Yo hago el esquema que deberías haber traído y tú explicas todo lo que pone aquí, o te lo inventas, me da igual mientras que a mí no me echen la bronca, ¿vale? –dijo atropelladamente.

Gabriel era un tío genial. Siempre que me hacía falta algo él me ayudaba, por eso nos habíamos puesto juntos para aquel trabajo. Sabía que había hecho esto tanto por él como por mí. La verdad era que había estado colado por mí algún tiempo, pero le tuve que dejar clara mi regla de oro: nada de novios. Pero pareció tomárselo muy bien, y desde entonces nos llevábamos bastante bien.

–Eres el mejor, no sabes de la que me has salvado –dije ahora más tranquila por no tener que volver a decirle que se me había olvidado al profesor.

–Sí, sí que lo sé, el próximo trabajo te lo comes tú –dijo con una sonrisa.

–Está bien, es lo justo –dije encogiéndome de hombros.

Salimos a presentar y lo hice lo mejor que pude, teniendo en cuenta que no me lo había preparado nos salió decente. A Roberto no pareció importarle que hubiéramos intercambiado los papeles en el trabajo, pero cuando acabamos me dijo:

–Brooke, cuando acabe la clase quédate los cinco minutos del descanso conmigo para hablar. Por lo demás muy bien chicos.

La clase acabó antes de lo que me esperaba y cuando estaba saliendo por la puerta solté el aire que estaba conteniendo al ver que a Roberto se le

había olvidado, pero…

–Brooke, te he dicho que te quedaras estos cinco minutos, ¿ya te has olvidado? –dijo Roberto con voz calmada, mirando sus papeles.

–Sí, es verdad, qué cabeza tengo –giré sobre mis talones y me puse en frente de su mesa.

–Si te olvidas de esto no me extraña que te olvides de que tienes una presentación. Los dos días –me replicó.

–Tengo muchas cosas en la cabeza –dije simplemente.

–Por eso te he dicho que te quedaras a hablar conmigo. Sé que tienes muchas cosas de las que hacerte cargo. Más cosas de las que deberías teniendo en cuenta que solo tienes 17 años, pero no puedes seguir así –me miró serio. –Dejamos que el curso pasado dejaras los estudios un poco apartados por todo lo que te ocurrió. Dejamos que repitieras para recuperar tus notas y que volvieras a ser la buena estudiante que habías sido siempre. Este curso debes tomártelo en serio Brooke.

–Estoy haciéndolo lo mejor que puedo. Tengo que trabajar y estudiar al mismo tiempo y eso me deja muy poco tiempo libre para ocuparme de las tareas de clase.

–Lo sé, solo digo que intentes mejorar tus notas, los dos sabemos que eres una chica a la que le gusta estudiar. Tienes que pasar estos dos años hincando los codos si quieres ir a la universidad.

–Ya lo sé –respondí molesta. Él no tenía por qué meterse en mi vida –Tú limítate a ponerme la nota que creas conveniente este curso, yo me preocuparé de lo demás –le solté de mala manera y salí de clase.

¿Quién se creía él para hablarme de problemas si su mayor dificultad era corregir exámenes? No tenía ningún derecho de decirme lo que tenía que hacer, y menos de venderme un futuro que yo no iba a tener por mucho que me hubiera gustado.

Había tenido razón en todo lo que había dicho. Desde que me había mudado a Los Ángeles y me había trasladado a aquel instituto mis notas habían caído en picado, pero ¿quién podría preocuparse en los estudios después de todo lo que me había pasado? Todos los profesores estaban al tanto de mi vida por mi expediente, por lo que fueron indulgentes conmigo desde que me trasladé, pero ahora era un curso nuevo, y por eso pensaban que también regresaría la Brooke de matrícula de honor.

A decir verdad, me encantaba estudiar. Aprender cosas nuevas era gratificante para mí, pero con el poco tiempo que me dejaba el trabajo y

mi nueva vida independiente y solitaria, era complicado volver a la rutina de estudiar tanto. Ya no tenía la cabeza para aquello.

# Capítulo 9

**CAPÍTULO 9**

Cuando llegué a casa después de clase recordé que tenía que enviar el currículum a la editorial Hole y volví a salir de casa para coger el primer autobús que parara en la dirección de aquel edificio. Prefería entregarlo en mano que arriesgarme por internet.

Cuando llegué me asusté de lo grande que era. Antes de entrar comprobé que estuviera abierto y pasé por la puerta giratoria de la entrada. Por dentro era más impresionante de lo que era por fuera. Todas las paredes eran de cristal y se podía ver el tráfico y la gente que pasaba por la calle.

Me acerqué a la mesa que había de frente a la puerta de entrada y me puse en la cola de gente. Cuando al fin me tocó a mí me acerqué a la mesa.

–Hola, venía para entregar mi currículum.

–Sin problema –sacó una hoja de debajo de su mesa y me la tendió, –rellena esto guapa –me ordenó amablemente.

Comencé a rellenar la hoja y cuando acabé se la di.

–Bien, ahora dame tu currículum para graparlo junto con esto otro–se lo tendí. –Bien, pues ya está, muchas gracias, ah y recibirás una llamada en esta semana para saber si ha sido seleccionada o no –dijo con una sonrisa. Aunque se la veía bastante estresada por la gran cola que se estaba formando detrás de mí trataba a todos con la misma simpatía y amabilidad, me caía bien.

Lo único que me fastidió de todo aquello fue que me había tragado una hora de autobús para que en diez minutos estuviera todo hecho. Pensaba que tardaría más y por eso no había hecho planes para aquella tarde, por lo que decidí que, ya que había ido hasta allí, aprovecharía el viaje y volvería más tarde a casa.

Estaba sola por lo que decidí dar una vuelta por aquella parte de la ciudad. Cuando hube caminado cinco minutos vi que había un parque, y al lado una biblioteca. Parecía que el universo no me quería dejar en paz aquel día. Sin ningún atisbo de duda entré. En el cartel ponía "El Segundo

Public Library”, me pareció un nombre bastante curioso.

Al entrar vi que todo era muy espacioso y había montones de estanterías repletas de libros hasta los topes. Miré el reloj y vi que me sobraba tiempo para coger el autobús, así que me decidí por echar un vistazo en la sección adolescente. Estuve un rato ojeando títulos hasta que uno me llamó la atención. Lo cogí y fui hacia una mesa en la que poder sentarme a leer, aunque me costó bastante encontrar un asiento libre, a decir verdad.

Estuve un rato inmersa en la lectura, me estaba gustando tanto aquel libro que perdí la noción del tiempo, fui a mirar la página para recordarla y continuar por donde me había quedado la próxima vez que lo leyera. Cuando vi que me había leído 120 páginas abrí los ojos. Miré mi teléfono. Las diez y diez de la noche. No podía ser cierto, las bibliotecas debían cerrar antes.

–Estás muy lejos de casa pelirroja, ¿cómo has venido si no tienes coche? –me preguntó una voz conocida, pero a la que no podía poner nombre porque seguía sin saber cómo se llamaba.

–Hola –dije levantando la cabeza para verle de frente. –La verdad es que había venido a entre… –me quitó el libro de las manos. –¿Para qué preguntas si te da igual? –dije molesta porque le dio igual que dejara de contarle lo que hacía allí. Levantó la cabeza y se encogió de hombros.

–La verdad es que me da igual, pero cuéntamelo si quieres –dijo sentándose en la silla de al lado, ahora vacía, ¿cuándo se había marchado la chica de pelo corto?

–Serás imbécil –dije echando chispas por los ojos. –¿Y tú qué haces aquí? –pregunté con intención de hacerle la misma jugada.

–Qué más da –contestó.

–De verdad cuéntamelo, estoy muy intrigada, en serio –le rogué intentando disimular el sarcasmo.

–Oh, ya entiendo, vas a intentar devolvérmela, venga que te cuento, resulta que he venido a estudiar po… –le corté.

–Da igual, ya no me interesa –dije imitándole.

–Serás imbécil –dijo imitando mi voz y mis gestos, o más bien haciéndome burla.

–Lo haces fatal –le recriminé.

–Ahora en serio, sin coche y a media hora de tu casa ¿qué haces aquí? ¿Se te ha perdido algo? ¿Te ayudo a buscarlo? –dijo intentándose hacer el gracioso, pero solo consiguió comenzar a cabrearme.

–He venido a entregar un currículum, a ver si me cogen y dejo de ver a la petarda de tu cuñada –dije medio cabreada.

–Excuñada –recalcó orgulloso –gracias a ti, claro está.

–Lo que sea –dije sin darle importancia. –¿Y tú qué haces aquí? ¿Se te ha perdido una botella de whisky entre las estanterías?

–Podría hacerte exactamente la misma pregunta.

–Touché.

–Me sorprende verte aquí, no te había visto antes, pero me sorprende aún más verte con un libro en la mano. Espera, no hace falta, ya lo digo yo, serás imbécil –dijo volviéndome a imitar.

–Si ya lo dices tú, ¿para qué voy a decirlo yo? –nos reímos. –Aún no me has dicho qué haces aquí –le recordé.

–Me has cortado tú –vio que no le contestaba y decidió responderme– Tenía que hacer un trabajo, y en mi casa estaban haciendo una reunión, así que vine aquí.

–¿Tú? ¿Estudiando? Espera, no lo entiendo, la gente que estudia lo hace para poder llegar a ser lo que quiere, los ricos no estudian porque tienen millones guardados, si mal no recuerdo, explícame eso –dije con intención de picarle.

–Ja, ja. La empresa de mi padre no tiene nada que ver conmigo, a ver si te entra en esa cabeza que los ricos también son personas que tienen ambiciones. No por tener millones mi padre voy a conformarme con eso si no es lo que quiero. Yo quiero llegar a ser alguien por mi mismo, no por mi padre, al contrario que mi hermano, que está esperando heredar todo para tener su vida solucionada.

Guau, bonito discurso.

–Perdone, don ambicioso, no quería importunarle con mis insignificancias –dije imitando a la voz de un conde por lo menos.

–Bueno, me tengo que ir –dijo, molesto por mi broma.

–Espera –le retuve. –Era una broma, no pretendía reírme de ti.

–¿Y qué si lo hacías? Yo me río de ti constantemente –se encogió de hombros. No me hizo ninguna gracia su comentario, pero tuve que tragármelo. –No es por la broma, es que me tengo que ir de verdad, tengo mucho que estudiar aún –giró sobre sus talones dispuesto a marcharse.

–Me he quedado tirada –dije un poco más alto de lo permitido en un sitio como aquel, con lo que me gané varias miradas asesinas, era normal, todo el mundo en silencio y solo se me ocurre a mí gritar. Volvió donde yo estaba.

–Quieres dejar de ponerme en ridículo, por dios, no estamos en un corral, compórtate –mira chico, a mi nadie me dice lo que tengo que hacer, y menos tú. En lugar de soltarle nada, le miré silenciosa.

Me levanté y salí de la biblioteca. Fuera empezaba a hacer frío y en ese momento me arrepentí de no llevar nada más que una sudadera. Además, el Sol ya se había ido, por lo que empezarían a bajar más las temperaturas. Vi una fuente y fui directa, qué sed me había entrado de repente. Apreté el botón para que saliera agua y empecé a beber, pero de repente un chorro de agua helada se estampó contra mi cara. Dejé de apretar el grifo y sorprendida miré qué había provocado aquello.

–¿Qué narices te pasa? –dije gritando.

–Ves, aquí no me importa que grites –respondió.

–¡Me has empapado! –dije mirando mi sudadera chorrear. Me la quité, con fuerza y cabreada, pero me arrepentí al momento. Llevaba solamente una camiseta de tirantes debajo. Qué frío tenía en aquel momento, y más después de que aquel imbécil me empapara con agua congelada.

–Te notaba acalorada, pensé que querías agua –se disculpó divirtiéndose.

–Eres un imbécil. Te digo que me he quedado tirada, me llamas ave de corral y encima me empapas con agua –mi cabreo aumentaba por momentos y para colmo se empezó a reír, el muy capullo. –¡Y al señorito le hace gracia! –se partió de risa, cerrando los ojos de la risa. Me acerqué a la fuente aprovechando que estaba entretenido en reírse y le hice lo mismo que él me había hecho. Apreté la boquilla de la fuente con fuerza para que saliera a presión directo a su cara y apreté el botón de encender. Se calló al instante y cuando vi que estaba más empapado que yo, paré. –¿A que si te lo hacen a ti ya no es tan gracioso? –ahora la que se reía era

yo.

Estábamos los dos empapados, muertos de frío, pero los dos con sonrisas en la cara por haber mojado al otro. Me tendió su chaqueta, más mojada que la mía.

–¿Qué haces? –pregunté.

–Te iba a dejar mi chaqueta para que no tuvieras frío, por haberte mojado, pero me la has empapado –vio que no contestaba y dijo– Vamos a mi coche, hace mucho frío para estar en manga corta en la calle.

Fuimos hasta su coche y puso el aire caliente al máximo, teníamos el pelo algo mojado y eso hacía que tuviéramos más frío. Puso el coche en marcha y condujo de camino a mi casa.

–Te has pasado, yo te he mojado menos –me recriminó.

–Resulta que te lo merecías –le contesté.

–Vaya, parece que siempre me lo merezco. ¿Es tu frase favorita o qué?

–No, mi frase favorita es un insulto.

–No me lo digas. ¿Tu frase favorita es… eres imbécil?

¿Cómo lo había adivinado?

# Capítulo 10

**CAPÍTULO 10**

El resto de la semana había pasado rápido y bastante tranquila, hoy era viernes y podía relajarme por fin. Después de haber tenido unos días muy ajetreados prometí que aquella tarde sería para mí, me daría una ducha relajante, leería uno de los libros que aún conservaba y luego vería las noticias para informarme un poco más.

En ese momento estaba sentada con las piernas cruzadas y con una manta sobre ellas. Me había preparado un chocolate caliente y estaba ansiosa porque hablaran de la editorial.

–La ola de frío se ha cobrado sus primeras muertes, la pasada noche una pareja de dos universitarios había salido con inten… –dejé de prestarle atención a la reportera para coger el libro de la mesa y seguir leyendo.

De repente llamaron a la puerta. Sí, a la puerta, no al telefonillo. Nadie podía pasar sin la llave del portal de la entrada, por lo que me puse alerta. Me quedé quieta. Llamaron otras tres veces. Me levanté y apoyé la cabeza en la puerta, intentando oír quién estaba llamando. Volvieron a llamar y me asusté de lo fuerte que habían sonado los golpes por estar apoyada en la puerta. No dejaron de llamar y me estaba empezando a cabrear por no saber quién narices era.

Abrí.

–¿Eres tonta o qué te pasa? –me dijo una voz conocida.

–Joder Jess, qué susto –dije relajándome al ver que era mi mejor amiga.

–¿Para qué me das una llave del portal si te vas a asustar cuando llamo?

–Lo siento, pasa, no te quedes ahí.

–¡Pues claro que voy a pasar! ¡No soy una cualquiera! Soy una invitada VIP en tu casa –dijo rodeándome. Fue directa al sillón y se sentó donde yo había estado, mientras cerré la puerta, no sin antes ver si había alguien en el rellano. Me senté a su lado.

–¿Qué haces aquí? –le pregunté, quizá demasiado borde, aunque no fue mi intención.

–Visitar a mi mejor amiga –dijo como si fuera obvio.

–¿Y nada más? –pregunté.

–Bueno en realidad he venido a ver si ya te habían contestado los del trabajo ese. ¿Te han contestado? –dijo abriendo los ojos.

–No, Jess, no me han llamado –dije con voz cansina. –Oye Jess, hoy iba a ser un día para mí, pensaba relajarme y estar tranquila por un día –a mi amiga no le molestaban aquellas reacciones por mi parte. Ella sabía que yo era una persona solitaria la mayoría de las veces.

–Ya no, ahora va a ser una noche divertida, pedazo de muermo, es viernes, disfruta de tu adolescencia, pareces una abuela aquí sentada viendo las noticias. Solo te falta un gato –consiguió sacarme una sonrisa. –Espera, ¿no tendrás un gato?

Llamaron al telefonillo.

–Yo abro –dijo levantándose rápidamente del sillón hacia la puerta. –Sí, te abro, pasa, está abierto.

–¿Quién es? Jess, ¿qué pasa hoy?

–Ya te he dicho que va a ser una noche divertida, he invitado a Jack así que será una noche de chicas –dijo riéndose.

Mi mejor amigo entró por la puerta y cerró.

–¿Alguien ha dicho chocolate y una peli de llorar? –dijo saludándonos. Jack era encantador, pero tenía una pluma que no podía con ella.

Al final se me olvidó por completo todo el tema del trabajo. Pasé una noche divertida, como había prometido mi mejor amiga. Habían planeado una noche de chicas en toda regla, habían traído dulces, una película romántica e incluso habían hablado con sus padres para quedarse a dormir en mi casa.

–¡Sorpresa! –dijeron después de decirme que se quedarían a dormir. Me reí.

–Pero si ni siquiera habéis traído pijamas –repliqué.

–¿Desde cuándo eso ha sido un problema? –dijo Jess. –Me dejas ropa de pijama y Jack que se apañe con lo que lleva –de repente le cambió la cara y levantó una ceja. –¿O estabas esperando a alguien? ¿Eh Brooke?

–¡No! Claro que no –entonces Jack pareció interesarse por la conversación.

–Has quedado con el malote ese ¿a que sí? –preguntó entusiasmado.

–Que no.

–Cuéntanos todo Brooke o te sonsacaremos.

–Desembucha chica.

Estábamos tumbados boca abajo, apoyados por los codos, giré y me tumbé boca arriba mirando al techo.

–No hay nada que contar –dije simplemente. –Nos acostamos la noche en que creí que era el novio de Astrid, pero porque iba muy borracha –me defendí.

–¿Nada más? –dijeron al unísono.

–Me cae bien, eso es todo, somos amigos. Nos hemos visto alguna vez desde aquel día, pero nada más. ¿Vais a seguir soñando con que llegue mi príncipe azul? –pregunté cansada del tema. Sabía que estaba omitiendo alguna parte, pero no venía al caso, bueno de hecho sí que venía al caso, pero no me apeteció contarlo.

–¡Sí! –dijeron los dos.

–¿Y vosotros qué? Tampoco es que os entusiasme la idea de salir con nadie.

–Pero no somos tú, además, eso dilo por Jess, a mí me encantaría que un tío me salvara de mi infierno interior y que me poseyera en –Jess lo cortó.

–Mira, si yo estuviera en tu lugar, no lo dudaría ni por asomo. El chaval es rico. Puede pagarte todo lo que quieras. Si no quieres estar con él, al menos aprovéchate un poco, hija, que pareces nueva –me regañó mi amiga.

–No me voy a aprovechar de nadie Jess, estoy orgullosa de salir a delante por mí misma –repliqué. –Lo mejor que he hecho en toda mi vida ha sido esto exactamente –dije gesticulando con las manos, para referirme a mi casa. –Vivo por mí misma, no me hacen falta mis padres para nada, no necesito una tarjeta de crédito humana porque trabajo y me pago mis cosas. Fin del asunto.

Jack consiguió que nos desviáramos del tema para acabar hablando sobre trivialidades. Pero al final acabaron tocando el tema tabú.

–Oye Brooke, ¿sabes algo de tu hermana? –preguntó Jack.

–¿Qué tal está? –secundó Jess.

Mi hermana. La custodia de Alison estaba a cargo del Estado. Después de aquella noche solo podía visitar a mi hermana una vez al mes, en fin, de semana para no trastocar su calendario escolar. Solo iba a visitarla yo, mi madre no podía ir a visitarla y mi padre desapareció esa misma noche.

Desde entonces nuestras vidas habían dado un giro de 180 grados. Mi hermana se había quedado sola en un centro, a la espera de que alguna familia decidiera acogerla hasta cumplir su mayoría de edad. Yo había tenido que mantenerme sola, trabajando y estudiando a la vez para poder mantener el alquiler de la casa, la comida, las facturas y todo lo demás.

–Sigue en el centro. Voy a visitarla una vez al mes, solo me dejan eso –dije con voz apenada.

–¿Y por qué no la "adoptas" tú? Al fin y al cabo, es tu hermana, ¿con quién va a estar mejor que contigo? –Jack las cosas no son tan fáciles.

–Tengo 17 años, aún no me consideran la mejor compañía para ella. ¿Palomitas? –dije levantándome a la cocina y cambiando de tema para evitar ir por ese camino. Puse las palomitas en el microondas y me quedé pensando, una vez más, en todo lo que había pasado desde hacía un año.

# Capítulo 11

**CAPÍTULO 11**

Los días pasaban rápidamente, de la misma manera en que el invierno hacía mella en la ciudad. Estábamos a principios de diciembre y ya se podía palpar el aire navideño. No es que me disgustara la navidad, ni mucho menos, pero cada año me parecía una festividad más comercial que el año anterior. 5 de diciembre y ya había operarios instalando las luces navideñas, ni qué decir del gran esqueleto del árbol de navidad que estaban montando. Me molestaba la rapidez con la que comenzaba la navidad y la efusividad con la que terminaba. Era triste.

Entré en una tienda dispuesta a comprarle a mi hermana su regalo de cumpleaños, que sería la semana que viene. Aquella tienda era como un corte inglés, sabes en qué sección entras, pero no por cual sales. Nada más entrar había una chica, más bien mayor, con varias canas que me inspiró confianza. Me acerqué a ella cuando vi que trabajaba allí.

–Hola, disculpe que la moleste –le dije parándome en frente suya.

–¡Tranquila! Trabajo aquí, estoy para ayudarte, cuéntame chiquilla –dijo con una sonrisa alegre.

–Verá, tengo una hermana pequeña y dentro de poco será su cumpleaños, además de ser próximo a la navidad.

–Bien un regalo para una niña, ¿de qué edad? –preguntó, probablemente pensando cuál sería el más adecuado.

–Cumple siete años –contesté.

–Bien, aquí hay muchas cosas que pueden gustarle, pero ¿tenías alguna idea de qué regalarle?

–Pues, no la verdad –dije con la boca pequeña.

–Tranquila, así podrás ver todo y quedarte con lo que más te guste. Ven, vamos a la sección de niños y te enseño posibles regalos –comenzó a caminar y me puse a su lado.

Recorrimos todo el local, y cuando digo todo, es todo. Ahora estábamos en la sección de telefonía, mirando tablets, no le iba a comprar eso, primero porque no podía tenerlo, eran las normas de los servicios sociales, y segundo porque no me alcanzaba el dinero, pero dejé que la

chica me aconsejara porque se la veía feliz haciendo su trabajo. Hablando de trabajo ¿por qué no me habían llamado aún de aquella editorial? ¿No daba el perfil? Era demasiado bueno para ser cierto, no debí hacerme tantas ilusiones…

–Señorita, ya casi hemos acabado, ¿alguna cosa le ha llamado la atención? –me preguntó, sacándome de mis pensamientos.

–No, la verdad es que nada le pega, ella es… diferente, no me conformaría con regalarle una simple muñeca –la chica se quedó mirándome y de repente pareció darse cuenta de algo.

–Bien, entonces tendremos que recurrir a la última opción –dijo dando la vuelta y guiándome por tres pasillos más.

–¿Por qué no le regalas un día de hermanas?

–¿Un día de hermanas? –Pregunté sin entender a qué se refería.

–Una experiencia con ella, claro. Tienes muchas para elegir. Puedes ir un fin de semana con ella a una casa rural –me tendió un folleto. –Puedes ir a montar en caballo, canoa, y más actividades al aire libre –otro folleto. –Puedes viajar por algunos países –otro folleto. –Puedes…

–La verdad es que esto excede un poco mis límites –dije mirando el precio. –No me lo puedo permitir –dije cabizbaja. Ya de por si era un gran milagro que me quedara algo de dinero para hacerle un regalo, como para tener que gastarme el alquiler de un mes en aquello. Una cosa era tener que comer pasta todos los días para ahorrar dinero, pero quedarme sin casa era excederse.

–Bueno, en ese caso… –juntó los labios, haciendo un gesto de pena, –creo que no tenemos nada más –dijo apenada. Se acercó para hablar más bajo –Esta tienda es cara, muy cara, y soy consciente de que un adolescente no tiene dinero para esto, así que mira en la tienda de enfrente, que es mucho mejor que esta cariño –dijo con una sonrisa. Me caía bien aquella mujer.

–Muchas gracias, y lo siento de veras por hacerla perder su tiempo –salí de la tienda y me fui a la parada del autobús. Ya eran bastantes compras por un día. Me senté en la parada, donde había dos ancianos y me relajé. Me quedaban cinco minutos todavía para coger el autobús, así que me puse a mirar hacia todos los lados, observando aburrida cómo pasaba la gente.

Cuando llegó el autobús esperé para entrar la última, pagué al conductor y me senté sola. El conductor comenzó a avanzar y de repente un cartel en la parada de autobús en la que había estado esperando llamó mi

atención. Había tenido delante el regalo perfecto delante y no me había dado ni cuenta.

***

Llegué a casa y llamé a la asistenta de mi hermana para decirle el día que tenía previsto pasar a recogerla. Busqué en la agenda y marqué el botón para llamarla, con un nerviosismo que no podía evitar.

–Hola Joanna, soy Brooke, era para confirmarte qué día iría a por mi hermana –le informé impaciente.

–Hola, Brooke, dime el día y la hora –dijo monótona.

–Pues sería el sábado 16, la recogería pronto, sobre las 10 de la mañana –cerré los ojos con fuerza esperando su respuesta con el alma en vilo. Resopló.

–¿Por qué tan pronto? –Preguntó.

–El día 12 es su cumpleaños y había comprado entradas para ir al parque de atracciones, no sabía qué regalarle y he escogido pasar un día con mi hermana –dije imitando las palabras de la señora de aquella tienda.

–Haré esta excepción por ser su cumpleaños, pero sabes de sobra que el horario de recogida es a partir de las once –dijo seria.

–Muchas gracias, Joanna –dije agradecida. –Sobre la hora de llegada… –escuché como tecleaba algo y algunos clics del ratón.

–El parque cierra a las ocho, así que a las nueve la quiero de vuelta.

–A las nueve en punto la tendrás allí –respondí con una gran sonrisa en mis labios.

Desde que mi hermana se quedó en los servicios sociales no había podido verla más de cinco horas al mes, y Joanna me había dejado estar con ella once horas. Estaba contenta, muy contenta y cualquiera que me viera se daría cuenta.

Desde el día en que compré las entradas el tiempo pareció ralentizarse. Los días pasaban lentos, muy lentos, y yo cada día revisaba el calendario, esperando que llegara el gran día. Tenía muchas ganas de ver a mi

hermana.

Antes de que todo ocurriera éramos como uña y carne. Ni siquiera necesitaba a mis padres con tal de tenerla a ella. Yo la acompañaba hasta el colegio, y cuando salía del comedor era yo la que la recogía. Me había presentado a cinco novios suyos y me divertía que mi hermana de 5 años me contara sus líos amorosos.

El día de su cumpleaños le pedí a Joanna que me dejara al menos felicitarla por teléfono.

–Felicidades pequeñaja –le dije casi chillando.

–Gracias Brooke –dijo con la boca pequeña.

–¿Qué pasa cariño? ¿No estás contenta de cumplir 7 añazos? –le dije ilusionada.

–Bueno, sí, pero esperaba que vinieras a verme –suspiré.

–Sabes que no me dejan ir entre semana, pero el sábado quiero que a las diez estés preparada porque te recojo para pasar un día entero juntas –dije sonriendo.

–¿En serio? ¡Qué guay! Se lo voy a contar a todos para que se pongan celosos –proclamó orgullosa.

–No seas gamberra anda, ahora vete a estudiar y ve pensando en qué vas a llevarte, ropa abrigada ¿eh? –suspiró.

–Eres pesada, no tengo cinco años, sé cuidarme solita –dijo con voz repipi.

–Vale fiera, te veo el sábado.

Parecía que nunca iba a llegar el día. Estábamos a viernes y yo estaba ansiosa por ver pasar las horas en el trabajo. Trabajando se me pasaba el tiempo más rápido que aburrida en casa, así que no me podía quejar.

Retiro lo dicho. Lo retiro.

Astrid entró por la puerta y vi que alguien le seguía. Alan. Genial. Gracias universo, eres muy amable por esto.

Se sentaron en uno de los sillones y cuando me vio alzó la mano para que les atendiera yo. A la par que yo me acercaba ella se juntaba más a su

novio. ¿Celosa, Astrid?

–Buenos días –malos días. –¿Qué os pongo? –¿Qué batido quieres que te restriegue hoy por la cara, Astrid?

–Dos refrescos –se apresuró Alan, a la vista de que Astrid estaba empezando a ponerse nerviosa manteniendo la mirada clavada en mí.

Sin decir nada más me fui directa a por su pedido y se lo entregué lo más rápido que pude. Seguí con mi trabajo y vi que entró aquel chico. Cómo me fastidiaba no saber cómo se llamaba. Estaba impecable; llevaba unos vaqueros claros, una camiseta negra, un poco ceñida, que dejaba entrever que debajo había unos músculos duros, y unas deportivas que parecían bastante caras. Nada que ver con su hermano, delgaducho, cara de adolescente y estilo más bien joven. Tenían parecido por los rasgos, pero aquel chico misterioso estaba bastante mejor que Alan, sin lugar a duda.

Cuando sonó un claxon en la calle, aparte de sacarme de mis pensamientos, me di cuenta de algo. No tenía quien me llevara al parque de atracciones. ¿Cómo se me ocurría comprar las entradas sin saber cómo ir y volver? Me escaquee dos minutos para llamar a Jesica.

–Hola Jess, ¿tienes algo que hacer el finde? –crucé los dedos.

–Uff. Tengo planes nena. ¿Qué necesitas?

–Compré entradas para invitar a mi hermana al parque de atracciones y no tengo como ir… –dije sintiéndome idiota.

–Me tendrías que haber avisado antes, ¿cómo narices compras entradas si no tienes como ir? Eres de lo que no hay. Les dije a mis padres que iríamos a casa de mi abuela, a visitarla… –me dio un pinchazo en el pecho. A casa de su abuela. Abuela.

–Bien, sí, no pasa nada, ya me las apaño, siempre me las apaño, así soy yo –dije soltando una risita falsa. Eras mi única oportunidad Jess, no me falles por favor. –Nos vemos entonces la semana que viene, diviértete –tardé un poco en colgar, a la espera de que mi mejor amiga me dijera que iba a cancelar los planes por mí, pero no lo hizo, así que colgué.

¿Qué narices iba a hacer?

# Capítulo 12

**CAPÍTULO 12**

Estaba a punto de terminar mi turno, debía cerrar el bar en cinco minutos, solo quedaba Astrid, su novio y su cuñado, pero parecía que no tenían prisa por marcharse. Cuando las ajugas del reloj indicaron que era la hora de echar la llave me acerqué a ellos dispuesta a decirles que se marcharan.

–Trae otras tres copas –dijo Astrid con las mejillas sonrosadas por el alcohol.

–Solo venía a deciros que es la hora de cerrar –dije indicando el gran reloj de la barra. Astrid soltó una pequeña carcajada, que, para mi pesar, no anunciaba que estuviera de buen humor.

–Oye Alan, ¿quién era el dueño de este precioso bar? –preguntó pestañeando varias veces, intentando sonar seductora.

–Tu padre –respondió este. Astrid aplaudió como una niña pequeña.

–¡Fantástico! Entonces eso significa que esto cierra cuando yo diga –empezó hablando contenta, como si esto te hiciera la chica más feliz del mundo, pero la frase acabó seria, como si quisiera que le tuviera miedo. Intento fallido, querida.

Intenté tranquilizarme y hablar lo más detenidamente posible, para que me entendiera lo mejor posible.

–Lo siento, pero no, órdenes del jefe –dije encogiendo los hombros. –Si quieres llama a tu padre y le preguntas –dije sonriendo.

–¿Me estás amenazando? –preguntó seria.

–No, solo digo que lo consultes con tu padre, ya que es el dueño de este… local.

Entonces respondió aquel chico, salvándome de una buena, a decir verdad.

–La verdad es que tenemos que irnos ya –hizo un movimiento de cabeza en dirección a la puerta, sutilmente para que solo se percatara Alan. Este

suspiró.

–Sí cariño, tenemos que irnos –Alan se refirió a Astrid.

–Está bien –asintió aburrida. –Pero tú, querido Dylan, no creas que por ser el hermano de mi novio vas a caerme bien, tendrás que ganártelo –dijo señalándole con el dedo, obviamente cabreada porque Dylan le había aguado la venganza personal que quería llevar a cabo hoy. –Y no lo estás consiguiendo así. –Y salió junto con su novio del bar, dejándonos a Dylan y a mí a solas.

Me cabreó. Me cabreó muchísimo enterarme de su nombre de aquella manera. Y sobre todo me cabreó que fuera Astrid la que lo dijera. Había pensado mil formas de enterarme de su nombre y en ninguna de ellas aparecía ella. Había pensado en quitarle su DNI. Ir a su casa y mirar el buzón. O simplemente preguntarle. ¿Pero por qué me cabreaba aquello?

Me cabreé el doble por dejar que aquello me importara siquiera. Era un asunto estúpido.

Pero no tenía ningún derecho a cabrearme porque posiblemente él me había dicho su nombre y yo lo había olvidado por la borrachera que llevaba la noche en que nos conocimos.

Dylan pasó la mano en frente de mi cara varias veces hasta que me di cuenta de que me había quedado mirándole a los ojos, sin decir nada. Pestañeé varias veces hasta que regresé a la realidad. Hice un carraspeo.

–Bueno, debería cerrar ya, voy con cinco minutos de retraso –no pude evitar que una parte de mi cabreo se colara en aquel comentario. La alegría que parecía contener Dylan se esfumó cuando notó que aquella frase incluía que tendría que irse de allí. Miró al suelo dos segundos y alzó otra vez la mirada hacia mí.

–Bueno, entonces supongo que tendré que irme –dijo señalando la puerta.

–Supongo –contesté, ahora con un deje de tristeza por tener que echarle, porque en realidad no quería que él se marchara.

–Vale… –antes de salir se giró para verme. –Oye Brooke, ¿quieres que te acerque? He venido solo con mi coche –sonreí. ¡Pues claro que quería! ¡Era obvio!

–Espérame en el coche mientras conecto la alarma y cierro el bar –dije como contestación a su pregunta. Con aquello Dylan sonrió, mostrando sus perfectos dientes. Giré la cara para que no percibiera mi estúpida sonrisa, en respuesta de la suya. ¿Por qué me gustaba tanto su forma de

sonreír? Era una sonrisa firme pero discreta, con unos dientes perfectos y blancos y unos labios esponjosos.

Menee varias veces la cabeza para quitarme esos pensamientos de la cabeza. Pero no pude.

Salí del bar y me monté en su impresionante coche. Olía como siempre, a él. Había un ambientador que olía genial, y junto con su olor particular formaban una fragancia abrumadora. Cerré los ojos intentando captar todo lo que pudiera de aquel olor, para no olvidarlo nunca.

–¿Puedo pedirte un favor? –pregunte sin ser consciente de que lo había dicho. Abrí los ojos y le observé conducir. Su semblante era duro y se notaba que tenía más edad que yo, pero los gestos que hacía me indicaban que podía confiar en él.

–Siempre lo haces –dijo riéndose.

–Pues uno más –aclaré un poco avergonzada por su comentario. Era verdad, siempre le estaba pidiendo cosas. ¿Dónde estaba ahora la chica independiente que no pedía favores a nadie, eh Brooke?

–Dime qué puedo hacer por ti, pelirroja, y lo tendrás –aquello me dejó un poco descolocada, pero ignoré su comentario. Carraspeé.

–Verás. He comprado unas entradas para regalarle a mi hermana una salida al parque de atracciones –solté el aire fuertemente por la nariz, hasta ahí todo bien, –el caso es que no tengo ni como ir ni como volver –y como siempre cuando dije aquello me sentí estúpida. –Ni lo digas "compras las entradas sin saber cómo ir y volver, muy inteligente" –dije imitando su voz. O haciendo un intento.

–Si ya lo dices tú para qué lo voy a decir yo. Pero sí, estaba pensando exactamente en eso –dijo desviando la mirada hacia mí unos segundos de más. Entonces volvió la vista a la carretera y tuvo que dar un volantazo para que no chocáramos con otro coche, que respondió dejando el claxon sonando hasta que se perdió su sonido por la lejanía.

Todavía agarrada fuertemente al cinturón y al reposabrazos le miré. Ya habíamos llegado a mi casa y aparcó.

–No sé si reír o llorar, ¡hemos estado a punto de morir! ¡Insensato! –exclamé con la voz agitada.

–Ese insulto es nuevo, me gusta –dijo solamente.

–¿Solo se te ocurre decir eso? –junté las cejas, en un intento de parecer

verdaderamente cabreada.

–Me has entretenido tú. Eres tan jodidamente guapa que no puedo evitar mirarte.

¿Eso era un piropo?

–¿Estas intentando ligar conmigo después de que casi nos mates? –pregunté estupefacta. Quería que la respuesta fuera que sí. Di que sí. Di que sí. ¡Di que sí!

–Eres una creída –respondió con aire de suficiencia. Y vuelta a empezar.

–¡Serás imbécil!

–¿Ya hemos vuelto a los insultos tradicionales pelirroja? Me gustaba que cambiaras un poco de repertorio, pero este también me gusta –sonrió. Por dios no sonrías ¡no ahora cuando estoy intentando echarte la bronca! Curvó los labios en una sonrisa y como respuesta mi corazón se aceleró.

–Me voy a casa, mañana hay que madrugar. Recógeme a las ocho para llegar con tiempo para ir a buscar a mi hermana –ordené. Abrí la puerta del coche y bajé.

–Oye, ¿tu hermana es cómo tú? –¿a qué venía eso?

–Bueno, es mi hermana, en algo tendrá que parecerse –me encogí de hombros.

–Uff, entonces no sé si podré recogerte. No creo que pueda aguantar a dos Brooke a la vez, con una tengo bastante.

–Imbécil –cerré la puerta de su coche de un portazo.

# Capítulo 13

**CAPÍTULO 13**

Aquella noche casi no pude pegar ojo. Estaba a unas horas de ver a mi hermana después de otro mes, lo que hacía que a cada minuto me pusiera más nerviosa. Estaba ansiosa de poder darle aquello a mi hermana. Un día normal. Como si nada hubiese pasado en nuestra familia. Ella y yo en un parque de atracciones, como hermanas normales.

Por otro lado, estaba intranquila porque mi hermana era impredecible, y no sabía si había sido la mejor idea haber pedido el favor a Dylan. ¿Y si mi hermana decidía sacar la lengua a pasear y soltar cosas por la boca? ¿Y si le apetecía recordar tiempos oscuros delante de un desconocido para ella, pero no tan desconocido para mí?

Estaba hecha un lío.

No quería que Dylan, aquel chico guapo, amable, generoso e imbécil se enterara de mi pasado. Pero menos quería que se enterara por la bocazas de mi hermana la metomentodo. No quería que se enterara, a secas.

Di otra vuelta en la cama. No sabía cómo iba a salir aquello, pero recé porque todo saliera normal por una vez.

El despertador me sonó a las seis y media. Había dormido poco y mal, pero el hecho de pensar en el día que me esperaba me dio fuerzas para levantarme de lo más descansada. Como era rutina, me levanté de la cama, fui a la cocina a por un chute de cafeína y me senté en el sillón. Con un deje de tristeza puse las noticias al acordarme de la editorial. No me habían llamado. Ni lo iban a hacer. Ni siquiera me habían mandado el típico correo de consolación. “Nos ha gustado mucho su currículum, pero en estos momentos no podemos ofrecerle un trabajo. Lo guardaremos para futuros trabajos vacantes.” No amigos. Ni siquiera eso.

A decir verdad no me sorprendía. ¿Quién iba a contratar a una estudiante que solo tiene experiencia en hostelería para una nueva empresa que busca un gran crecimiento? Si fuera yo, tampoco lo haría, preferiría buscar los mejores candidatos para relanzar mi empresa, no estudiantes

que pudiesen llevar al fracaso mi negocio.

Cuando me terminé el café dejé el vaso en la cocina y apagué la tele. No había ni rastro de la editorial en las noticias.

Fui a darme una ducha relajante para hacer tiempo hasta que llegara mi chófer personal. Cuando el agua me comenzaba a empapar el pelo cerré los ojos y me quedé un rato así, dejando que el chorro caliente me aclarara las ideas. Vi unos profundos ojos verdes. Vi una sonrisa blanca. Y le vi a él. Últimamente calmaba mis pesadillas con su recuerdo. Cuando él aparecía el fantasma del pasado se esfumaba, no había recuerdo y no había dolor.

Me sentí extraña. Tenía un puzle en la cabeza y un nudo en el estómago. Intentaba montar el puzle, pero era complicado de resolver. Intentaba desenredar el nudo, pero era muy enrevesado. Así que simplemente me relajé.

Cuando estuve vestida y preparada llamaron al timbre, lo que provocó que mi corazón latiera más deprisa. Fui hasta el telefonillo y contesté.

–¿Quién es? –pregunté, a sabiendas de que era él.

–¿Con que esperas a alguien más? –preguntó.

–Sí, la verdad es que esperaba a mi príncipe azul, pero no llega –intenté contener la sonrisa que amenazaba con salir, pero fue en vano.

–Acaba de tocar el telefonillo de tu casa, así que no te sorprendas si se esfuma galopando en su corcel negro porque la princesa tarda en salir –contraatacó.

–Ah, bueno, ¿y tú quién eres? ¿El recadero de mi príncipe o el bufón de la corte? –le desafié.

–Pelirroja, te vas a quedar sin príncipe como no salgas ya –como no contesté, añadió– y sin chófer –colgué el telefonillo.

Cuando abrí la puerta del rellano vi que estaba esperándome apoyado en la pared. Estaba vestido de manera atractiva, como siempre, con unos vaqueros, una sudadera y unas zapatillas casuales. Todo ello en conjunto hacía que pareciera más joven y más atractivo, si es que podía. Me

acerqué, con ganas de picarle.

–Oye, ha llamado a mi telefonillo un apuesto príncipe azul, ¿le has visto por algún lado? –pregunté, mirando de manera teatral, para "buscar a mi príncipe".

–A lo mejor te han hecho una broma telefoníllica –vaya juego de palabras, galán.

–Eso no existe –le reproché riéndome de su ocurrencia.

–Los príncipes azules tampoco –y se puso a andar hacia su coche. Touché.

Subimos al coche y me senté donde el copiloto. Solo hablábamos para que yo le dirigiera, el resto del trayecto lo pasamos en silencio. Yo pensando en sus palabras, y él, supongo que en lo mismo.

Cuando llegamos aparcó lo más cerca que pudo; aquello estaba lleno de coches. Antes de bajar pensé en preguntarle en si quería bajar o no, pero luego recordé sus palabras "Uff, entonces no sé si podré recogerte. No creo que pueda aguantar a dos Brooke a la vez, con una tengo bastante". Que me esperara en el coche mejor.

Cuando llegué a la puerta hablé con la recepcionista, y un poco recelosa de avisar a Joanna por las horas que eran, acabó por llamarla por teléfono. A los dos minutos apareció y le dediqué una sonrisa a aquella joven mujer.

–Hola Brooke. Ya veo que iba en serio eso de que ibas a venir a las 10 –dijo con un ápice de voz cansina.

–Siempre cumplo mis promesas.

–Entonces confío en que estés aquí a las nueve en punto, como me prometiste.

–Por supuesto –me apresuré. Asintió con la cabeza y dio media vuelta para que la siguiera hasta la habitación de mi hermana. Era un sitio un tanto pequeño, incluso las habitaciones eran demasiado estrechas para que cupieran dos personas con sus dos camas, pero hacían milagros con el espacio, al parecer. Cuando llegamos a la de mi hermana me dirigí a la cama de la derecha, donde tenía tres camisetas tiradas, dos juguetes esparcidos por la cama y su peluche para dormir. Al contrario que la cama de la otra niña, donde la cama estaba pulcramente hecha y con solo un peluche encima.

–Coge lo que necesites de su armario, voy a buscarla, están en el desayuno –se fue sin esperar mi respuesta.

Apenas habían pasado cinco minutos desde que había entrado en el edificio, pero se me antojaban horas. Parecía que Joanna hubiera hecho un pacto con el tiempo para estar el menos tiempo posible con mi hermana.

Comencé a doblar sus camisetas y dejarlas encima de la cama. Después estiré las sábanas y dejé sus juguetes y su peluche colocados, para hacer tiempo mientras que esperaba a que Joanna trajera a mi hermana.

Cuando escuché ruidos en el pasillo salí de la habitación y vi a mi hermana correr hacia mí con los brazos abiertos. Hice el mismo gesto y esperé el impacto de su cuerpo contra el mío cuando llegara para abrazarme.

–¡Brooke! ¡Estás aquí! ¿Voy a pasar el día entero contigo? –me preguntó aún apretándome fuerte, como si cuando me soltara fuera a desaparecer.

–Sí pequeñaja. ¿Qué te pensabas, que te iba a mentir? Vamos a pasar un día de chicas en un sitio muy chulo –le dije ilusionada.

–¡Qué guay! –exclamó. –¿A dónde vamos? –se separó para mirarme a los ojos.

–Es sorpresa –desvié la mirada hacia Joanna que miró su reloj y me señaló su brazo como diciendo "iros ya que se os acaba el tiempo". Nos despedimos de la asistenta, y le prometí por tercera vez que llegaría a las nueve en punto para dejar a mi hermana. Salimos del edificio y la fui guiando hacia el coche.

–El sitio tiene que estar cerca porque tenemos que ir andando –comenzó a maquinar la sabelotodo de mi hermana, intentando adivinarlo.

–Error –le dije. –Esta vez tenemos chófer.

Llegamos al coche de Dylan y abrí una puerta trasera para sentar a mi hermana y atarla.

–¡Hola! ¿Tú quién eres? –preguntó mi hermana al conductor.

–Yo soy Dylan –respondió.

–Te he preguntado que quién eres, no que como te llamas –aclaró mi hermana exasperada. Dylan me miró por el retrovisor mientras yo terminaba de atar el cinturón de mi hermana. Alzó las cejas y se dio la

vuelta para mirar a mi hermana directamente.

–Soy el recadero de tu hermana –respondió.

–¿Y eso qué es? –preguntó ella.

–Es un conocido mío –contesté. Vi que Dylan estaba dispuesto a aclarar lo que yo había dicho, y tenía miedo de lo que pudiera soltar por aquella boca, así que reculé. –Es un amigo, un gran amigo que me hace favores –dije entre dientes.

–Eso sí –dijo satisfecho.

Subí al asiento del copiloto y comenzó a conducir.

–¿A qué hora abren el p… –le corté.

–A las once –le fulminé con la mirada. –Es una sorpresa para mi hermana, bocazas –dije.

–Entonces nos da tiempo a pasar a por una amiga.

–Querrás decir a por una amiga tuya –recalqué.

–Eso he dicho.

¿Por qué me había puesto de mal humor con eso? Yo le pedí que nos hiciera de chófer, no que viniera con nosotras. Aun así, había tenido la esperanza de que él entrara con nosotras al parque y se subiera a las atracciones. Había tenido la esperanza de que se tomara aquello como una invitación implícita. Pero una invitación, no dos. No se me había ocurrido la variable de que se trajera a alguien más.

Mi hermana observaba la escena con curiosidad, como si viera los dibujos de la tele, hasta que se decidió por hablar.

–¿Qué chica? –preguntó ella. Eso, ¿qué chica? Me moría por saberlo, pero estaba más que claro que no se lo iba a preguntar.

–Una amiga mía –respondió Dylan.

–Que cómo se llama –dijo con voz cansina.

–Esta vez has sido tú la que ha hecho mal la pregunta –le retó.

–Es verdad –se quedó pensando, –da igual, ¿cómo se llama? –preguntó.

–Rose –respondió aparcando en frente de un bloque de pisos desconocido.

–No me cae bien –mi hermana se encogió de hombros. Dylan y yo giramos la cabeza para verla.

–Pero si no la conoces –respondió Dylan, divertido.

–¿Y qué? No me va a caer bien. Si a mi hermana no le cae bien, será por algo ¿no? –dijo como si fuera obvio.

–Tu hermana tampoco la conoce, no sabe si le cae bien o no –se dio la vuelta hacia el volante, mirando por el retrovisor de nuevo, intentando evitar la conversación, en vano. Dylan, cariño, mi hermana es muy absorbente. ¿De verdad has pensado en Dylan como cariño, eh Brooke?

–Pues se está rascando la oreja –¿en serio Alison?

–¿Y qué tiene que ver con que le caiga mal o no?

–Porque cuando se rasca la oreja… –la corté.

–Oye Alison, cállate un ratito anda, toma mi teléfono y ponte a jugar –no quería que fuera por ahí. Si Dylan se enteraba de que cuando me rascaba la oreja significaba que no estaba a gusto, haría que no pudiera volver a hacer ese gesto sin que él lo supiera. Dylan juntó las cejas, en un gesto que estaba entre "tu hermana está loca" y "¿qué pasa cuando te rascas la oreja?"

–Me divierte más esto –dijo encogiéndose de hombros. Dylan estaba dispuesto a hablar, pero miró por la ventanilla del coche y decidió esperar.

Vimos que una chica, más o menos de mi edad, salía del edificio, en dirección al coche y todos nos mantuvimos callados. Salí del coche y me subí en la parte de atrás, al lado de mi hermana. Dylan me miró por el retrovisor, como preguntando que por qué me había cambiado de sitio, pero yo desvié la mirada hacia la chica que estaba ya abriendo la puerta del copiloto.

–Hola Rose, ellas son Brooke y Alison –nos presentó.

–Encantada –dijo sonriendo.

–Igualmente –respondí, por mi hermana y por mí, intentando sonreír igual que ella lo hacía, pero sin conseguirlo del todo. Lo suyo fue una sonrisa perfecta y sincera, lo mío fue una sonrisa en la que enseñé demasiado los

dientes, pareciendo idiota.

Cuando llevábamos un rato en silencio casi total, solo interrumpido por los vagos sonidos de la música de la radio, la amiga de Dylan, Rose, decidió romper el silencio. Miró a Dylan.

–Gracias por invitarme, nos lo vamos a pasar genial. Yo nunca he estado en el parque de atracciones, pero me hace mucha ilusión –exclamó atropelladamente, sin darme tiempo a reaccionar. Hija mía, eres tonta. Me acerqué para susurrarle solo a ella y que mi hermana no escuchase.

–Le acabas de estropear la sorpresa de cumpleaños a mi hermana –sonreí.

Ya no tenía tan claro si iba a ser un día normal del todo.

# Capítulo 14

**CAPÍTULO 14**

Al rato después llegamos al parking, donde un chico nos indicó donde debíamos aparcar. Salimos del coche y la escena fue un poco extraña, nadie sabía qué hacer ni decir. Mi hermana y yo estábamos en frente de Dylan y "Rose", y a decir verdad aquello parecía un cuadro; las cuatro estatuas deberían haberlo llamado. Miré la hora en mi teléfono.

–Bueno… pues nosotras nos vamos… se nos va a hacer tarde y no quiero desaprovechar el tiempo –dije para romper el silencio.

–Sí, sí, yo me quiero montar en algo ya Brooke, vámonos ya –dijo mi hermana con voz cansina. Alison a mí tampoco me gusta estar aquí parada en frente de estos dos así que deja de quejarte.

–Yo pensé que… íbamos a ir los cuatro, no sé, como Dylan me dijo que tenía que llevaros a las dos, pues pensé que era una quedada de cuatro –dijo Rose algo confusa.

¿En serio?

–Oye a mí me dan igual vuestras tonterías de adolescentes solamente quiero entrar ya, ¿podéis discutir esto dentro o es mucho pedir? –dijo mi hermana exasperada.

–Estoy de acuerdo con la niña –secundó Dylan. –Vamos a pasar y ya hablamos dentro de lo que haremos.

–Ya me caes algo mejor –admitió mi hermana, enfatizando "algo", y comenzó a andar hacia la entrada del parque. Me reí. Qué fácil era de convencer esta niña.

Cuando llegamos pasamos con las entradas que yo había comprado, mientras que Dylan y la otra chica se fueron a comprar las suyas. Al parecer no había mucha gente, aunque lo vi normal por estar en diciembre y esas cosas; hacía mucho frío para salir de casa, solo los más valientes conseguían salir de casa sin tiritar.

Cuando vi a una chica acercarse con una cámara de fotos intenté hacer como si no la hubiera visto. Funcionó. Por dos segundos. Hasta que llegaron nuestros acompañantes.

–¡Eh, Brooke! –gritó Dylan, –venir, nos quieren hacer una foto.

¿Me explica alguien para qué narices quería yo una foto con ellos? Si acaso que nos hicieran una a mi hermana y a mí, pero con ellos yo no quería ninguna foto.

–¡Sí! ¡Una foto! –chilló mi hermana, que ya casi estaba donde nos debíamos colocar. ¿Tú también, Alison?

Yo creo que ninguno de ellos era consciente de que a la chica le daba exactamente lo mismo si nos hacíamos la foto como si no. Ella iba a cobrar igual a fin de mes. Pero claro estaba que nosotros saldríamos sin dinero de allí. Todo aquello estaba para gastar dinero; las fotos, los restaurantes, los puestos de "tira y gana un estupendo premio"; pues si ellos querían derrochar dinero, allá ellos.

Nos hicieron tres fotos. La chica nos indicaba cómo colocarnos y nosotros la obedecíamos. Yo estaba en una esquina, mi hermana a mi lado, Dylan al suyo y la chica en la otra punta. Yo creo que salí horriblemente mal en las tres fotos, pero al fin y al cabo yo no iba a comprarme ninguna, ¿para qué?

Cuando nos hicieron la foto y la chica se fue nos quedamos igual que al principio, sin saber qué hacer ni decir. Fuimos andando a paso lento, intentando que el ambiente se descargara un poco de tensión, en vano. Yo me sentía bastante confundida en aquella situación, quería estar con mi hermana, pero a la vez me sentía atraída por aquellos dos. En alguna parte de mi subconsciente quería conocer más a aquella chica, "Rose".

Nadie decía nada, nos limitábamos a ver las atracciones y su funcionamiento.

–¿Hemos venido a ver a la gente subirse a las atracciones o a subirnos nosotros? –se quejó mi hermana, cansada de la situación.

–Vuelvo a estar con la cría, vamos a subirnos en algo los cuatro, será divertido –¿los cuatro? ¿Divertido? No lo creía.

–Solo lo haces para caerle bien a mi hermana –dije retándole.

–Me encantan estos chismes, di uno cualquiera y nos subimos, antes de que os tenga que llevar a casa –me cabreó ese comentario. Cuando decía "os", ¿a quién narices se refería? Oh claro, que la incluía a ella.

Eché un vistazo a nuestro alrededor e hice un rápido proceso de selección.

–Aquella –señalé una que era un círculo lleno de asientos y daba vueltas sobre sí misma y, a la vez, hacía un movimiento pendular.

–Esa es para críos –respondió Dylan, menospreciando mi oferta.

–A mi me gusta –dije con aire superior. Y comencé a andar hacia ella. No había montado nunca en cosas así, así que no quise forzar nada, obviamente que no iba a subir a la atracción más temerosa en primer lugar.

De un momento a otro vi a mi hermana echando a correr hacia la cola y poniéndose en cabeza. Comenzó a dar saltitos, esperando a que acabara el turno de la gente que estaba montada y pudiera comenzar el nuestro. Nos pusimos tras ella.

Cuando la gente bajó y nosotros nos sentamos yo actué como una maníaca, comencé a abrocharme todos los cinturones habidos y por haber. Lo apreté tanto que no podía respirar, pero aún así me sentía suelta. Dylan me miró con las cejas juntas.

–¿Tienes miedo? –preguntó acercándose a mi para que le oyera mejor, creo.

–Ni en tus mejores sueños –dije firme, aunque tuviera un nerviosismo impropio de mí.

–No me hables aquí de mis mejores sueños, no es el lugar adecuado –me quedé callada un momento, hasta que vino el revisor de la atracción y nos aseguró los cinturones. Cuando hube procesado su comentario y quise rebatirle fue tarde.

La atracción comenzó a moverse lentamente y mis manos a sudar frío. Me enganché como pude a los agarraderos y recé porque aquello no me matara del susto.

–¡Ha sido genial! Me encanta la sensación, ¡cuánta adrenalina! –¿Quién creéis que era?

–Brooke, estás exagerando, es para niños ya te lo he dicho –suspiró Dylan.

–Es verdad Brooke, a ver no ha estado mal pero tampoco es para tanto –secundó mi hermana.

Estábamos Dylan, mi hermana y yo al frente de un banco donde estaba

Rose sentada, casi hiperventilando.

–Rose, ¿estás bien? –preguntó Dylan quitándole el pelo de la cara para adivinar su expresión. Pasaron varios segundos hasta que respondió.

–Sí –uno, dos, … diez segundos –creo que las vueltas –tres segundos más –no son lo mío.

–¿Quieres algo? ¿Te traigo agua? –Dylan soltó una pequeña risa.

–Solo necesito cinco minutos… ¿Y de qué te ríes? –protestó indignada. Dylan se rio un poco más.

–Es una atracción inofensiva –respondió.

Mi oportunidad. Por dos.

–Sí, la verdad es que era para niños –esa fue una. –Bueno, pues nosotras vamos a ir a la siguiente, esto de las vueltas me encanta –y esa fue la otra. Dylan se quedó a medio camino entre responder o dejarlo estar, optó por la segunda.

Ahora íbamos a poder estar mi hermana y yo solas por fín. Rose no parecía querer montar en atracciones "de vueltas", así que, si para perderles de vista iba a tener que subirme en eso toda la tarde en bucle, por mí encantada.

Mi hermana intentó protestar, creo que porque a ella no le entusiasmaba demasiado la idea, pero la callé antes de que volviera a tener otra idea que a Dylan le gustara.

–¡Mira Ali, vamos a esa! –y le cogí del brazo para marcharnos de allí.

Estuvimos hasta casi la hora de comer sin encontrarnos. Y cuando lo hicimos hubiera preferido no haber venido.

Mi hermana y yo estábamos en la cola de una montaña rusa que desde lejos era impresionante, y desde dentro esperaba que también. Cada vez que gente de delante nuestra se montaba mi hermana contaba las personas que faltaban para nuestro turno. No éramos muchos, pero aun así había gente.

Quedaban solo cuatro personas, por lo que solo nos quedaba esperar una vez más. Mi hermana estaba nerviosa por montar y yo me di la vuelta, cansada de ver la misma atracción siete veces seguidas. Observé la que estaba justo detrás de nosotras y cuando vi que Dylan y Rose venían

hacia nuestra atracción me escondí detrás de un señor regordete para seguir mirando sin ser vista.

Dylan la cogió como un saco de patatas y ella forcejeó para bajarse, dando patadas y pegándole en la espalda, pero él no la soltó. Ella empezó a gritar y toda la gente de nuestra fila se dio la vuelta para ver qué ocurría. Algunos vieron la escena y volvieron a sus conversaciones, en cambio otros, como el señor regordete, observaron la escena un rato más.

–¡Brooke nos va a tocar ya! –chilló Alison. Dylan y Rose miraron hacia donde estábamos nosotras, intercambiaron dos palabras y comenzaron a andar en nuestra dirección.

–Uy chicas menos mal que no habéis montado todavía, ¡gracias por guardarnos el sitio! –dijo Dylan.

–Sí gracias, es que Dy ha tenido que ir al baño y… puf, ha tardado más de la cuenta. –¿Dy, otra vez?

¿Me he estado tragando una fila por ellos? Ni de coña. Iba a contestar, pero Dylan se me adelantó.

–¿Qué insinúas? –preguntó Dylan.

–¡Yo nada! –respondió Rose levantando los brazos haciéndose la inocente.

Dylan la acercó y le comenzó a frotar los nudillos contra su cabeza repleta de pelo negro. El señor regordete de detrás me miró y se rio. La señora que le acompañaba miró hacia ellos y luego me miró a mí.

–Eres muy joven para ser madre –me dijo. Miré a mi hermana.

–Ah, no, ella es mi hermana pequeña –le aclaré. ¿Con cuántos años pensaba aquella señora que yo habría tenido a Alison? ¿Siete, ocho? La mujer se rio.

–Me refiero a ellos –me indicó con la cabeza hacia Dylan y Rose que estaban enzarzados en otra "pelea". El señor regordete soltó una carcajada y ellos parecieron darse cuenta de lo que pasaba y prestaron atención.

Me reí.

–No los conozco de nada, que no se os cuelen porque no les estaba

guardando el sitio –dirigí mi mirada a Dylan.

–Qué sentido del humor, soy más mayor que ella no puede ser mi madre, aunque si lo fuera tendría que dar las gracias por tener un hijo tan apuesto –dijo Dylan.

Creído.

Nos tocaba montar ya, mi hermana pasó la primera y yo iba a entrar, pero justo mi teléfono empezó a sonar. Miré la pantalla. Número oculto. Lo cogí.

–Llamada a cobro revertido, ¿desea recibir la llamada? –dudé unos segundos, pero la incertidumbre y la curiosidad pudieron conmigo. Me salí de la cola y dejé que Alison se quedara a cargo de Dylan.

–Sí –contesté. Tardaron un poco en contestar, pero cuando lo hicieron me quedé petrificada.

# Capítulo 15

**CAPÍTULO 15**

–¿Brooke? –preguntó. No contesté. –¿Estás ahí? –insistió. Suspiró. Carraspeé, intentando que me salieran las palabras.

–¿Para qué me llamas? –pregunté.

–Necesitaba hablar contigo. Nunca coges las llamadas –respondió.

–Si leyeras entre líneas sabrías que no quiero hablar contigo.

–Es importante –dijo simplemente.

–Pues habla y rápido, no tengo todo el día para ti.

–No puedo hablar por aquí, necesito que vengas y lo hablemos en persona –dijo atropelladamente.

–¿Que quieres que vaya a verte? –reí de manera irónica. –Sigue soñando –estaba a punto de colgar, pero oí que estaba diciendo algo y me acerqué el teléfono a la oreja otra vez.

–De verdad que es muy importante, necesito que vengas y lo hablemos, por aquí no puedo decirte nada, no tengo mucho tiempo y son muchas cosas las que tenemos que aclarar –no respondí. –Por favor –no respondí. –Necesitas respuestas tanto como yo necesito dártelas. Necesito esto, llevo casi un año sin verte. Por favor ven domingo que viene y hablamos más tranquilamente.

–No hagas como si fuera lo que más te importara en el mundo –respondí secamente.

–Lo eres… –colgué.

Aquella llamada me dejó muy descolocada. No esperaba que me llamara y menos para decirme que fuera a allí. Se me hizo un nudo en el estómago y allí permaneció el resto del día.

Me acerqué de nuevo a la atracción y esperé a que salieran. Intenté poner mi mejor cara. Intenté que mi hermana no se diera cuenta de lo que me pasaba, pero todo aquello me había pillado por sorpresa y no sabía si

podía disimularlo.

Cuando les vi salir sonreí. Alison vino corriendo hacia mí.

–¡Brooke te lo has perdido! ¡Es la mejor atracción en la que he montado nunca! –chilló mi hermana. –Dylan vamos a subir otra vez para que se suba Brooke.

Dylan desvió la mirada de mi hermana a mi y juntó las cejas. Sonreí.

–Enana es la hora de comer, ¿no tienes hambre? –preguntó.

–Vaaaaaaale, pero después te subes conmigo –me señaló con el dedo. Asentí con la cabeza aunque no quisiera.

Aquella llamada se repetía en bucle en mi cabeza.

"No tengo mucho tiempo y son muchas cosas las que tenemos que aclarar"

"Necesitas respuestas tanto como yo necesito dártelas"

"Por favor ven domingo que viene y hablamos más tranquilamente."

–Brooke ¿estás bien?

–¿Eh? –salí de mis pensamientos y volví a la realidad.

–Que si estás bien…, parece que te pasa algo.

–¿Y mi hermana? –respondí agitadamente.

–Se ha ido al baño con Rose, te lo ha dicho, pero no le has prestado atención, por eso te pregunto que si te pasa algo –negué con la cabeza. –Puedes contármelo.

–No, no te preocupes, son tonterías de adolescente –indirecta.

–Tiene que ver con la llamada, ¿verdad? –volví a negar con la cabeza. –Oh, ya sé, era Connor, el señor Cono de Tráfico y por eso no me lo dices. –Me reí.

–Ojalá hubiera sido él, Dylan… No importa, ya pasará –me miró unos segundos hasta que pareció entender que no quería hablar del tema.

–Bueno chicas, esto llega a su fin. ¿Cuál queréis que sea la última atracción?

–¡La lanzadera! –dijeron Rose y Alison a la vez. Se sonrieron como si fueran las mejores amigas del mundo, ¿ahora te cae bien Alison? Traidora.

–¿Y si vamos al carrusel? Es algo más tranquilo, algo relajante con lo que terminar el día –intenté convencerles. En vano.

–Venga Brooke, sé atrevida, así es como me describió Dy que eres, quiero conocer esa parte de Brooke alocada –dijo Rose y me dio una palmada en el hombro a modo de juego. No–me–toques–por–favor–y–gracias.

–Ha sido un día largo, no me apetece más adrenalina por hoy.

–Venga Brooke, te lo pide tu hermanita como deseo de cumpleaños –hizo pucheros.

–Dejarla –cortó Dylan. –Es una rajada. No la vais a convencer porque solo de mirar la atracción se marea, ¿a que sí Brooke? –subió una ceja, retándome. No me tientes hoy Dylan.

–Oh, Brooke, no sabía que te mareabas, si es eso puedes quedarte abajo con las mochilas y nosotros cuidamos de tu hermana.

¿Perdona? ¿Piensas que he venido para quedarme mirando como tú disfrutas de mi hermana en vez de yo y encima estás con Dylan? No, guapa, no.

–La verdad es que me apetece mucho. Suena tan apasionante que te suban a cien metros de altura y luego te suelten al vacío…

–Sí, eso mismo pienso yo, además no da vueltas así que no me marearé –dijo Rose. Ojalá diera vueltas y no subiera.

Dylan me miró con cara de "no te atreves". Estás muy equivocado Dylan, una cosa es el miedo y otra el orgullo, y en mi caso el segundo no lo vas a herir tan fácilmente.

Yo solamente veía como aquello cogía altura con cada milésima de segundo. Aquello subía y no dejaba de subir. Eso no era lo que me asustaba; era bajar. Sabía que cuanto más alto subiera desde más alto caería, y por ello rezaba porque dejara de ascender.

No sabía por qué narices había aceptado a subir, bueno sí, por mi orgullo y dignidad, pero nunca lo admitiría en alto. No iba a permitir que Rose o quien quiera que fuera me robara mi sitio. Así me había sentido toda la

tarde, desplazada.

Estaba acostumbrada a que Dylan estuviera conmigo, solo conmigo, y al estar ella apenas me hizo caso. Y aunque tampoco lo admitiría en alto, me estaba matando. Después de la llamada todo se intensificó. Sentía que estaban ellos tres y luego yo. Hasta mi hermana me había dado la espalda queriendo subirse con Rose y Dylan a todo. Aunque también era verdad que yo ya no tenía muchas ganas de estar allí, y por tanto tampoco tenía ganas de montarme en ninguna atracción.

Se la veía tan feliz que llegué a pensar que el problema era yo. Por momentos pensaba que si no hubiera estado se lo habría pasado mucho mejor, pero luego venía hacia mi para que subiera con ella y yo no le hacía caso. Así que la culpa fue más bien mía, por desatenderla. Y yo creo que fue otra de las razones por las que tomé la decisión de subirme, porque quería que mi hermana me recordara en algún momento de aquel día. Y así fue.

Cuando dejó de subir y se detuvo miré a mi alrededor y vi que todas las luces de la cuidad ya estaban encendidas. En aquel momento me habrían sobrado tres de las cuatro chaquetas que llevaba, tenía calor. El corazón me iba a mil por hora, respiraba rápidamente, esperando la inevitable caída.

–¿Preparada Brooke? –gritó Dylan por encima de la cabeza de mi hermana.

–Sí –chillé igual de alto que él, aunque no lo estaba.

Noté que algo en la máquina nos había soltado y sentí como si mi cuerpo descendiera, pero mi corazón estuviera subiendo hasta mi garganta. Era una sensación difusa, sabes que no puedes caer, pero aun así sabes que estas cayendo al vacío, y era aterrador.

Cerré los ojos y, de golpe y sin ser llamado, recordé aquel día como si estuviese allí en aquel momento.

Los platos rotos resonaban por toda la casa, y los gritos aumentaban de tono, hasta que dejaron de hacerlo y se escuchó un portazo. Silencio absoluto.

Unos pasos, fuertes y decididos hacia el desván. Una puerta abriéndose, dejando paso al rostro enfurecido de mi madre. La luz.

–Ha sido tu culpa, tú tienes la culpa de todo esto.

Mi hermana corriendo hacia el piso de abajo. Yo corriendo detrás de ella.

Un brazo detuvo a Alison en el borde del primer escalón.

–¡Ha sido tu culpa! –mi madre le dio una bofetada con tanta fuerza que mi hermana cayó rodando escaleras abajo, hasta llegar al suelo.

–¡Ella no tiene la culpa de que tú te emborraches todos los fines de semana! ¡Ella no tiene la culpa de que seas una puta alcohólica de mierda!

–Tú no sabes nada niñata engreída –otra bofetada que me llevó al mismo sitio que mi hermana.

Escaleras, más escaleras, dolor, golpe, cristales clavándose contra mi piel. Mi hermana inconsciente a mi lado, sangrando. Mis ojos llenos de lágrimas. Yo inmóvil, incapaz de moverme.

Nos bajamos de la atracción y fue como si no estuviera allí realmente. Estuve a medio camino entre estar allí y estar en mi memoria. A veces escuchaba las voces lejanas de Dylan y Alison, otras los gritos de mi madre.

No sé en qué momento, pero noté que volvía a caer. Dejé de oír las voces de mi hermana y Dylan Creo que ganó mi subconsciente.

# Capítulo 16

**CAPÍTULO 16**

El estúpido pitido intermitente no me dejó dormir más. Me desperté, pero mantuve los ojos cerrados durante un rato. Al intentar abrir los ojos los tuve que cerrar rápidamente por los pinchazos que me dio la cabeza en ese momento. Apreté mi mano contra el lado de la cabeza que me dolía e intenté incorporarme, con lo que me di cuenta de que estaba tumbada. Me dolía el brazo, casi más que la cabeza, así que bajé la vista. Genial. Lo tenía escayolado. ¿Alguien me puede decir qué ha pasado, por favor?

No recordaba haber llegado hasta allí. De hecho, no recordaba ni donde ni en qué momento me había dormido. Estaba en una habitación de hospital. Miré a mi derecha y había un aparato que medía mi frecuencia cardíaca, y en la pared una ventana enorme. De frente un televisor apagado. Y a mi izquierda una mujer tumbada, durmiendo. La puerta estaba un poco más allá de su cama, cerrada.

Me volví a tumbar. El dolor de cabeza me estaba matando, así que intenté volverme a dormir. Cuando estaba a punto de dormirme y dejar que el dolor físico pasara a un segundo plano, se abrió la puerta. Me mantuve quieta. ¿Quién sería?

–Hola mi amor. Despierta dormilona, te he traído un café.

Estaba entre el sueño y la consciencia y por eso no identificaba la voz, pero al oír la palabra "café" mi mente estuvo más despierta que nunca y abrí los ojos abruptamente.

Recorrí la habitación con la mirada hasta que di con la persona infiltrada.

No, no era Dylan, ¿qué esperabais? O más bien, ¿qué esperaba? ¿Que fuera una visita sorpresa para mí, de cualquier persona? ¿Que iba a venir alguien conocido a traerme flores en plan cliché? Já.

El anciano me miró y sonrió.

–Es muy dormilona, ¿sabes? En general. Pero ahora que tiene excusa veo que la está aprovechando –le sonreí y me acomodé para quedar sentada porque se me hacía un poco incómodo hablar con alguien estando tumbada. –Ya se fue.

–¿Quién se fue? –pregunté extrañada al ver que no me respondía.

–El chico. El que te trajo.

–No… no me acuerdo de nada, la verdad. Todo está borroso.

–Es normal. Fue un chico, no recuerdo su nombre, un poco… antisocial. No le gustaba mucho hablar –rió un poco y recalcó– no, desde luego no le gustaba mucho hablar– me gustaría estar en su mente y saber por qué se reía.

–No me das muchos detalles… No sé qué chico podría ser –me quedé unos segundos pensando en cómo había sonado aquello, –no lo digo porque esté con muchos chicos sino que… no esperaba que nadie se hubiera preocupado de mi –dije atropelladamente.

–No tienes que darme explicaciones. ¡Hola, cariño! Ya despertaste, te traje café.

–Simon tengo sueño, ¿cuándo vamos a casa? –la mujer cogió el café y le dio un sorbo, –está frío.

–Debes quedarte en observación hasta las siete de esta tarde. Y el café está frío porque intenté despertarte, pero no hubo manera.

Encendí la tele e intenté no molestar a aquella pareja, me sentía como una intrusa, escuchando conversaciones ajenas.

–¡Y no me dices que la chica ya despertó! ¿Qué tal cielo? ¿Te duele mucho? –puso cara de "eso debe doler" y miró a mi brazo escayolado.

–Bueno… creo que me duele más la cabeza.

–Claro niña, ¿cómo no te va a doler la cabeza con el golpe que te diste?

–¿Y tú cómo sabes? Ni siquiera parece que yo me acuerde –reí.

–Pues me lo dijo tu novio.

–¿Novio? Yo no tengo de eso.

–Sí, era un chico muy guapo, me acuerdo de eso, tenía unos ojos verdes muy bonitos –irresistibles– el pelo era castaño –tan sedoso– y una sonrisa perfecta –tan, tan perfecta. –Se llamaba Diran o Bylan o algo parecido a eso.

–Dylan –aclaré. ¿Qué hacía Dylan aquí? ¿Cómo se había enterado de que

estaba en el hospital?

–Ay sí, así era –exclamó entusiasmada. –No paraba de repetir que no te entendía. Que no tenías que haber subido y que si te daban miedo las alturas que por qué habías sido tan tonta de subir. Así, en bucle. Tu novio es muy insistente.

–No es mi novio –repetí.

–Oh ya claro que no, él dijo lo mismo y tampoco le creí. Hazle caso a una anciana en el tiempo de prórroga. No se debe discutir con nuestros mayores. Yo soy Lily.

–Yo me llamo Brooke.

–Ah, tu hermana también estuvo aquí. Una niña muy guapa, parecida a ti. Alise o Elison, creo.

–Alison –intervino el marido de la mujer. –Qué buena recordando nombres, deberíamos ir a un concurso de memoria, ganamos seguro cariño.

–Oye no te burles –le dijo al marido. –No soy muy buena con nombres como puedes comprobar. ¿Te puedo llamar cielo? Ya se me olvidó tu nombre.

Todos nos echamos a reír.

–Y mi hermana, ¿sabéis con quién se fue?

–La llevó el chico a casa –casa social, dirá –y luego él regresó sin ella. Me alegraba saber que, al menos Alison está bien.

–¿Y sabéis donde está él? –se me escapó esa pregunta, casi sin procesarla, simplemente mis labios se abrieron y mi boca hizo lo demás, mi cerebro ni siquiera intervino.

–Se fue sobre las 5, cuando aún dormías –miré el teléfono para ver la hora que era.

–Ya son las 2 de la tarde –y aún no ha regresado, dejándome completamente sola– ¿a qué hora llegué al hospital?

–Sobre las diez te metieron en la habitación y después te ingresaron en el quirófano para arreglar ese brazo y luego hicieron pruebas para saber si el golpe de la cabeza era grave.

–¿Y es grave? –tuve miedo de la respuesta.

–No han querido decirnos nada, además la doctora dijo que debían hacer más pruebas, rutinarias. Pero no te preocupes, no tiene mala pinta, sino no estarías aquí en observación con una señora que se cayó de la cama, sino en la UCI –aquello me dejó un poco más tranquila.

Pasamos un rato en silencio, viendo la televisión, hasta que el hombre se levantó y regresó con dos bandejas de comida, una para su mujer y otra para mí.

–No te tendrías que haber molestado, yo podría haber ido por ella –le dije.

–Déjame hacer las cosas bien, no puedes moverte, debes descansar ahí tumbada, te diste un gran golpe, estás manca ¿y pretendes ir a por una bandeja? De eso nada niña. ¿No puedes agradecerme y ya?

–Gracias –respondí.

Comimos un puré, no muy rico, pescado y fruta, y luego estuvimos charlando los tres. Aquella pareja era encantadora. Me hacían reír a cada rato y me regañaban cuando intentaba moverme y me hacía daño en el brazo. Cuando vieron que me dolía demasiado para aguantar, llamaron a la enfermera para que me pusiera un calmante.

Había pasado por un estado de somnolencia intermitente. Dormía, abría los ojos, los cerraba y vuelta a empezar.

No sabía cuánto tiempo llevaba así, solo que cuando miré por la ventana ya era de noche. Por un momento sentí angustia, porque la mujer se marchaba a casa a las siete de la tarde y ya era de noche. No me quería quedar sola. Aquella idea me aterraba. En otras circunstancias como estar en mi casa sola no me importaba, es más, lo preferiría a estar con dos desconocidos. Pero en aquella fría sala de hospital, me angustió la idea de quedarme sola.

Cuando giré la cabeza me alegré de ver que seguían allí.

–En un rato te traerán la cena –dijo Simon al verme despierta. –Espero que te guste el potaje de verduras y el filete a la plancha, sin sal.

–Lo lamento por ti querida, pero yo me alegro de despedirme de esta comida. Debería de estar prohibido cocinar así –reí, pero en el fondo solo

quería pedirles que se quedaran para hacerme compañía.

–Bueno, siempre puedo dejar a un lado lo que no quiera –me encogí de hombros.

–De eso ni hablar, si te pillan te inyectan suero, y creo que no te gustarán las agujas.

–En ese caso tendré que comérmelo. Qué remedio –rieron.

–Simon, ¿qué tal si vas recogiendo los papeles del alta y recojo las cosas?

–Sí cariño –respondió y salió de la habitación.

–Me da pena que os vayáis –le confesé a la señora.

–Cielo, estoy segura de que no estarás sola. Anoche el chico se tuvo que ir corriendo porque le llamaron. Debió de ser algo muy urgente porque en cuanto contestó se marchó sin siquiera recoger sus cosas, se las olvidó ahí en la mesilla. Créeme, vendrá a visitarte, o eso espero. Me ha alegrado conocerte, eres muy agradable –me sonrió, recogió sus cosas y me miró antes de salir. –Adiós, espero que nos volvamos a ver.

–Gracias, despide a Simon de mi parte, adiós, Lily.

–Sí, Adiós Brake –salió de la habitación y reí.

Me vi sola. El tiempo no pasaba. Entró una enfermera y me dijo que al día siguiente me podría marchar. El día siguiente.

Cené y me puse a ver la tele. No había nada interesante así que cogí el teléfono, entonces vi que había unas llaves y una cartera que no eran mías. Miré las llamadas y mensajes perdidos.

3 llamadas de Joanna. 2 llamadas de Jack. 3 llamadas de Tom. 23 llamadas de Jessica.

Total: 0 llamadas de Dylan.

¿Brooke no te vale con tener 31 llamadas perdidas?

Ahora que me daba cuenta me extrañaba que todos se hubieran enterado de lo que había pasado. ¿Cómo? Y si se habían enterado ¿por qué llamaban? ¿Por qué no en vez de llamar por teléfono venían a verme? Supongo que cada uno tiene su vida, sus cosas que hacer y sus

problemas.

Llamé a lo más prioritario: Joanna.

–Lo siento Joanna, tuve el teléfono apagado y lo acabo de encender.

–Brooke, no vuelvas a…

–Sí, lo siento, ya lo sé, debí haberte llevado yo a Alison, no volverá a pasar.

–No Brooke, me refiero a que no vuelvas a hacer tonterías de ese estilo. ¿Estás bien? Tu hermana ha pasado una noche horrible. No ha parado de preguntar por ti y no he sabido qué responderle.

–Estoy bien, dile que no se preocupe, mañana ya estaré en casa.

–Bien, mañana llamaré entonces – y colgó.

Dejé lo de las llamadas para más tarde porque me desmoroné. Si todo fuera normal aquí estarían mis padres, dándome apoyo, y mi hermana molestándome para que no me durmiera.

Pero la verdad era que si todo fuera normal nada de esto habría pasado.

Lloré por encontrarme sola en una de las situaciones en las que menos debería estarlo. Lloré porque mis padres deberían haber sido unos buenos padres. Lloré porque mi hermana no se merecía pasar un mal trago por mi culpa y además sin poder verme. Lloré por mí. Pero sobre todo lloré porque todos los demás tenían excusa para no estar aquí, pero Dylan no la tuvo.

# Capítulo 17

**CAPÍTULO 17**

Dos días. Dos días habían pasado desde que salí del hospital. Dos días en los que Jessica no me había dejado sola. Resultó que Dylan había hecho todas aquellas llamadas y por eso se habían enterado todos. Ni siquiera pasé por el instituto porque los médicos me obligaron a hacer reposo, pero Jess no se conformó con eso, les dijo a sus padres que iba a estar cuidando de mí y se quedó conmigo día y noche "hasta que te cures" me dijo.

Estaba cansada, me sentía con el ánimo por los suelos y no ayudaba estar todo el día tumbada sin hacer nada. Me aburría, pero Jess no me dejaba apenas hacer nada.

–Te dejo sola dos días y mira lo que te pasa. No puedes vivir sin mí –decía a cada rato. –¿Te duele el brazo?

–Dios, ¡como pica! No me duele, pero parece que me están pasando hormigas bailando claque.

–¡Exagerada!

–No exagero, pica como mil demonios.

–Encima estás con un humor de perros, más del habitual, quiero decir –se levantó y fue a la cocina.

–¡Trae algo de picar! –grité.

–¡Teléfono! ¡Voy yo! –corrió al salón con dos vasos de refresco –¿Diga?... Es para ti.

–¿Qué pensabas que por responder tú sería para ti? Es mi teléfono, obvio que es para mí, estúpida –me dio el teléfono.

–Querida Brooke, ¡no te aguanto! –dijo mientras se volvía a la cocina.

–¿Diga?

–¿Hablo con la señorita Brooke Collins? –preguntó un señor con voz grave por la otra línea, la verdad era que intimidaba un poco, no sabía si hablar

con él o mentirle comentando que tenía dos perros asesinos en mi casa.

–Sí, soy yo –hablé con la voz tiritante.

–Bien, le llamo de la editorial Hole, supongo que usted nos ha hecho llegar su currículum y era para preguntarle si tenía libre mañana por la mañana para una entrevista personal con el director de la sucursal –como vio que no respondía; –¿sigue ahí?

–Sí, sí sigo aquí, y sí tengo libre mañana por la mañana para ir a esa entrevista –dije más alto para que Jess escuchara que mañana por fin tenía que salir de casa por un motivo justificado. –Dígame el sitio y la hora y allí estaré.

–Bien, sería en la sucursal donde entregó el currículum y a las diez de la mañana. Pregunte por Robert, él le hará la entrevista en persona.

–Bien, muchas gracias, que tengan buen día –me despedí. –¡Jessica! ¡Adivina quien tiene una entrevista para la editorial Hole! –salió corriendo de la cocina con un plato lleno de verduras troceadas.

–¡No jodas! ¿Te han llamado?

–¿Tú escuchas cuando hablo?

–¡Qué bien! Vas a hacer una de las cosas que más te gustan y encima te van a pagar.

–De eso se tratan los trabajos, sí.

–¡Y vas a poder dejar el trabajo de la bruja de Astrid! Voy a salir a hacer una fotocopia de tu currículum, otra de tu DNI, de tu historial académico, ah de tu cuenta bancaria, de…

–¡Para el carro! Solo voy a hacer la entrevista, ni siquiera sé si me van a coger.

–¿Cómo piensas que no te van a coger? Les vas a encantar. Tú solo trata de ser un poco sociable, no te pido mucho, con que lo seas un poco más de la cuenta me sirve ¿vale? Ah y voy a elegirte la ropa para la entrevista, y mientras tú merienda eso.

–Ay amiga, ¡qué intensa eres! Déjate de gilipolleces y vamos a celebrarlo –me miró con una ceja levantada. –Vamos mamá, me lo merezco. Además, tendremos que salir a comer algo decente, como me sigas dando de comer cosas verdes acabaré siendo Hulk.

–Ah no. Incluso él es más agradable que tú –fui hacia mi habitación a cambiarme para salir a celebrar. Por fin iba a poder pisar la calle desde el hospital. No aguantaba más. Me puse un vaquero largo, mis botines y una camiseta blanca y bajé las escaleras.

–Vamos a celebrar esto bien, vamos a ir a una fiesta.

–Tampoco te pases, solo vamos a tomar algo a un bar relajadamente, además tú no puedes beber, estás con medicinas –mierda, cierto. –Pero yo sí –dijo alegremente.

–Tú conduces, idiota, además me tienes que cuidar a mí que soy la enferma, no yo a ti por estar borracha.

–Aguafiestas –se desanimó.

–Has empezado tú –recriminé.

Subimos al coche y Jess comenzó a conducir en dirección al centro.

–¿A dónde quieres que vayamos? Ya que conduzco dirígeme hacia un lugar que merezca la pena.

–No sé, sabes que lo mío son las fiestas, no los "bares", eso es de viejos, y amiga, siento decirte que tú te estás convirtiendo en una.

–Simplemente me apetece una tarde tranquila, además tienes que descansar, mañana vas a hacer una entrevista y tienes que estar descansada, no con resaca.

–Yo no tengo resaca.

–Qué va –ignoré su comentario y me puse a mirar por la ventanilla. Había mucho tráfico por lo que avanzábamos lentamente.

En uno de los semáforos vi un coche que se me hizo familiar, no sé qué marca era. Es esa marca que parecen cuatro círculos entrelazados, no se me dan muy bien los coches, pero las matrículas las reconocía a la perfección, y esa era su matrícula.

–Sigue a aquel coche negro –grité en ese momento.

–Dios qué susto, Brooke estamos solas habla normal, no grites.

–Ves cómo te estás volviendo una vieja.

–¿Para qué quieres seguir a ese coche?

–Tú solo hazlo, y donde pare ese coche hazlo tú.

–Vale, no me des tanta información, no vaya a ser que intenten sonsacármela a punta de pistola.

Estuvimos siguiendo al coche como diez minutos hasta que decidió parar en una gasolinera. Mientras Jess se metió a "hinchar las ruedas" hasta que el coche reanudó su marcha. Cinco minutos después se metió por un callejón donde solo entraba un coche. Y, a parte del hecho de ser prohibida, era de sentido contrario, y se metió sin inmutarse.

–Vamos Jess, le perdemos.

–Es prohibida, me podrían quitar el carné por hacer eso.

–¿Desde cuándo te has preocupado tú por las consecuencias?

–Cómo te odio –y giró rápidamente al callejón, mientras que yo rezaba para que no se nos cruzara ningún coche de frente. –No está.

–¡Acelera!

–¡Esto no es un Lamborghini! Agradece que siga andando.

–Es recto, no se ha podido ir muy lejos, no hay más salidas.

–Ya, yo también tengo ojos para ver que es recto.

–Sigue de frente, tiene que estar por aquí –dije girando la cabeza hacia todos los lados, buscando ese maldito coche.

–¿Por qué tienes tanto interés en ese coche? ¿Quién es? –preguntó un poco cansada.

–Tú solo síguele, necesito saber una cosa.

–Cuando lo encontremos me lo cuentas.

Cuando la calle acabó daba en dos direcciones; izquierda o derecha.

–¿Por dónde? –preguntó Jess.

–No sé, ¿ves al coche por ahí?

–Si lo viera no te preguntaría por donde ¿no crees?

–Bien pues, probemos por… la izquierda.

Jess giró hacia donde le dije y continuamos un rato más de frente.

–¿Oyes eso? –preguntó Jess.

–¿El qué?

–Es como música.

–Sí, ahora sí, se escucha más alto. Y eso, ¿qué son? ¿Motos? –pregunté aún sin ver nada, hasta que comenzamos a ver el pastel a lo lejos.

–Oh dios mío. ¿Dónde cojones me has traído Brooke? –abrió los ojos como platos.

–Querrás decir donde nos ha traído ese coche –corregí sorprendida.

–¿Estamos en unas carreras callejeras?

–Callejeras e ilegales –afirmé.

# Capítulo 18

**CAPÍTULO 18**

–¿Qué hacemos? –preguntó Jess. –Esta gente puede ser peligrosa.

–Sí, no sé, no entiendo qué narices hace Dylan aquí –Jess giró la cabeza en mi dirección con las cejas muy levantadas.

–Dime que el del Audi no era Dylan.

–Vale; no era Dylan –desvié la mirada hacia delante.

–¡Oh dios Brooke! ¿Te estás pillando? –comenzó a reírse.

–¿¡Qué!? ¡Yo no me estoy pillando de nadie! –no, no me iba a pillar de un gilipollas que me deja sola tirada en un hospital, por muy guapo y sexy que sea, Brooke no.

–Mi querida Brooke, qué mal mientes, deja de rascarte la oreja, ya te he pillado.

–¡Es que me pica! No es porque esté mintiendo –dije lo último con la boca pequeña.

–No te me enamores, que eso no es lo tuyo.

–Tranquila, no lo haré, de echo hemos venido a… a ver qué hace y mandarle a la mierda por dejarme tirada en el hospital. Sola. Le voy a dar un puñetazo en su precioso ojo derecho –Oh mierda, ¿dije precioso? Jess se rio y avanzó un poco, hasta que consiguió un sitio donde aparcar su coche un poco alejado de la gente.

Nada más bajarnos del coche noté que la música estaba tan alta que te hacía retumbar el pecho. Dios, esto era tan peligroso que hasta me gustaba. Era como estar en una fiesta solo que mil veces mejor. Había hileras de coches aparcados, todos muy caros y tuneados con impresionantes luces de colores. Al ver todos los coches que había no me cuadró el coche de Dylan aquí. Su coche era más bien… ¿pijo? No sé como explicarlo, pero estaba totalmente fuera de lugar. Mientras avanzábamos hacia el meollo del asunto yo intentaba localizar a un coche negro, normalito, sin tuneado, sin luces, sin nada extraño, pero no lo encontraba.

Se oía la música bien alta, pero también se alcanzaban a oír algunas conversaciones de la gente que estaba más cerca de nosotras. Jess y yo sí que estábamos totalmente fuera de lugar. Todas las chicas iban vestidas como si estuviéramos en la playa a cuarenta grados al sol, y nosotras conforme al tiempo que hacía; ni frio ni calor. Y por eso todos se nos quedaban mirando y cuchicheaban al pasar nosotras.

–Nunca me he sentido más avergonzada por llevar tanta ropa –me dijo Jess en bajo.

–Lo mismo te digo –respondí.

–¿Podemos irnos ya? –preguntó nerviosa.

–Ya que hemos venido vamos a divertirnos un poco.

Seguimos andando hasta llegar a donde estaba a punto de comenzar una carrera. Había cinco coches esperando a que una chica con ropa escasa diera la salida.

–Bien, todos los corredores arranquen el motor en orden de nombramiento –gritó alguien por un megáfono. –Rally arranca motores –se escuchó como alguien encendió un coche que sonaba muy potente. –Toby arranca motores. Slow arranca motores. Qyde arranca motores. Y por último Dy, arranca motores. Todos listos. ¡YA!

¿¡Dy!? No podía ser cierto, no me libraba de ese apodo, me perseguía allá adonde fuera. No era su coche y si no era su coche no era él. "Dy" llevaba un coche azul tuneado hasta las trancas: alerones, llantas negras con una luz morada, y demás cosas que no sabría describir por mi falta de conocimiento automovilístico (si se decía así), así que no, no era él ni de coña.

–Hey chicas, ¿sois nuevas por aquí? –Nos preguntó un chico a nuestras espaldas.

–¿Nos has visto otras veces por aquí? –pregunté.

–No –respondió.

–¿Entonces tú que crees? –respondí cortante. El chico se empezó a reír.

–Guau, qué genio. Me temo que debo tener cuidado contigo. Y eso del brazo, ¿cómo te lo hiciste? ¿Peleando con un puma? –bromeó el chico. Jess se empezó a reír.

–No me extrañaría en absoluto, es muy terca –me "apoyó" mi amiga.

–¿Qué? ¿Ya no tienes ganas de irte amiga? –pregunté desafiante.

–No, la verdad, fíjate ahora es cuando yo me empiezo a divertir, aburrida –dijo. Abrí la boca en una gran O. El chico se empezó a reír por nuestra "pelea".

–Yo soy Kasper –dijo el chico tendiéndonos la mano para saludarle. –Soy ese que grita con el megáfono.

–¿Te llamas como el fantasma de una película?

–Sí, solo que ese se escribe con C y el mío con K, más original. Aunque de nada sirve esa diferencia, todos aquí me llaman fantasma. Ya habéis adivinado mi mote. Siempre hacen esa broma cuando estoy con el megáfono, como dicen que no se me ve, pero sí se me oye, y entre eso y mi nombre, dicen que soy el fantasma de San Francisco –nos empezamos a reír, este chico era muy agradable.

–Yo soy Jessica y ella es Brooke, mucho gusto –nos presentó sonriente. Mírala, ahora ella se quiere quedar, será lista.

–Bueno, ¿cómo habéis acabado aquí?

–La verdad hemos venido siguiendo un coche, somos asesinas a sueldo, nos contrató un narcotraficante para matar a alguien y ahora le hemos perdido de vista –dije atropelladamente. Jess se rio durante varios minutos como loca y a mí, se me escapó alguna risa por el camino.

–¡Vaya! Sí que debía tener cuidado contigo –esta vez reímos los tres a la vez.

–En realidad no, lo único de verdad es lo de que buscamos a alguien –aclaré.

–Bien, decirme quién, esta es como mi segunda casa, conozco a todo el mundo, o casi.

–Dylan –dijo Jess, –ella busca a Dylan.

–Dylan… no me suena. El caso es que conozco muchísima gente y pensé que le conocería, pero no. Lo siento, quizá no esté aquí.

–Sí, le hemos visto entrar por el callejón en dirección prohibida.

–Pues si ha entrado por una de las rutas es que conoce el sitio.

–¿Ruta? –preguntamos mi amiga y yo a la vez.

–Sí, así es como llamamos a los sitios por donde se llega hasta aquí. Solo hay tres y los tres están "cerrados" al público. Colocamos señales de prohibido el paso para evitar a la policía. Y a los fisgones –nos aclaró.
–Ese tal Dylan, ¿sabéis qué coche tiene?

–Es un Audi –respondió Jess. –Negro, nuevo.

–¿Sabes el modelo?

–Un A5 creo, no estoy segura –intentó deducir mi amiga.

–¿Un A5 en estas carreras? Creo que no. Me habría fijado. Aquí solo entran coches muy potentes, en el sentido de que los han tuneado por dentro y por fuera. Sino no pueden correr, perderían el dinero –Ohh, genial, encima hacían apuestas con dinero.

–Entiendo –dije, –entonces puede que nos hayamos equivocado sin más, puede ser que… –me detuve porque empezaron a gritar todos a la vista de que llegaban los de la carrera.

–Ahora vuelvo, debo ver quién es el ganador y anunciarlo.

Se empezaron a oír muchos motores y los coches parecía que venían a la velocidad de la luz. Todos se apartaban a los lados para dejar paso, y nosotras les imitamos.

–Ya están aquí de nuevo nuestros cinco chicos –gritó Kasper por el megáfono. –Y el ganador es… –todos esperamos impacientes a ver el primero que pasaba, nosotras estábamos prácticamente en la línea de meta, así lo veríamos de primera mano. – ¡¡Slow!! Nuestro querido Slow nos ha vuelto a sorprender una vez más y ha sido el ganador. ¡Enhorabuena!

Todo el mundo fue hacia un coche amarillo (supongo que el del ganador) y empezó a vitorearle al canto de "Slow ganador". Lo que me hizo suponer que les había hecho ganar mucho dinero.

–Bueno chicas, ya estoy aquí de nuevo, no esperábamos que fuera a ganar él, ha hecho una buena carrera –dijo Kasper acercándose a nosotras. La música parecía sonar más baja por los gritos de la gente.
–Invita la casa –nos dijo dándonos un vaso a cada una. –¿Qué tal lo estáis pasando? ¿Es vuestra primera carrera en general? –nos preguntó.

–Sí –respondimos al unísono.

–En veinte minutos empieza la siguiente carrera, ¿queréis que os presente a gente?

–No –dije yo.

–Sí –dijo Jess. –¡Vamos, será divertido!

–Solo hemos venido a buscar a Dylan, ¿recuerdas? No está aquí así que vámonos –le dije en bajo. Giré la cabeza en dirección a Kasper. –Oye, nos lo hemos pasado genial, –era verdad, aquel sitio parecía envolverte con él, la música, la gente, la adrenalina, todo estaba perfectamente pensado para despertar tus sentidos, –pero solo hemos venido a buscar a un amigo y a la vista de que no… –Kasper me dejó de mirar y se fijó en alguien a mis espaldas. La persona me rodeó y se puso en frente de él para saludarle.

–Dios Dy, no me creo que te haya ganado el cabrón de Slow, ¿qué ha pasado primo? –habló saludándole.

–Hola, qué tal, estaba hablándote, gracias por todo, nos vamos –el chico que estaba saludando a Kasper se quedó inmóvil mirando a su amigo. –Y tú no hace falta que saludes, ya nos vamos y podéis hablar tranquilos –rodeé a los dos y empezamos a irnos hacia el coche de Jess.

–Aguafiestas, me ha caído bien el chico. ¿No podemos quedarnos un rato solo? Al fin y al cabo, has sido tú la que ha querido que saliéramos.

Al cabo de haber pasado al lado de un grupo de gente, comenzamos a ver como todos corrían. Qué bien, iba a empezar otra carrera y nos pillaba en medio. El coche estaba a unos dos minutos andando, aunque ahora sin gente podíamos ir más tranquilamente. Estábamos hablando sobre tonterías cuando derrapó un coche a nuestro lado. Ahora que me daba cuenta, quedarían unos cuatro coches solamente, los demás se habrían ido, o habrían participado en la carrera.

–¿Eres gilipollas? ¡Casi nos matas estúpido! –grité al conductor. Bajó la ventanilla. Dylan.

–¡Subid! –gritó cabreado.

–¿Qué cojones haces tú aquí? –pregunté, yo también cabreada.

–Podría hacerte la misma pregunta. No hay tiempo para explicaciones Brooke, ¿oyes esos coches de policía? –sí, ahora que lo mencionaba me

daba cuenta. –Pues vienen a por nosotros.

# Capítulo 19

CAPÍTULO 19

La tensión era palpable en el ambiente. No reconocía a Dylan. Éste no era su coche, y desde luego, esa no era su forma de conducir. Jess y yo nos sentamos juntas atrás, nos abrochamos los cinturones, y antes de que cerráramos las puertas del coche Dylan ya estaba acelerando a fondo para salir de allí. Aquella vez ni siquiera dudé en si sentarme detrás con mi amiga o sentarme delante, donde habría preferido estar. Sin siquiera preguntarle me senté detrás con mi amiga.

Dylan tomaba las curvas muy rápidamente, iba dos veces por encima de la velocidad permitida, no ponía los intermitentes. E incluso le dio igual si algún coche tenía preferencia de pasar, él pasaba sin importarle. En las rotondas me quería morir.

Aunque Dylan cometió como 50 infracciones en minutos, la policía seguía escuchándose a nuestras espaldas. No supe a cuánto estaba, pero al mirar hacia atrás no la veía, así que, pensaba, que podíamos conseguirlo y darle esquinazo.

El coche estaba en completo silencio. Jess y yo estábamos cogidas de la mano para infundirnos confianza y Dylan estaba completamente ajeno a nuestros actos, centrado por completo en la carretera y sus retrovisores. De repente cogió el teléfono y rápidamente marcó un número.

– Daros prisa, me vienen pisando el culo – y, sin esperar respuesta de la persona colgó. Me empecé a encontrar mal. Muy mal. Dylan intentaba coger callejuelas pequeñas y tomar muchas curvas para esquivar a la autoridad.

– Voy a vomitar – anuncié agarrándome la tripa y la boca. Dylan me miró por el espejo y dijo lentamente:

– Ni se te ocurra – ¿y a este qué cojones le pasa? Nos está llevando como cómplices de algo que no hemos hecho, nos podemos comer una buena y ¿lo que le preocupa es el puñetero coche?

– ¡Perdona por ser sensible a una carrera ilegal contra la policía! – grité. Dylan me miró por última vez y continúo con su trabajo; dar esquinazo. Sin importarle lo más mínimo lo que me pasara.

– No vomites – repitió. – El olor es difícil de quitar – dijo intentando

calmarse.

– ¡Me importa una mierda! Nos estás llevando a no sé dónde para escapar de la policía cuando nosotras no tenemos nada que ver. ¡Nos estás haciendo cómplices de algo que no hemos hecho y lo único que te importa es que no vomite en el puto coche! – Jess dio un brinco al darse cuenta de lo que acababa de decir. Sí, Jess, nos va a caer una buena por esto, pensé.

– Os estoy llevando a vuestra casa para poder ir yo solo a que me persigan, así que ¡deja de estresarme, joder! – contestó con un tono de voz alto.

– ¡A mí no me levantes la voz! – dije más alto que él. – Para el coche que nos vamos a buscar el de Jess. – Dylan se rio.

– ¿Y qué te hace pensar que la policía no os busca también? Estabais allí. El que haya dado el chivatazo habrá descrito todos los coches y personas de las que se acordara, y apuesto a que vosotras disteis el cante. Es la primera vez que vais por allí, y por si fuera poco es de las pocas veces que la policía nos sigue. Así que también apuesto a que la mayoría piensa que vosotras habéis llamado a la policía, más os vale no volver por allí, o me temo que pagaréis las consecuencias.

– ¡Pero si nosotras no hemos sido!

– Te conozco lo suficiente para saber que tú no has sido Brooke, pero los demás no, y es lo que ellos van a tener en cuenta. Oye Jessica, te dejo a ti primero si no te importa, ¿dirección? – Jess le dijo donde vivía y Dylan condujo hacia allí. Cuando Jess se bajó me dio un abrazo.

– Luego te llamo, no te preocupes – me despedí.

– Ten cuidado por favor, y tómate la medicación, ah y que tengas suerte en tu entrevista, te quiero – y se fue corriendo a su casa. Dylan me miró por el espejo retrovisor y levantó una ceja.

– ¿Te vas a quedar detrás?

– Ya me dejaste claro cuál era mi sitio en todo, así que sí, me voy a quedar detrás.

Sin decir nada más arrancó y fue hacia mi casa. La policía ya no nos seguía y pudo conducir un poco más relajado, pero igual de alerta.

– ¿Qué tal tu brazo? – preguntó sin mirarme.

– ¿Ahora sí te preocupas por cómo estoy? Si me hubiera muerto te habrías dado cuenta, ¿cuándo? ¿Un mes después? – suspiró.

– Fui contigo al hospital, sabía que no era nada grave.

– ¿¡Y eso te da derecho a no volver!?

– Oye no quiero discutir conduciendo, podemos tener un accidente.

– Ah, perdona, no sabía que discutir fuera más peligroso que darse a la fuga y correr en sitios ilegales – dije irónicamente.

– Ni siquiera deberías haber estado ahí, fue tu culpa. No te ordené que vinieras. ¿Cómo cojones encontraste el sitio?

– Te seguí – aclaré con vergüenza. Entonces Dylan paró el coche y aparcó. Pensé que para echarme la bronca o algo así, pero paró porque estábamos enfrente de mi casa. Giró la cabeza y me miró directamente.

– ¿Por qué? ¡No tenías derecho a estar ahí Brooke! ¡Te podría haber pasado algo! ¿No lo entiendes? Ese no es sitio para que anden dos chicas solas, no te imaginas lo peligrosas que son esas carreras. Si no hubierais estado acompañadas de Kasper… ¡Dios sabe lo que os podría haber pasado, Brooke!

– ¡No finjas que te preocupo! ¡Te dio igual lo que me pasara en el hospital! ¡Y te hubiera dado igual lo que me pasara esta noche! Apostaría mi mano a que solo nos recogiste para escapar porque tenías miedo de que confesáramos nombres y tú te vieras implicado – con lágrimas en los ojos, intentando traicionarme, me bajé del coche sin esperar su contestación, por miedo a lo que pudiera decir. Cerré de un portazo y me fui a mi bloque, antes de que él pudiera seguirme.

Saqué la llave del portal de mi casa, y antes de entrar vi cómo se marchaba, confirmando todo lo que acababa de decir. Al ver que se estaba marchando sin siquiera responderme chillé a todo pulmón:

– ¡Eres un gilipollas! – aunque por la lejanía supuse que no me había oído. El coche resonaba por la calle y se fue, sin pena ni gloria.

Con los ojos escociéndome subí las escaleras hasta la puerta de mi casa y abrí. Encendí las luces y fui a la cocina a por un vaso de agua. Prometí a Jess que la llamaría así que marqué su número y esperé.

– ¿Ya estás en casa? – preguntó atropelladamente.

– Sí, te dije que no te preocuparas. Ya estoy tomándome la medicina, así que tampoco tienes que preocuparte por eso – aclaré antes de que me

preguntara ella.

– Vale, ha sido una noche muy larga. ¡En qué puto momento te hice caso! La próxima vez que vayamos a celebrar algo elijo el sitio, no acepto tus sugerencias.

– ¡Encima! – repliqué. – No te quejes tanto Jess, que has ligado – le recordé. Me senté en el sillón y encendí la tele. A ella le cambió el humor con mi comentario.

– ¡Dios qué bueno está!

– Para gustos los colores – me encogí de hombros, aunque no pudiera verme.

– ¡Mierda! Mierda en mayúscula. No tengo su número. Ni él el mío. Dylan lo tendrá, ¿no? –suspiré.

– Yo no le voy a llamar, eso tenlo por seguro, me ha dejado en mi casa como una gilipollas, y me ha dado a entender que se la suda lo que me pase, así que si quieres te paso su número, pero no, yo no voy a hablar con él.

– ¿Qué ha pasado? – le conté lo sucedido con pelos y señales. – ¡Vaya gilipollas!

– Sí, eso grité yo también. Pero bueno, ya me lo ha dejado todo claro – en lo que hablábamos me tomé un vaso a rebosar de cereales, no habíamos cenado y yo estaba que me moría de hambre, además la medicina me daba más hambre, así que comí como un cerdo.

– ¡Qué ojo tienes para los chicos Brooke, me asombras! – las dos nos reímos.

– Nunca daré con uno normal, asumámoslo cuanto antes – me acabé el vaso y lo llevé a la cocina. – Oye Jess, ¿te parece si seguimos hablando mañana? Tengo que madrugar y no me gustaría ir a la entrevista con las pintas que llevo ahora – se rio.

– Claro, descansa y mañana ¡déjales asombrados! ¡Hasta mañana, te quiero!

– Yo también – y colgué. Había sido una noche bastante… diferente, y estaba agotada. Me senté en el sillón, con la manta por encima y cambié de canal infinitas veces, hasta que di con una película que me encantaba.

Estaba dormida, no sabía si segundos, minutos u horas cuando algo me despertó. A la vista de que no volvía a sonar me intenté volver a dormir,

pero a los pocos segundos volvió a sonar. El telefonillo. Seguro que sería Jess para dormir conmigo. Esta chica es muy insistente cuando se lo propone. Me levanté medio dormida a abrir la puerta y pulsar la tecla del telefonillo. Me volví a tumbar, a la espera de Jess.

– ¿Ni siquiera preguntas quién es y abres la puerta sin más? – no era Jess, era Dylan.

# Capítulo 20

**CAPÍTULO 20**

Rápidamente me incorporé y me tapé con la manta para sentirme protegida.

–De haber sabido que eras tú no habría abierto. ¿No te habías ido a tu casa? –dije cabreada. No me lo podía creer. Hacía un rato me dio a entender que no le importaba lo que me pasara… ¡y ahora se presentaba en mi casa!

–Fui a recoger mi coche –respondió. –No podía seguir conduciendo con el coche de las carreras.

No sabía qué decir. Una parte de mi se alegró de ver que, después de todo, Dylan estaba aquí, que había vuelto conmigo. Pero la otra me incitaba a llamarle de todo.

–¿Qué haces aquí? –dije molesta. Al ver que no me contestaba volví a preguntar. –Te he preguntado que qué haces aquí. Primero insinúas que no te importa lo que me pase, luego te vas sin decirme nada y por último te presentas en mi casa a las… a la hora que sea. Eres un gilipollas, Dylan –bueno, pues ya vemos que ganó la parte que me decía que le llamara de todo menos bonito.

–¿Ya te has quedado a gusto? –me miró directamente a los ojos y medio sonrió. ¡No sonrías imbécil!

–Pues no, me gustaría llamarte mil cosas más, pero no quiero perder el tiempo, mañana tengo que madrugar –cogí el mando de la tele y la apagué.

–¿Alguna buena? Digo que, si te gustaría llamarme alguna cosa buena, tienes mil cosas que llamarme, al menos una tiene que ser buena, ¿o no? –dio un paso en dirección al sillón, donde yo estaba. Intentaba acercarse a mí.

–Pues no. Te equivocas –respondí con voz de superioridad.

–Bien –se quedó pensando unos segundos. –¿Por qué tienes que madrugar?

–¿Ahora también te importa lo que haga con mi vida? –no respondió. Suspiró y se quedó mirándome fijamente. –Tengo una entrevista de

trabajo. Si me cogen mandaré a la mierda el bar de tu cuñada, por si te interesa.

–¿Dónde es la entrevista? –se sentó en el sillón, dejando la mitad que nos separaba libre.

–Es la editorial Hole, dudo que la conozcas, es algo así como de libros, ¿te explico lo que son? –se empezó a reír. –¿De qué te ríes? –me contagió la risa.

–De que esa editorial es para peces gordos, que se centran más en su trabajo que en su familia. Es para idiotas, resumiendo –me dejé de reír en seco.

–En primer lugar; ¿tú qué sabes? En segundo lugar; ¿a ti qué te importa? Y, por último; ¿qué más te da dónde vaya a trabajar?

–En primer lugar; lo sé. En segundo lugar; me importa. Y, por último; me interesa saber dónde vas a trabajar. Aunque pienses que no me importas, me alegra que puedas dejar el trabajo del bar. Astrid es una zorra manipuladora –aquello último me hizo sonreír, pero lo disimulé.

–Dylan, no hace falta que sigas fingiendo que te importo. Nos encontramos accidentalmente en una fiesta. Nos liamos porque pensé que eras tu hermano. Y lo hice para dar celos a Astrid, no porque realmente quisiera. Así que no tienes que preocuparte por lo que me pase. Me lo dejaste claro en el hospital cuando estuve completamente sola, esperando que alguien viniera, pero nadie lo hizo. Además, sabes que yo no quiero tener líos amorosos con nadie.

–¿Y por qué piensas que yo sí? –aquello me dio como una bofetada en la cara. Vale que yo le dijera que no quería nadie con nadie, incluso con él. Pero que me confesara que él tampoco quería nada conmigo me dejó por los suelos. –En ningún momento he dicho que quiera tener nada serio, pero tampoco he dicho que me des igual. Te considero una amiga a pesar de que me estás dejando bastante claro que tú no sientes lo mismo. ¿Quieres alejarme de ti porque piensas que voy a tener algo contigo? No seas tan creída, pelirroja, no eres mi tipo.

Se me puso la cara colorada. Literalmente estaba roja como un tomate. Aquello me cabreó. ¡Claro que me cabreó! ¿Qué insinuaba? ¿Qué no era lo suficientemente buena para él? ¿Que se merecía algo más y mejor?

–Está claro que no –contesté.

–¿Que no qué? –levantó una ceja.

–Que no soy tu tipo. A ti te van más las rubias poli operadas, con cuerpo y sin cabeza, para poder manejarlas a tu antojo, como a tu hermano, mira si os parecéis que hasta os buscáis el mismo prototipo de chica –reproché de manera irónica.

–¿Se puede saber de qué estamos hablando ahora? –preguntó confuso.

–De tu novia. ¿Puedo saber a qué has venido? ¿Por qué has dejado sola a tu novia para venir a verme a mí? Seguro que ella aprecia más tu compañía que yo –Dylan se empezó a reír y sus hoyuelos se marcaron más que de costumbre. –¿De qué te ríes?

–De que hace un momento me estés diciendo que no quieres nada conmigo y ¿ahora me reprochas si tengo novia o no? Te estás contradiciendo, pelirroja.

–¡No! Solo es que no quiero que estés aquí. Mi mejor amiga y yo podemos acabar acusadas de algo que no hemos hecho y linchadas por mafiosos que se dedican a hacer carreras ilegales por tu culpa. ¿Y tú te presentas en mi casa? Estás mal de la cabeza.

–¡Fuisteis vosotras las que os empeñasteis en seguirme! Yo no os invité, si no queríais estar allí, haberos ido al ver el meollo, masoquistas. Ohh, espera, ya lo he entendido. ¿Por qué no os fuisteis cuando os disteis cuenta de donde os habíais metido? –levantó las cejas, inquisitivo.

–Porque nos chocó la idea de que estuvieras tú ahí. Y no nos los creíamos, y cuando Jess ligó ya no quiso que nos fuéramos, el chico se portó bien con nosotras –aclaré.

–¿Fue eso de verdad? ¿O en realidad os acabó gustando lo que visteis? La adrenalina de hacer mal las cosas, de hacer algo prohibido, el morbo que causa… ¿o me equivoco? –preguntó en un susurro. Tardé unos segundos en pensarlo.

–Una cosa es que te gusten las cosas morbosas y otra muy distintas es acabar en la cárcel.

–Yo no he acabado en la cárcel y hago todo eso.

–Sí, pero porque tú tendrías dinero para salir. Con un par de billetes, puf, estás libre de cargos. Así de fácil.

–En todo el tiempo que llevo en esto no ha habido ni una sola vez que me hayan pillado, ni siquiera se me han acercado. Hoy ha sido el día que más cerca han estado, y ha sido por salvaros a vosotras. Así que deberíais

agradecerme que os haya salvado el culo.

–Si quieres que te dé las gracias, espera sentado.

–Ya lo estoy –y se recostó más en el sillón. Le tiré un cojín con fuerza a la cabeza.

–Por gracioso. Y ahora dime de una puta vez a qué narices has venido a mi casa.

–Porque quería aclararte una cosa –esperé callada hasta que se decidió a hablar. –Te llevé al hospital después de que te dieras el golpe, iba con tu hermana y Rose, todos estábamos preocupados por ti y esperamos a que nos dijeran algo. Cuando entraste a la operación cogimos tu teléfono y Alison llamó a una tal Jenna para decirle que llegaba tarde.

–Joanna –le corregí. Me ignoró.

–Fui a llevarla y luego a Rose, y volví al hospital. No te dejé sola. Mandé mensajes a tus amigos, pero ninguno podía ir, sabía que querrías que tus amigos estuviesen, pero al final me tuve que quedar yo porque ninguno fue a verte. También intenté llamar a tus padres. No tenías ningún teléfono con el nombre de "mamá" o algo así. Pero llamé a tu padre; tampoco fue muy bien, no me contestó, aunque lo intenté 5 veces.

–Lo que me habría extrañado hubiera sido que sí contestara.

–Cuando te sacaron del quirófano –continuó, –me quedé contigo. Pero de madrugada me surgió un imprevisto, era urgente, y me tuve que ir.

–Ya, me lo dijo Lily. Ahí tienes tus cosas: tus llaves y tu cartera, se te olvidaron en la mesilla.

–Gracias –se levantó y cogió sus cosas de mi mesa.

–Bueno pues si has venido a decirme que si te devolvía tus cosas ahí las tienes, ya puedes irte.

–He venido para aclararte que no me fui para que te quedaras sola, me surgió una cosa muy importante, no podía decir que no.

–No me tienes que dar explicaciones Dylan, no tenías por qué estar allí, te fuiste, lo entiendo. Pero solo por curiosidad, ¿por qué te fuiste? ¿Qué era tan importante? –intenté no mostrar que me interesaba saberlo. Pero me interesaba. Quería saber por qué aquel idiota me había dejado sola en una sala de hospital a sabiendas de que no iba a venir nadie a verme.

–No te lo puedo decir.

–Ya, imaginaba que dirías eso. Tengo que irme a dormir, mañana…
–Dylan me cortó.

–Lo sé, una entrevista de trabajo, –se levantó– suerte con eso, seguro que te cogen, –y sin darme tiempo a responder a nada se fue por donde había venido. Se llevó sus cosas, pero además se llevó algo mío. El sueño.

# Capítulo 21

**CAPÍTULO 21**

Y ahí estaban; las impresionantes ojeras y luego Brooke. Aquella noche debería de haber dormido. A ver, en verdad dormí, el caso es que dormí como el culo. Estaba plácidamente dormida hasta que llegó el gilipollas de Dylan y me desveló.

¿Qué había sido tan importante como para dejarme tirada de aquella manera? No es que me hubiera dejado plantada en un restaurante. ¡Es que se había ido después de que me operaran! En serio, me gustaría mucho saber qué narices tenía tanta importancia. Es decir; podría haber muerto y se la sudó.

¡Ah, no! Sé lo que estás pensando; "estás celosa, querrías que se hubiera quedado contigo porque te gusta Dylan". No me gusta. Punto. Pero ahora ponte tú en mi situación: vas con una persona a un sitio y te desmayas, vale que te lleva al hospital, ¡pero luego se marcha sin saber si estas bien! Y ni siquiera te llama después. ¿Cómo sienta? Como el culo.

Intenté dejar esos pensamientos a un lado para poder hacer la entrevista lo mejor posible.

Me duché, elegí ropa de la más normalita que tengo, formal… pero con mi toque. Una blusa rosa, unos pantalones negros, chaqueta vaquera y unos botines. Me alisé el pelo, que ya casi me llegaba por la cintura, intenté disimular mis ojeras y me eché un poco de rímel. Me miré en el espejo, y cuando ya me di el último visto bueno cogí mi teléfono y me fui a la entrevista.

Aquel lugar seguía igual. No sé de qué me sorprendía, pero cada vez que miraba aquel impresionante edificio sentía pánico. Bajé del autobús y caminé indecisa.

¿Qué podía ofrecer yo a una editorial de aquella importancia?

Abrí las puertas de cristal y me dirigí a la recepción. No había gente esperando así que me adelanté yo.

–Buenos días, tengo una entrevista concertada, soy Brooke Collins –la

chica se puso a buscar en una lista, la que, por cierto, era inmensa.

–Ah sí, aquí estás, puedes esperar a ser llamada en aquel descansillo, están con el anterior candidato, soy Rebeca, por si necesitas algo.

–Gracias.

Me senté en uno de los sillones de aquella sala y esperé, mordiéndome las uñas, a que me llamaran. Repasé mentalmente preguntas que seguramente me harían y esperé.

Había llegado diez minutos antes, por lo que me sorprendió cuando me llamaron con antelación.

–Puntualidad, ese es nuestro lema, ¿podrías darme los informes que te pedimos? –me dijo un señor, cerrando la puerta tras de mí y sentándose en su mesa. Le di las hojas –Brooke Collins, bien, yo soy Robert Hole, uno de los directores y fundadores de esta gran editorial. Dime Brooke, ¿por qué quieres trabajar para nosotros? –se recostó en su asiento, yo me senté en la silla de en frente. Era un hombre de unos cuarenta y pico años. Alto, con cuerpo de armario, ojos verdosos y pelo castaño y corto. Su semblante era serio.

–Bueno, pues me gustaría trabajar en esta editorial porque me apasiona leer –se quedó pensativo unos segundos.

–¿Ahora estás estudiando o trabajando?

–Ambas. Estoy en último curso y trabajo como camarera.

–¿Está repercutiendo ese trabajo a tus estudios? –comenzó a apuntar en una hoja. Era buena señal. O al menos eso esperaba.

–No, solo trabajo fines de semana –aclaré. –El resto del tiempo lo dedico a mis estudios.

–Pues… según tus notas últimamente has bajado tus calificaciones, además coincide con la fecha con la que empezaste a trabajar.

–No fue por trabajar. Fueron asuntos personales los que me perjudicaron la nota, el trabajo lo conseguí un tiempo después –respondí seca.

–Bien –miró las hojas unos segundos más. –Dejémonos de chorradas –dejó todos mis datos en la mesa. –¿Por qué te gusta leer? –Preguntó acercándose a la mesa y apoyando su cabeza en sus manos.

–¿Qué? –dije atónita. Me había preparado para cien preguntas, incluso había buscado en internet las posibles preguntas que me harían para estar

preparada y no dejar nada al azar, pero aquella me había pillado por sorpresa.

–Has dicho que "te apasiona leer" ¿Por qué?

–Pues, no sé, me gusta y ya –respondí. Se volvió a recostar en el sillón, esperando algo más. Me estaba haciendo una pregunta, para él importante, y respondí "me gusta y ya". Brooke eres idiota. –Bueno, no es que me guste y ya –rectifiqué. –Cuando leo, no junto las letras para que formen una palabra y las palabras para que formen una frase. No son palabras sin más. Cuando leo no veo palabras, veo historias. Se repiten palabras en todos los libros, pero no en todos significan lo mismo. Eso es lo que me gusta de leer; que cada vez que leo me siento otra persona. En un libro lucho contra el mal, en otros me enamoro, en otros busco asesinos, pero en todos tengo el propósito de escapar de aquí para vivir en otra persona. Eso para mí es… mágico –me miró a los ojos unos segundos más. Se aclaró la garganta.

–Bien. No todo en este trabajo es leer –respondió seco. Molesto, a mi parecer.

–Lo sé, pero es la base de…

–Pero tú podrías transmitir todo eso a nuestra empresa –sonreí como una niña de 2 años con un caramelo. –Ya te llamaremos. Un placer – ¿eso no era lo que decían cuando no te iban a llamar? Mi gozo en un pozo. Me deshinché de alegría como un globo.

Salí del despacho y me dirigí a la salida, pensando en la entrevista. Cuando abrí la puerta de cristal la mujer de la recepción me frenó.

–Oye bonita, ¿qué tal te ha ido? –me giré para verla de frente.

–Bueno, bien supongo, tampoco tengo mucha experiencia en una editorial, ninguna en realidad, así que no me voy a esperar mucho. Seguiré de camarera, al parecer.

–¿Tan mal ha ido? ¿Qué te ha dicho?

–Le dije que me gustaba leer y que me respondió que no todo es leer en este trabajo, y luego que ya me llamarían y que un placer –me encogí de hombros.

–Robert es muy selectivo con sus cosas. Y parece un grinch cuando se lo propone. Estoy segura de que al hacer entrevistas ha hecho llorar a más de uno –nos reímos. –Vi tu currículum y si no te contrata va a perder él

más que tú.

–Gracias Rebeca, pero no sé –repasé mentalmente la entrevista; vaya cagada.

–Tú hazme caso niña. Cuando habló en las noticias de que ofrecía trabajo a alumnos de institutos se presentaron aquí niños de todas clases. Eres de las mejores que nos han llegado, verás que seguro que te cogen. Intentaré mover mis hilos para ayudarte.

–¿Por qué? Apenas nos conocemos, podría ser una drogadicta y psicópata que secuestra gatos en sus tiempos libres. Y narcotraficante, podría serlo también –la mujer se empezó a reír a carcajadas.

–Créeme niña, que solo me hace falta una mirada para saber quién es de fiar y quien no es trigo limpio. Por ejemplo, ¿ves ese chico moreno sentado con la revista? Ese tiene algo que no es bueno –el chico parecía normal, ni guapo ni feo, flaco, moreno, y con ropa normal, no le veía nada de raro.

–Yo le veo un chico corriente.

–Oh, no no no, no lo es, tiene algo. Bueno, vuelvo a mi trabajo, espero verte pronto por aquí.

–Lo mismo digo.

Salí del edificio, no sin antes mirar tres veces más al chico. Era normal.

Una vez fuera llamé a Jess para contarle cómo me había ido la entrevista. Se alegró mucho de lo que me había dicho Rebeca y me convenció de que había posibilidades de que me llamaran.

–¿Te apetece que vaya y demos una vuelta por el centro? Así luego te dejo en casa con el coche, o si quieres puedes dormir en mi casa –no sabía qué responderle. Por una parte, me apetecía mucho, pero por otra solo tenía ganas de tirarme en el sofá con un bote de helado tamaño XXL.

–Vale, estoy en la puerta de entrada, aquí te espero.

Colgué el teléfono y me senté en los escalones. No tardaría mucho en llegar, pero estaba cansada por no haber dormido tanto ni tan bien como me habría gustado. Diez minutos después la puerta de la entrada se abrió y por ella salió el "chico malo" del que hablé con Rebeca.

–Hola –me saludó. –¿Te han dejado tirada? Si quieres te puedo llevar a tu casa –propuso acercándose a donde estaba sentada.

–No, no te preocupes, mi amiga está al llegar, he quedado aquí con ella.

–¿Tú también has venido a la entrevista? –me levanté al ver a lo lejos el coche de mi amiga.

–Sí, pero no ha salido muy bien, espero que a ti te haya ido mejor… –aquella situación era muy extraña. Aquel chico era guapo, educado y parecía agradable. Pero no dejaba de ser una situación rara para mí, acostumbrada a socializar más bien poco. Nada en realidad. Le miré a los ojos, oscuros como la noche.

–A mí me ha ido bien, no creo que lo tuyo haya sido tan malo, seguro que te llaman, das el perfil para un trabajo así –me animó de manera sincera.

–Sí, parece que sí, todo el mundo me dice que me cogerán, pero no estoy segura de ello –intenté sonreír para que viera que no me preocupaba mucho, pero creo que no me salió una buena actuación.

–Confía en mí, acabaremos trabajando aquí –dijo mirando a lo lejos. Volvió a mirarme –Soy Christian, Christian Grey.

–¿De verdad te llamas así? –pregunté sorprendida.

–No, en realidad me llamo Derek –nos empezamos a reír. Por un momento dejé de pensar en la entrevista y me reí de su broma.

–Vaya, ¿siempre mientes con ese nombre a las chicas solo para que se vuelvan locas por ti? –me reí.

–Solo a las que me gustan –nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que Jess tocó el claxon del coche. Por una vez agradecí su falta de paciencia y por ser inoportuna casi siempre.

–Bueno, tengo que irme, mi amiga ya ha llegado –hablé, cuando se hubo interrumpido aquel silencio.

–Bien, ya nos veremos… ¿tu nombre era? –se llevó la mano a la cabeza, haciendo un gesto de intentar acordarse, pero iba a ser imposible que se acordara de cómo me llamaba si aún no se lo había dicho.

–Brooke –respondí.

–Bueno Brooke, un placer haberte conocido –Jess volvió a tocar dos veces más el claxon. –Y a tu amiga también –nos reímos. Me di la vuelta y subí al coche de mi amiga. Cuando soltó la pregunta de quién era le respondí

por el hecho de que sabía que si no le contestaba no arrancaría nunca. Ella era así, un alma concebida para el disfrute de los cotilleos ajenos.

# Capítulo 22

**CAPÍTULO 22**

Sin darme apenas cuenta llegó noche buena. Esa época en la que hay que estar con la familia, decirse cuánto se quiere a la gente y hacerse estúpidos regalos. Para la gente era una fecha importante. Para mí era un día más.

"De verdad que es muy importante, necesito que vengas y lo hablemos, por aquí no puedo decirte nada, no tengo mucho tiempo y son muchas cosas las que tenemos que aclarar"

"Necesitas respuestas tanto como yo necesito dártelas. Necesito esto, llevo casi un año sin verte. Por favor ven domingo que viene y hablamos más tranquilamente"

Llevaba dándole vueltas a aquella conversación desde que me llamó. Y hoy era el día decisivo. ¿De verdad me estaba planteando ir? ¿Después de todo lo que pasó? Vale que quería respuestas a lo ocurrido, pero ¿era motivo suficiente para rendirme e ir a ver a aquella persona? ¿De verdad se merecía mi perdón?

Supongo que por eso había decidido que fuera precisamente hoy. Un día en el que la familia se reunía y el perdón estaba asegurado por ser "navidad". Nada de eso.

Como al gato, la curiosidad pudo conmigo. ¿Qué era tan importante?

Me vestí y con los sentimientos a flor de piel llamé a mi mejor amiga, que estaría hasta las narices de ser mi chófer. Le expliqué toda la situación y sin pedirme más explicaciones vino a buscarme.

El camino se me hizo bastante corto. Iba pensando en mis cosas y no sabía si de verdad quería ir o posponerlo más tiempo. Al fin y al cabo, iba a tener que ir a pedir respuestas algún día.

Cuando llegué aquel sitio se me antojó angustiante. Me despedí de mi amiga y bajé del coche dubitativa. Llamé al timbre, di el nombre de la persona a la que iba a visitar y me dejaron pasar.

Una persona me acompañó por los pasillos de aquella ratonera hasta una puerta de metal. Cuando entré la puerta se cerró detrás de mí y me asusté. No quería estar sola con aquella persona, así que cuando vi que había más gente a parte de mí mis nervios se aliviaron hasta que la vi. Me

senté frente a ella y me quedé en silencio. Había varias mesas redondas con algunas sillas alrededor.

–Has venido –me sonrió.

–Fuiste tú la que me llamaste suplicando que viniera a verte –aquella mujer parecía cansada, como si aquel sitio le consumiera la vida. Estaba más delgada de como la recordaba, y con los pómulos apenas visibles, chupados.

–Gracias por venir –acercó sus manos con intención de coger las mías, pero rápidamente las puse sobre mi regazo para que no me tocara. Ella retrocedió y volvió a su posición inicial.

–¿Para qué me has llamado? –pregunté recelosa.

–Necesito aclararte las cosas. Necesito que sepas por qué ocurrió todo aquello –un flashback se pasó por mi mente, pero menee la cabeza para evitar que me afectara. –Brooke, ya no soy la misma de antes –me empecé a reír.

–¿Pretendes que me crea eso? –reí. –Tú siempre has sido así y siempre lo serás –sentencié. Ella agachó la cabeza.

–No Brooke. Aquella no era yo.

–¡Por supuesto que eras tú! Sabías perfectamente lo que hacías.

–No estaba en mis cabales, aquello pasó cuando estaba ebria. El alcohol hace que hagas cosas que no quieres hacer.

–El alcohol solamente actúa de desinhibidor. Provoca que hagas lo que deseas hacer, y por eso hiciste lo que hiciste –las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas. Lágrimas de cocodrilo.

–Si eso piensas no voy a hacerte cambiar de idea, pero necesito que sepas la verdad. Por eso te llamé.

–Pues rápido por favor, que yo sí tengo cosas que hacer –sabía que estaba siendo muy dura con mis palabras, pero ¡joder!, se las merecía.

–Aquella noche… aquella noche yo había bebido demasiado…

–Como todas –contraataqué. Ella continuó como si no me hubiese escuchado.

–Todo pasó porque alguien se enteró de mi secreto y se lo dijo a tu padre. Hace ocho años conocí a un hombre, un hombre con dinero. Él era

encantador conmigo. Cuando tu padre estaba trabajando me invitaba a salir, una cena, un paseo… y tonta de mí siempre cedía. Siempre he querido a tu padre, pero siempre ha estado ocupado trabajando, y yo necesitaba sentirme mujer. Necesitaba sentirme querida por alguien. Tu padre llegaba tarde de trabajar y apenas estábamos tiempo juntos. Me sentía sola –comenzó a llorar. –Él me daba lo que tu padre pasaba por alto. Nunca debí hacer aquello, pero lo hecho, hecho está. No voy a negar que me gustara aquel chico, pero estuvo mal. Poco después me enteré de que estaba embarazada. No sabía de quien era aquel bebé, por eso intenté abortar, no quería que tu padre me dejara y si se enteraba de que no era suyo no sabía qué pasaría. Pero tu padre no quería, él quería tener otro hijo, quería que tú tuvieras un hermano o una hermana con la que jugar… Y al final tuvimos el bebé.

–Alison –deduje. Ella asintió con la cabeza. No me había dado cuenta de que yo también estaba llorando hasta que noté que tenía la cara mojada y la vista nublada. Me limpié rápidamente las lágrimas. Ella miró hacia arriba y siguió narrando su historia.

–Con el tiempo todo pasó. Yo dejé de ver a aquel hombre e intenté olvidar todo aquello, pensando que aquella niña siempre había sido de tu padre. Pero aquello me estaba consumiendo, cada vez que la veía era ver el recuerdo de mi error, necesitaba aclararlo. Cuando ella cumplió cuatro años, decidí hacer una prueba de paternidad para olvidar todo de una maldita vez. No era de tu padre. Y yo escondí aquel secreto para evitar lo inevitable. La noche en que todo pasó, tu padre se enteró. Aún no sé cómo, pero se enteró, y discutimos. La niña de sus ojos no era suya y fue un palo muy gordo que asimilar. Y el resto ya lo sabes –suspiró. –Esa fue la razón de que tu padre se marchara aquella noche.

–¿Y eso te daba derecho a tirar a Alison por las escaleras? ¡Casi la matas! –chillé. –Ella no tiene la culpa de que tú seas una golfa que se acostó con otro que no era su marido. Y aun así la culpaste a ella antes que a ti. Eso no te lo voy a perdonar nunca, ¿me oyes? –el guardia de la puerta se quedó tenso, esperando a que algo pasara para intervenir.

–Lo sé, yo tengo la culpa de todo y por eso estoy aquí –aquellas palabras me descolocaron. Mi madre, esa mujer que prefería culpar al mundo entero antes de admitir que tenía la culpa de algo estaba admitiendo que todo aquel desastre lo había causado ella.

Bajé la mirada y me quedé pensando qué decir a continuación. Pero nada. No tenía ni idea de cómo actuar ahora. Ella había admitido su error, no era suficiente ni por asomo, pero lo había admitido, algo que la mujer que yo conocí no habría hecho jamás.

–Brooke, ¿estás bien? –acercó de nuevo sus manos con intención de

tocarme, pero de nuevo me alejé de ella.

–¡Vaya! Si ahora actúas de madre y todo. ¿Es porque es navidad? ¿De verdad piensas que me importa lo más mínimo que me hayas dicho que viniera hoy? –ella me miró fijamente, con la mirada perdida y sonrió.

– Siempre has tenido un carácter tan fuerte –rio. – Aunque no me quieras creer, me gustaría estar en casa, contigo, con Alison y con tu padre. Me gustaría pasar página –admitió nostálgica.

–Las cosas han cambiado bastante para desear algo que es imposible, ¿no crees?

–Espero que estas navidades no os acordéis de mí y paséis unas felices fiestas –me estaba desesperando. Esta mujer pasaba de un tema a otro sin ton ni son. Quizá fuera porque quería expresar sus deseos desde que no la veo, quizá fuera por hacerme sentir mal, no lo sé.

–Apuesto a que tú tendrás unas navidades mejores que las mías.

– ¿Bromeas? Tú tienes a tu hermana y a tu padre, yo no tengo nadie con quien compartir estas fiestas.

– ¿Estás de coña no? – ¿Acaso me estaba vacilando? Le miré fijamente, a la espera de que retrocediera de sus palabras, pero nada. –Yo estoy sola, no tengo a nadie.

– ¿Y Alison? ¿Y tu padre? –preguntó confusa.

– ¿De verdad que no sabes nada? –pregunté, incrédula. –Alison está en los servicios sociales y mi padre dios sabe dónde.

– No entiendo. Yo pensé que todo seguiría igual, pero sin mí. Llevo sin saber nada desde el juicio, no me dan información a menos que vosotros lo autoricéis – explicó.

No daba crédito. No sabía nada desde el juicio. No se había enterado de que todos estábamos separados. Alison estaba en los servicios sociales, a la espera de ser adoptada por otra familia. Mi padre llevaba sin cogernos el teléfono desde aquello. Y yo había tenido que buscarme sola la vida, buscar trabajo, una casa de alquiler y estudiar, todo a la vez. Solo porque tenía unos padres demasiado irresponsables.

Le expliqué todo lo que había pasado desde entonces, y ella callada estuvo atenta a mi narración.

–Así que no, no vamos a pasar mejores navidades que tú. Al menos Alison

y yo, mi padre no lo sé.

–Yo… yo no tenía ni idea de nada. No sabía que tú… que Alison… Lo siento Brooke, todo es culpa mía.

–Tú no podías haber hecho nada desde aquí, fue mi padre el que se marchó. Tú no podías hacer nada, pero él podría haberlo hecho y no lo hizo.

Sí, tenía mucho rencor acumulado a mi madre, pero… ¿mi padre? Aquel cabrón se marchó cuando más lo necesitábamos Alison y yo, y eso no se lo perdonaría. ¿Que si soy rencorosa? No, tan solo se llama tener buena memoria.

El guardia de seguridad se acercó a nosotras y nos dijo que se había terminado el tiempo, así que me levanté dispuesta a marcharme.

–Brooke –me giré. –Espero que ahora que lo hemos aclarado vengas a visitarme de vez en cuando. Te quiero hija.

Sin responder me fui por donde había venido.

# Capítulo 23

**CAPÍTULO 23**

La alarma, ¿alarma? Si hoy es… ¡LUNES! Mierda, mierda y más mierda. Me levanté lo más deprisa que pude y apagué la alarma. Me quedaban diez minutos para salir de casa y aún no había escogido ni la ropa. Me vestí con lo primero que pude y bajé a desayunar.

Pero llámalo destino o llámalo mala suerte. Solo bajé un escalón. Los otros los volé por encima. Como suena: los volé por encima. Cuando hube dicho unos veinte insultos me levanté del suelo.

– ¿Se puede saber qué cojones haces? –¿Jess? Estaba arriba de las escaleras mirándome con cara de estar flipando.

– Tú que haces aquí si… oh, mierda. ¿Hoy no hay clase verdad? –bajó las escaleras y se puso a mi lado. Me dio toquecitos en la cabeza como el que toca a un perrito.

– Ay mi pequeña olvidadiza –pasó por mi lado y se sentó en el sillón. – Brooke, eres un desastre, estamos en vacaciones de navidades. – Antes de que pudiera responderle nada sonó mi teléfono. Número desconocido. Descolgué y lo llevé a mi oreja.

– ¿Diga?

– Buenos días, ¿hablo con la señorita Brooke?

– Sí, soy yo – respondí intrigada. Jess me preguntó con los labios y levanté los hombros en respuesta.

–Bien, soy de la editorial Hole, era para comunicarle que ha sido seleccionada para trabajar con nosotros, en dos semanas le volveremos a llamar para informarle del día y la hora de su primer día de trabajo.

–¡Muchas gracias! Bien, esperaré su llamada –y la chica colgó. Tenía pinta de llevar prisa. –¡Me han cogido Jess! Voy a trabajar en esa editorial.

Se levantó del sillón y me dio un fuerte abrazo.

–¡Hay que celebrarlo! –gritó entusiasmada.

–¿En serio, Jess, otra vez?

–Esta vez elijo yo, ¿recuerdas? Te recojo a las nueve, vamos a salir de fiesta, y no se admiten devoluciones. –me reí.

Estaba contenta, por una vez me estaban empezando a salir bien las cosas, iba a poder dejar el trabajo de mierda en el que estaba e iba a trabajar para una editorial. ¡Aquello era fantástico!

Quedamos en que Jess me recogería a las nueve para llevarme a cenar a su casa y prestarme algo de ropa. Mi armario no tenía mucho repertorio que se diga.

Al final nos quedamos con un vestido negro abierto en rayas por la espalda y unos tacones del mismo color. Salimos de su casa y nos fuimos a una discoteca del centro. Cuando entramos me quedé un poco, cómo decirlo, impresionada. Era un sitio más bien grande, con un ambiente oscuro, pero con muchas luces que se movían. El olor era inexplicable, una mezcla de alcohol con miles de colonias, y el conjunto olía de maravilla. Todo el mundo bailaba y cantaba al son de la música. Jess y yo fuimos a la barra a pedir una copa y nos sentamos, a la espera de que el alcohol hiciera su magnífico efecto. Pasado un rato estábamos riéndonos con el barman de… Ni siquiera me acuerdo de qué.

Y entonces le vi. Allí estaba él. Unos vaqueros rotos, unas deportivas blancas y una camisa. El pelo algo revuelto y los ojos de aquel color verde tan precioso. El conjunto perfecto.

De pronto me puse nerviosa, no supe por qué. Pedí otra copa y volví a la conversación que estaban teniendo Jess y el camarero. Este se disculpó un momento para atender a alguien. A él. Giré disimuladamente la cabeza, pero no se dio cuenta de mi presencia. Cuando cogió las dos copas que había pedido se fue a la pista con una chica. ¿Cómo no había visto antes que venía acompañado?

Cogí a Jess del brazo y me dispuse a seguirle, poniendo la excusa de que me apetecía bailar. Esquivando a la gente intenté seguirle el paso, pero sin acercarme demasiado, para que no me viera. Cuando se pararon vi que la chica era rubia, Rose, era Rose.

Jess, cegada por la fiesta se puso a bailar, y yo también. La copa estaba surgiendo efecto justo en el mejor momento. Él no quería estar conmigo, quería estar con Rose, perfecto, pero que viera lo que se estaba perdiendo.

Conocimos a un grupo de gente bastante maja, y ya sabéis lo que dicen: en las fiestas todos son tus mejores amigos.

Todos estábamos divirtiéndonos, no sabía ni cuantas copas habíamos tomado, solo sé que se me había olvidado que Dylan estaba apenas a unos metros con Rose.

Había cuatro chicos y tres chicas. No sabía ni cómo se llamaban, pero eran mis mejores amigos desde hacía unas horas. ¿Qué hora era? La una, las dos, las tres. ¿Cuántas copas llevaba? Cuatro, cinco, seis. ¿Cuántas veces había ido al baño? Siete, ocho, nueve.

La noche estaba siendo perfecta. Mi mente solo podía pensar en las cosas buenas que me habían pasado, dejando el tema de mi familia a un lado.

Cuando me quise girar a decirle algo a Jess ya no estaba allí. Le pregunté a una de las chicas y ella a uno de sus amigos.

–Dice que se ha ido con Marco –me respondió.

–Ah, vale. ¿Y quién es Marco? –nos reímos como tontas a causa del alcohol.

–Un amigo, vendrán en seguida.

No le di demasiada importancia. Seguimos bailando y fui con las chicas unas cuatro veces al baño. Cuando volvimos de ir la última vez ya estaba Jess.

–La próxima vez avísame, me tenías preocupada –le dije al oído.

–Sí mamá –le miré detenidamente unos segundos.

–Sí, mamá es la que te va a matar por el chupetón que tienes en el cuello –arqueé las cejas. Jess pegó un chillido.

–¿Qué? ¿Dónde? Será gilipollas, mira que le dije que –le corté.

–Tranqui Jess, no tienes nada –me empecé a reír, –pero ya me has afirmado que te has liado con alguien sin haberte preguntado. Es el don del detective… –me reí de su cara roja.

–Menos mal. Mi madre sí me habría matado, qué suerte tienes de no tener nadie que te controle… –sí, era verdad, tenía suerte de poder hacer lo que yo quisiera cuando me viniera en gana pero… ¿de verdad era eso lo mejor?

El comentario de Jess me dejó pensativa y ya no volví a estar como antes. Hacía rato que nos habíamos pasado ya de alcohol, y estábamos en esa cuerda floja de reírnos de todo o de llorar.

Cuando acabó la noche estábamos en la mierda. Teníamos todo el maquillaje corrido y el pelo revuelto. Sin hablar de las veces que nos habían tirado cubatas encima. Habíamos venido en coche, pero no habíamos tenido en cuenta el factor conductor borracho, conductora en este caso. Así que, allí estábamos, sentadas en las escaleras de la discoteca, pensando en cómo volver a casa.

–¿Y si cogemos un taxi? –sugirió Jess.

–¿Y lo pagas tú? –le recordé. Nos habíamos fundido todo el dinero que habíamos llevado, incluso el típico billete que llevas "por si acaso".

–¿Y si llamo a mi madre?

–¿Quieres morir? A ver, imaginemos la situación. Hola mamá, te llamo porque estoy más pedo que Alfredo y me traje el coche para venir a la discoteca pero claro no puedo conducir así, ¿vendrías a por mí? Esperemos que no haya avanzado mucho la video llamada, sino estoy segura de que puede darte una paliza por llamada –nos reímos.

–Me rindo –dijo entre risas. –Nos quedaremos aquí hasta que esté en condiciones de conducir, y como eso nos puede llevar varias horas vamos a buscar un puente en el que dormir porque me muero de sueño.

–Parece mentira que tenga que decirte yo esto, pero podemos esperar igualmente en el coche.

–Ah, ¡es verdad! Vamos a mi coche –me di con la palma de la mano en la cara. Esta mujer era un show andante.

Llegamos al aparcamiento de la discoteca y nos sentamos en los asientos de atrás, para estar más cómodas. A los pocos minutos de llegar Jess se quedó dormida y yo me quedé mirando por la ventana cómo la gente se montaba en su coche y se iba. Cuando cuatro chicas se montaron en su coche y se fueron pude ver el coche que había detrás de él, el precioso Audi negro que tanto me gustaba. Dylan seguía allí, aún no se había ido a casa. Con la mirada puesta en el coche esperé a que apareciera, como una espía.

Pasaron varios minutos, no sé si quince, si media hora o si una entera, hasta que por fin se dignó a irse a casa. Con paso lento pero decidido abrió la puerta de su coche y se subió. Pero no se fue.

¿A qué esperaba? O más bien a quién.

Y no sé si fue por el alcohol o porque era gilipollas perdida, pero salí del coche y me dirigí al suyo. Abrí la puerta del copiloto y me senté. Él me miró como si acabara de ver un fantasma, luego reaccionó.

–¿Por qué siempre te encuentro allá adonde vaya? ¿Me estás acosando, pelirroja?

–Más quisieras. Eres como una lapa, siempre me sigues –intenté defenderme. ¿Qué le hacía pensar que le estaba siguiendo? –creído.

–Veo que te lo has pasado bien esta noche, vaya pintas –se encendió un cigarro y antes de que se lo llevara a la boca se lo quité.

–¿Y tú qué tal te lo has pasado? –le ignoré.

–Bien –no dudó en responder.

–Te vi con Rose –bocazas.

–Sí, vine con ella, estoy esperando a que me devuelva mi teléfono para irme a casa.

–Vaya, no te importó tanto dejarte las llaves cuando te fuiste del hospital –le recriminé. Suspiró.

–¿A qué has venido Brooke? –desvió la mirada hasta dejarla fija a lo lejos.

–A divertirme, es lo que la gente hace en las discotecas.

–Digo a mi coche –auch.

–Si tanto te molesto puedes decirlo abiertamente, y me voy –cogí el manillar de la puerta, pero él fue más rápido y echó el seguro en todo el coche.

–Hablo en serio. ¿Qué haces sola a estas horas?

–Vaya, ni que te preocupara que me pasara algo –me miró fijamente y me callé, aquella mirada penetrante me gritaba que no fuera por ahí. –No estoy sola, Jess está en el coche, durmiendo, y te vi aparecer y el resto ya lo sabes.

–¿Y por qué no os vais a casa? –bajé la ventanilla del coche y tiré la

colilla.

–¿Has notado que voy algo… borracha?

–Algo es quedarse corto, la verdad –rio.

–Pues ella está tres veces peor, y ya está durmiendo la mona. Ella es la chófer y no hay dinero para taxis.

–Y ahí entro yo, soy el nuevo chófer, ¿no?

–Qué inteligente, acaso no te has presentado ya a algún concurso de listos o algo así, seguro te dan el primer premio.

–Mis servicios no son gratis, dile a tu amiga que suba y os llevo, pero vas a tener que buscar algún modo de recompensarme –dijo sin inmutarse. ¿Estaba proponiéndome algo indecente o era el alcohol el que hacía que pensara de ese modo?

# Capítulo 24

**CAPÍTULO 24**

Al día siguiente me desperté en mi cama, claro está con una resaca... importante. Apenas recordaba cosas de la noche anterior. Sabía que Jess y yo fuimos a celebrar algo y que como siempre nos habíamos pasado con el alcohol, pero no recordaba mucho más.

Me levanté y me puse una bata. El frío que hacía en mi casa podéis imaginarlo como: estudiante sin dinero tiene una casa en alquiler. O sea, un iglú sin calefacción.

Como de costumbre me senté en el sillón a desayunar y encendí la tele. Hoy no me apetecía ver las noticias; bastante mal me encontraba ya como para darme más disgustos, así que me puse dibujos animados y desayuné tranquilamente.

En algún momento recordé que era día de llamar a mi hermana. Cogí el teléfono y me sorprendí de ver tantas llamadas perdidas, pero lo primero era llamar a mi hermana.

Cuando Joanna me pasó con Ali ella me habló muy ilusionada.

–Brooke, ¿a que no sabes qué? Pues resulta que Paula me contó que Carolina hablo con León y dice que le gusto. Pero a mí me gusta también, entonces ahora no sé qué hacer porque me da vergüenza.

Alison nunca dejaba de sorprenderme, era una niña tan temperamental.

–Vaya enana tus problemas sí que son peores que los míos así que vamos a solucionar primero los tuyos –respondí riendo.

–A que sí. Y es que Paula me dice que me quiere dar un beso –exclamó sorprendida.

–Guau qué bien Ali.

–¡No! –gritó. –Qué asco Brooke. Son... babas –explicó con desprecio.
–Eso da asco. Que tú hayas besado a alguien y no tengas asco no significa que yo no. Es como si me escupiera en la boca.

–Qué exagerada que eres Alison.

–Bueno cambiando de tema. ¿Nos vamos a volver a ir a algún sitio como la otra vez? Pero si vamos no te desmayes por favor. O bueno si quieres te desmayas cuando llegues a casa, que la otra vez nos fuimos pronto por tu culpa. Ah, es verdad, ya tienes arreglado el brazo ¿no? ¿Te duele? ¿Se te ve el hueso? ¡Quiero verlo!

–Madre mía Alison respira que te vas a quedar sin aire. Y lo del brazo... –me volvió a cortar.

–¡Pero respóndeme! –dijo atropelladamente.

–Pues déjame hablar – en ese momento pareció hacerme caso y me dejó contestarle a las veinte preguntas que me había hecho.

–Vale, bueno y el chico que nos llevó, ¿es tu novio? –bajó la voz, como si fuese un tema tabú para ella.

–¿Qué chico? –pregunté, sin saber de qué me hablaba ahora. Cambiaba de tema tan rápido que, para cuando acababa de hablar ya se me había olvidado lo primero que me había preguntado.

–¡Pues Dylan! ¿Quién sino? – exclamó, haciéndome parecer idiota.

–Ah, Dylan – me quedé pensando en lo que me venían imágenes de la noche anterior. Dylan estaba allí. En la discoteca. Nos llevó a casa, de eso me acordaba. Y luego, al recordar que fue con Rose se me quitaron todos esos pensamientos estúpidos de la cabeza y la sangre me empezó a arder.

–Joanna, creo que Brooke me ha colgado –dijo más alejada del teléfono.

–No Ali, sigo aquí. Esto... Dylan y yo no somos novios.

–¿Aún no? Pues vaya rollo. Me gustaría tenerle de yerno. No, se dice... sobrino. ¿No?

–Cuñado –aclaré. – Y tranquila, no tendrás cuñado hasta que te salgan canas – hizo un mohín en desaprobación.

–Yo quiero que sea mi cuñado. ¿Tú no quieres tener novio? Él es muy guapo, es muy majo y tiene una amiga muy guapa también.

Rose. Sí que era guapa. Niña de papá y mamá, rica y simpática. Mi antagonista. Todo lo que yo nunca llegaría a ser.

–Sí, Alison, lo que tú digas, pero soy mayor que tú para saber qué hacer – en ocasiones, parecía que hablara con una madre en vez de con mi

hermana pequeña.

Aquella conversación con mi hermana me dejó un poco descolocada y desde que hablé con ella estuve pensando en él.

Estuve el resto de la mañana colocando la casa. Lavar platos. Barrer. Fregar. Colocar. En fin, todas esas cosas que odiamos hacer, pero hacemos los días que tenemos libres. Las expectativas de las navidades eran apoteósicas. Salir a tomar un chocolate caliente después de haber ido a patinar sobre hielo. Ir a por unos dulces de navidad. Cenar en familia. Salir de compras para hacer regalos inolvidables a tus seres queridos. Y claro está, luego viene la realidad; tú con un moño deshecho por los vaivenes de la fregona, con tu bata de hace seis años, tus zapatillas de andar por casa y aquel pantalón que te gusta, pero no tanto como para salir con él, así que te lo pones para estar por casa.

Y entonces pasó. Ese momento en el que te cagas en todo porque tienes el teléfono en la otra punta del salón y tienes que pisar todo lo que tú has fregado.

Sí amigos, era un claro ejemplo de mi suerte: una mierda.

Dando saltos de pato y a punto de resbalar tres veces cogí la llamada desconocida.

–¿Diga?

–Brooke Collins, ¿verdad? –asentí. –Bien, le llamo de la editorial Hole para preguntarle si podría asistir a las semanas de prácticas para el trabajo que solicitó. Sería a partir del lunes hasta mediados de enero, más o menos. Allí os explicarán a todos los que entráis nuevos todo acerca de la empresa, los lugares que tendréis que usar dentro del edificio, vuestros despachos y vuestras ocupaciones.

– Sí, claro, solo dime la hora y allí estaré – intenté ser amable.

– El lunes a las 9 de la mañana, le aconsejo que sea muy puntual. El director de esta sucursal lo toma mucho en cuenta. Muchas gracias por su tiempo.

Al fin una cosa en mi desdichada vida iba a salir bien. Se estaba haciendo realidad. El fin de semana, cuando fuera a trabajar al bar de Astrid, iba a cantarle las cuarenta y me iría de allí más fresca que una lechuga. O bueno, qué coño, no iba a esperar.

Me vestí, cogí las llaves de casa y de camino a la parada del autobús llamé a Jess.

–¿Cuándo cojones me ibas a llamar? –gritó mi amiga nada más descolgar la llamada.

–Ey fiera, controla ese vocabulario.

–Hablo en serio Brooke, ¿tú sabes la bronca que me ha caído? ¿Qué pasó anoche?

–¿Bronca? ¿Por qué? –nada más hacer la pregunta me vino la imagen a la cabeza. Yo tropezando con un tacón en su casa, Dylan y yo bajando a la velocidad del rayo las escaleras y los gritos de la madre de mi amiga retumbando por toda la casa. –Ups. Recuerdas que ayer salimos a la discoteca... –asintió. –Y luego no teníamos como volver porque estabas un poco indispuesta para conducir... –iba controlando mis palabras para que la gente de la calle no me mirara como a una psicópata. –Pues en lo que tú roncabas yo busqué chófer y luego llegamos a tu casa, te dejamos durmiendo en tu cama y al salir tropecé y salió tu madre como un megáfono.

–¿Cómo?

–Lo siento amiga. Si te sirve de consuelo yo tampoco recuerdo gran parte de la noche.

–Dios. Bueno al menos ya sé que mi coche sigue allí. Cuando mi madre me preguntó por él me quedé en blanco. Bueno y cambiando de tema, ¿hoy qué vas a hacer?

–Ahora mismo estoy de camino al trabajo.

–¿Hoy trabajas? –se extrañó.

–No, voy a montar el espectáculo del siglo. Voy a hacer que me despidan, no sin antes tirarle algo a Astrid por la cabeza.

–¿Qué? ¿Y yo aquí tumbada viendo una película? De eso nada amiga, voy para allá.

En lo que esperaba al autobús empecé a imaginar multitud de cosas que podría hacer. Había tantas opciones. ¿Otro batido? Previsible. ¿Qué tal si fingía que tenía que trabajar y le echaba algún pelo a su comida?

Demasiado cruel hasta para ella.

Y entonces me vino a la cabeza aquella vez en la que Alan me pidió que hablara con Astrid y le contara la verdad. Pero entonces ¿qué venganza tendría yo al decirle eso? Ninguna. Y ella se merecía un buen karma después de cómo me había tratado el tiempo que trabajé para su padre.

Al bajar del autobús me quedaban unas cuantas calles hasta llegar al bar, así que seguí barajando posibilidades. Cuando giré la esquina me di contra Jessica.

–¿Cómo narices has llegado antes que yo?

–Soy la reina cotilla, lo sabes amiga, no podía faltar a algo tan épico como una pelea de gatas de este calibre. Uff, me he puesto chándal por si hubiera que intervenir.

–Nunca dejarás de sorprenderme ¿verdad? –comenzamos a andar hacia la puerta del bar.

–Nunca.

Sabía que Astrid pasaba la mayor parte del tiempo en el bar de su padre, invitando a los pocos amigos que tenía para que no dejaran de serlo. Cuando entramos tuve miedo de haber hecho el viaje en vano. Hasta que la vi en una mesa redonda con tres chicos y dos chicas.

No quise dar más vueltas a la situación. No quise alargar más el momento. Quería que Astrid sufriera la misma humillación que le gustaba hacer a la gente. Una muy grande.

Apenas me fijé en si había más gente. Fui más que directa a la suya. Bien podría haber cien personas en el local que no me habría fijado.

Con Jess detrás de mí me acerqué a su mesa preparada para lo peor, hasta que vi que se besaba con un chico. No era un beso, era un morreo de nivel 8, lo que me dejó inmóvil por unos segundos.

# Capítulo 25